JANIS SANDGROUSE
DYLAN MARTINS

EL CEO QUE NO PEDÍ



JANIS SANDGROUSE
DYLAN MARTINS

EL CEO QUE NO PEDÍ

Primera edición.

El CEO que no pedí

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©diciembre, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Capítulo 1

Giselle

Había aprendido a organizar mi vida hasta el último detalle, aunque no siempre había sido así. Desde pequeña, me enseñaron a cuidar de los demás, primero de mi hermana Megan y luego de mí misma, cuando la tragedia nos obligó a hacernos más fuertes de lo que ya éramos.

Aquella mañana de finales de diciembre, mientras me dirigía a *Digital Now Magazine*, pensé en lo irónica que resultaba la vida. Había pasado siete años con Sam, entre noviazgo y matrimonio, pero todavía había días en los que me sentía tan vulnerable como aquella chica que veía cómo sus padres se perdían en un accidente aéreo.

Mi relación con el trabajo era un equilibrio delicado entre la pasión y la responsabilidad. Como asistente del CEO, mi día empezaba temprano, revisando correos y agendas, asegurándome de que Oliver Walsh tuviera todo lo que necesitaba antes de entrar a cualquier reunión.

La redacción estaba llena de vida: Naomi corría de un lado a otro, siempre con una historia a punto de estallar; Jeremy murmuraba sobre la última novedad tecnológica con un entusiasmo que era contagioso; Rafael era el ancla, siempre serio, ofreciendo sentido común cuando el caos parecía apoderarse de todos. Hannah, por otro lado, irradiaba energía, y su risa era tan contagiosa que incluso en los días más complicados me hacía sonreír.

Recorrí los pasillos con Simba en mente. No podía evitar pensar en él incluso durante las horas de trabajo. Mi labrador color canela había sido un regalo que me recordaba a la inocencia de mi sobrino: su nombre, Simba, era el que más le gustaba a Jake. Simba era mi refugio, mi pequeño mundo en el que podía confiar sin reservas.

Mi vida había sido feliz hasta aquel fatídico día. Mi padre, con su pelo gris y sus ojos azules siempre llenos de bromas, y mi madre, con su dulzura y paciencia infinita, habían sido el eje de nuestra familia. Pero su muerte en un accidente aéreo cinco años atrás me había marcado de manera profunda. Megan y yo nos habíamos quedado solas, y aunque siempre fui la menor, de algún modo había sentido que debía ser yo quien cuidara de ella tanto como ella cuidaba de Jake.

Aquella combinación de pérdida y responsabilidad me había convertido en alguien organizada y empática, pero también insegura en lo sentimental. Sam me había mostrado que incluso el amor más estable podía ser frío y distante si se ponían por delante las apariencias.

Al llegar a la redacción, el bullicio me recibió con su acostumbrado estruendo. La máquina de café zumbaba, el teclado de Jeremy no dejaba de sonar y Naomi ya estaba discutiendo con Hannah sobre el ángulo de una entrevista. Sonreí, porque, a pesar de todo, este era mi lugar.

Me acerqué a mi escritorio, ajusté mi coleta y revisé la agenda de Oliver para la mañana. Entre reuniones, llamadas y correos, había encontrado mi pequeño rincón de paz: la organización.

—Giselle —escuché que me llamaba Oliver desde su despacho—. ¿Tienes un momento?

Entré y me encontré con su sonrisa relajada, esa que hacía que todo pareciera más fácil.

—Buenos días, jefe. ¿Algo importante? —pregunté.

—Quería hablar de estos últimos días del año —dijo mientras me ofrecía una taza de café—. Se acerca Nochevieja, y sé que siempre tienes planes

especiales. ¿Vas a quedarte en Houston? Para dejar la agenda organizada si no es así.

Asentí, aunque mi corazón latía con anticipación. Tenía la sorpresa lista: le había reservado a Sam una escapada de fin de año fuera de la ciudad.

—Sí, tengo algunas cosas planeadas —respondí, conteniendo una sonrisa —. Nada muy espectacular, solo quería hacerle un regalo especial a mi marido.

Oliver me miró con ese brillo que a veces no sabía si era profesional o personal.

—Ese hombre no sabe la suerte que tiene de tenerte —comentó con sinceridad, y yo no pude evitar sonreír, un poco ruborizada, pero encantada por el elogio inesperado.

—Lo sé —contesté—, pero eso es lo divertido, ¿no? —dije mientras me despedía para volver a mi rutina.

Volví a mi escritorio, pasé revista a los correos pendientes y organicé las notas de Naomi y Jeremy. Cada historia, cada reunión, cada conversación era un recordatorio de que este trabajo, aunque exigente, era mi refugio y mi manera de mantener el control sobre una vida que había conocido la pérdida.

A mediodía pensé en Megan y Jake. Esta tarde aprovecharía para ir a comer con ellos. Sam había mencionado que tendría una comida con unos clientes, así que era la excusa perfecta para disfrutar de la compañía de mi familia.

Megan siempre había sido un pilar para mí, directa, protectora y con un sentido del humor que lograba romper cualquier tensión. Y Jake, con sus ocho años llenos de energía, siempre lograba arrancarme una sonrisa, aunque mi vida sentimental estuviera marcada por complicaciones.

Mientras guardaba los últimos documentos y me preparaba para salir, no podía evitar pensar en Simba. La idea de volver a casa y encontrarme con mi labrador revolcándose de felicidad por mi llegada era un pensamiento que me acompañaba y me daba fuerza. La rutina, las responsabilidades y el caos de la

revista podían esperar. Por unos momentos, todo se reducía a la familia, al hogar y a ese pequeño mundo canino que me esperaba con alegría incondicional.

Al salir de la revista, respiré hondo el aire frío de Houston. La ciudad estaba cubierta por una fina capa de nieve, lo suficiente para que el asfalto brillara y los copos que caían lentamente hicieran que todo pareciera más tranquilo, como si la prisa cotidiana se hubiera detenido por un momento.

El apartamento de Megan estaba en un barrio tranquilo, en un edificio moderno con ventanales amplios que dejaban entrar la luz de la tarde. Al abrir la puerta, el aroma a comida casera me recibió antes que los saludos. Megan estaba cocinando mientras Jake correteaba alrededor de la mesa, probando algún que otro ingrediente con entusiasmo.

—¡Tía Giselle! —gritó Jake, dejando de correr para lanzarse a mis brazos —. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Lo abracé con fuerza, disfrutando de la calidez que emanaba su pequeño cuerpo y de esa risa contagiosa que siempre lograba que mis preocupaciones desaparecieran, aunque solo fuera por un rato. Megan apareció detrás de él, con su cabello negro rizado recogido en un moño y la sonrisa amplia que siempre me hacía sentir que, a pesar de todo, estábamos bien.

—¡Qué alegría verte, hermanita! —dijo mientras me abrazaba con fuerza —. Espero que no tengas prisa, que he preparado algo especial.

Nos sentamos a la mesa en el comedor, que estaba decorado con detalles sencillos pero acogedores: un centro con velas rojas, algunas luces navideñas y servilletas dobladas con cuidado. Jake estaba impaciente por mostrarme lo que había ayudado a preparar, y Megan no dejaba de bromear sobre cómo su hijo ya tenía más talento culinario que yo en mis días de adolescente.

—Vamos, Jake, enséñale a tu tía lo que has hecho —dijo Megan, mientras yo reía ante la seriedad que él ponía al presentar sus pequeños “platos”.

La comida fue un desfile de risas, bromas y pequeñas competencias de quién contaba el chiste más absurdo. Megan no podía evitar regañarme cada vez que trataba de comer demasiado rápido, y Jake interrumpía para agregar

comentarios disparatados que nos hacían estallar de risa. Por un momento, olvidé por completo la presión de la revista, la planificación de la sorpresa para Sam y hasta la rutina que me esperaba al volver a casa.

—Giselle, ¿te acuerdas de cuando mamá nos enseñaba a hacer galletas? —preguntó Megan, mientras Jake asentía con entusiasmo—. Siempre terminábamos con la cocina hecha un desastre, pero nos lo pasábamos genial.

—Claro que sí —dije, sonriendo—. Ahora veo que algunas cosas no cambian… menos mal que tú has heredado todo el talento de mamá para la cocina.

Mi hermana no lo había pasado bien en cuestiones amorosas, y es que eso a veces esquivaba a las personas de un modo que jamás podríamos ni llegar a imaginar.

Estuvo durante un año saliendo con un chico encantador; ella estaba muy enamorada y todo apuntaba a que él también, entonces llegó la noticia del embarazo. Mis padres por aquel entonces la recibieron con una alegría inmensa; iban a ser abuelos, y el padre de Jake también se mostró ilusionado.

Todos los veíamos como una pareja idílica y perfecta, con un futuro de lo más feliz por delante, hasta que los padres de él se pusieron de nuevo por medio. Él era de una clase social que nada tenía que ver con nuestra familia, y así se lo recordaban sus padres constantemente, menospreciando a mi hermana hasta el punto de hacerle entender que esa muchacha no buscaba nada más que su dinero, por lo que se enfrentó a mi hermana y ella, con toda la calma del mundo y embarazada de cuatro meses, le dijo que nunca quiso su dinero y que si era lo que pensaba de ella, no quería saber nada más de él, así que así se fue al traste su historia de amor, y no, nunca supimos nada más de aquel encantador joven, hasta que leí una noticia en la que hablaban de que se había casado con la hija de un importante político amigo de sus padres.

Pero en las fotos de la boda a él se le veía más frío y rígido que un témpano de hielo, por lo que tanto mi hermana como yo dedujimos que aquella boda había sido más por conveniencia que por amor.

Después de la comida, nos sentamos en el salón. Jake se acomodó en el sofá con su Tablet, mientras Megan y yo charlábamos sobre cómo había sido

mi semana, los pequeños dramas en la revista y, sin querer, sobre Sam. No mencioné la sorpresa que le había preparado; me encantaba guardar ese secreto, sentir el cosquilleo de la anticipación mientras pensaba en su reacción cuando le dijera que pasaríamos el fin de año fuera de la ciudad.

Al despedirme, Jake corrió hacia mí para abrazarme una vez más, y Megan me dio un apretón en el brazo que transmitía tanto cariño como advertencia con esa frase que no se cansaba de decirme nunca: "No olvides cuidar de ti misma también". Sonreí mientras salía del apartamento y caminaba hacia mi coche. La nieve crujía bajo mis botas, y el aire helado me despejaba la mente de cualquier pensamiento pesado.

Al llegar a casa, Simba me recibió con un entusiasmo que rozaba la locura: saltaba, giraba sobre sí mismo y emitía ese ladrido agudo que solo significaba una cosa: "¡Estás aquí, mi humana!". Me arrodillé y lo acaricié, disfrutando del calor de su pelaje canela mientras él se revolcaba a mi alrededor, cubriéndome de lametones.

—Hola, Simba, te he echado de menos —dije entre risas, mientras él parecía responder con más saltos y revolcones.

Lo solté y lo vi correr hacia la ventana, mirando los copos de nieve que caían fuera. Decidí aprovechar aquella tarde fría para dar un paseo. Me abrigué con mi abrigo largo, bufanda y guantes, y abrí la puerta de casa. Simba salió corriendo, dejando huellas sobre la nieve recién caída. La ciudad parecía un cuadro invernal, con luces de Navidad reflejándose en los charcos y los copos cayendo lentamente sobre mi cabello.

Caminamos por las calles, disfrutando del silencio interrumpido solo por los pasos sobre la nieve y algún que otro ladrido alegre. Mientras Simba olisqueaba cada rincón, mi mente volvía a la sorpresa que había preparado para Sam. La idea de verlo sorprendido y feliz me llenaba de una mezcla de emoción y ternura. Sentí cómo mi corazón se aceleraba al pensar en esos momentos de complicidad que solo él y yo compartiríamos, lejos de la rutina y las exigencias de la ciudad.

Al volver a casa, nos acomodamos frente a la chimenea del salón, riendo y jugando con Simba mientras la tarde avanzaba. Me senté en el sofá, abrazando al perro, y pensé en lo afortunada que era de tener esa red de

afectos. Megan, Jake, Simba… y, a su manera, Sam también formaba parte de ese cuadro, aunque a veces su frialdad me hiciera dudar de nuestro vínculo.

El cielo se oscurecía, y la nieve seguía cayendo suavemente. Por un instante, dejé que la tranquilidad de aquel día me envolviera por completo. Sabía que los próximos días serían intensos, llenos de preparativos, emociones y quizá algún que otro conflicto, pero por ahora, estaba en paz. Con Simba a mi lado, el recuerdo de la infancia y la calidez de la familia, entendí que incluso en la vida más complicada, siempre había momentos para sonreír, para disfrutar y, sobre todo, para amar.

Y con esa idea, me preparé mentalmente para la sorpresa que cambiaría la rutina de fin de año, mientras Simba se acomodaba en mi regazo, satisfecho y feliz de estar en casa conmigo.

Capítulo 2

Giselle

Habían pasado tres días desde aquel paseo con Simba bajo la nieve y, de alguna manera, la rutina había retomado su curso habitual, aunque el ambiente en la oficina parecía teñido de una alegría especial: faltaban solo unos días para despedir el año y todos estábamos cansados, sí, pero también expectantes.

El último día de trabajo antes del parón de fin de año en la revista siempre tenía algo de magia, como si el tiempo se estirara y permitiera que nos relajáramos, que nos riéramos más de lo habitual y que incluso el trabajo pesado pareciera menos pesado.

Al llegar, el aroma a café recién hecho me recibió de inmediato. La redacción estaba casi vacía, pero los pocos que habían llegado temprano ya charlaban animadamente, repasando las noticias del día y comentando los rumores de última hora. El murmullo de teclados y conversaciones mezclado con el aroma de pan recién horneado y bollería traída por algunos compañeros creaba una sensación cálida que contrastaba con el frío exterior.

—¡Giselle! —me saludó Jeremy, con una sonrisa tan sarcástica como habitual—. ¿Lista para tus vacaciones o vas a echar de menos nuestras quejas interminables?

—Un poquito sí, no os preocupéis —respondí con ironía, mientras me acomodaba en mi silla y saludaba a los demás—. Pero vosotros vais a tener

que sobrevivir sin mi sarcasmo adorable durante este tiempo.

Naomi rio, apoyando los codos sobre la mesa mientras observaba mi café.

—Te prometo que lloraremos tu ausencia, aunque sea de risa, querida.

La idea de que íbamos a compartir un almuerzo juntos aquel día hizo que todos nos reuniéramos alrededor de la mesa grande de la sala de reuniones. Oliver había insistido en que fuera un momento informal: comida, risas y alguna copa de vino para brindar por el año que terminaba. Jeremy y Rafael habían traído algunas botellas de vino tinto, Hannah se encargó de los aperitivos y Naomi, como siempre, había llenado la mesa con su entusiasmo y algunos dulces.

Oliver, con su sonrisa relajada y esa manera elegante de moverse, llegó con una botella de champán en la mano.

—Venga, chicos —dijo mientras se colocaba en el centro—. Hoy no hablamos de plazos ni de entrevistas ni de crisis. Solo disfrutamos. Brindamos por nosotros, por el año que termina y por el que empieza.

El tintineo de copas fue casi instantáneo, y nos sentamos todos alrededor de la mesa improvisada, llenando los platos con bocados que, en otras circunstancias, habrían sido solo aperitivos rápidos. En lugar de eso, comimos despacio, entre bromas y comentarios sobre las noticias del último minuto.

—Se admiten apuestas —propuso Jeremy, con una sonrisa traviesa—. ¿Quién creéis que va a ser noticia estos últimos días del año? ¿Qué famosos van a dar la nota?

—Yo digo que habrá al menos un divorcio de los grandes —respondió Hannah sin dudar—. Apostaría a que el matrimonio de los Olsen está tambaleando otra vez.

—Yo me inclino por escándalos políticos, que siempre dan más titulares que los divorcios de Hollywood —intervino Rafael, serio, con ese aire de voz de la razón que a veces nos hacía reír más por contraste que por coincidencia.

—Dejadme adivinar —dije, entre risas—. Apostáis todos a lo mismo porque no queréis admitir que en realidad vais a seguir viendo *reality shows* y cotilleos, ¿verdad?

Todos rieron, y la complicidad en la sala era palpable. La broma sobre los divorcios siguió con apuestas absurdas: Oliver, con una sonrisa divertida, dijo que, si alguien terminaba el año soltero por elección propia, ese sería él, lo que provocó una carcajada general.

Nos reímos todos, el ambiente era cálido y relajado, y por un momento me sentí completamente agradecida de formar parte de ese equipo. Allí, entre bromas, apuestas y risas, los problemas parecían lejanos y hasta Sam, que rondaba mi pensamiento constantemente, parecía irrelevante por unas horas.

Al terminar el almuerzo, cada uno recogió un poco, bromeando mientras lo hacía, y empezamos a despedirnos. Cuando llegó mi turno, Oliver se acercó, con esa sonrisa que siempre me hacía sentir especial.

—Giselle —dijo, abrazándome con firmeza—. Te deseo un año nuevo maravilloso. Que sea todo lo que esperas y más.

Sentí un calor extraño recorrerme mientras le devolvía el abrazo. Con un gesto tierno, me besó en la frente, y yo sonreí.

—A ver si tú este año te decides a encontrar el amor por fin —dije, medio en broma, medio en serio.

—No, aún no ha nacido la mujer que me cace —contestó él, riendo.

—Pues si tenemos que esperar a que nazca y que te conozca, acabarás más viejo Santa Claus, y ya es decir, que ese hombre tiene más años… —le dije, riendo de nuevo mientras me soltaba.

Nos despedimos entre risas, abrazos y esa sensación reconfortante de que, a pesar del trabajo duro y los días largos, siempre quedaba espacio para la amistad, el afecto y la complicidad. Salí de la oficina con una mezcla de alivio y emoción. La pausa de fin de año estaba a punto de comenzar, y con ella venía la promesa de tiempo para mí, para Sam, para la familia… y para mis propios planes que incluían la sorpresa que había preparado para él.

Conduje por las calles cubiertas de nieve viendo los coches pasar despacio, los focos de la ciudad reflejaban la luz sobre los charcos, y el aire frío me despejaba la mente, dejándome lista para disfrutar de unos días lejos del trabajo y de la rutina diaria.

Cuando llegué a casa aquella tarde, la ciudad parecía haber ralentizado su ritmo; el frío calaba los huesos, pero mi corazón, al menos por unos momentos, estaba ligero. Abrí la puerta con la sensación habitual de volver a mi pequeño refugio, y como siempre, Simba estaba allí, esperando.

Al instante, mi labrador corrió hacia mí con la energía que solo los perros podían mostrar, saltando y moviendo la cola como un abanico.

—¡Hola, mi grandullón! —dije, riéndome mientras lo acariciaba—. ¿Cómo has estado todo el día?

Pero, en lugar de guiarme hacia la puerta para ir a la calle y que le diera un paseo, Simba dio media vuelta y me condujo directamente al salón, ladrando y olisqueando el aire como si quisiera anunciarme algo que yo no esperaba. Confundida, lo seguí, y entonces lo vi.

Sam estaba sentado en el sofá, con varias maletas a su lado. Su mirada era seria, pesada, y el ambiente que me recibió al entrar me hizo sentir un frío aún más intenso que el del exterior. Mi corazón dio un vuelco, y la alegría con la que había llegado se desmoronó en un instante.

—Sam… —mi voz salió temblorosa, buscando una explicación—. ¿Qué pasa?

Él respiró hondo y me miró, evitando mis ojos por un momento. Luego habló, y cada palabra que salía de su boca era como un golpe que no veía venir.

—Tenemos que hablar —dijo, y la calma de su voz contrastaba con la tormenta que sentía por dentro—. Ya no… ya no te quiero, Giselle. Hace tiempo que nuestro matrimonio no funciona. Necesito alejarme. Necesito tiempo.

Me quedé paralizada. La sorpresa, la incredulidad y la tristeza se mezclaron, dejándome sin aire.

—¿Y me dices esto a solo dos días de acabar el año? —logré decir, con un hilo de voz—. ¡No puedes hacerme esto ahora! Tenía un viaje planeado para nosotros… para despedir el año fuera…

—Lo sé —contestó él, con un tono que intentaba sonar firme pero cansado —. Lo siento, Giselle. He retrasado esto demasiado, y ya no puedo seguir así.

Un silencio pesado se extendió entre nosotros. No sabía qué decir. Mi mente buscaba respuestas que no llegaban, hasta que pregunté, casi con desesperación:

—¿Hay otra mujer?

Sam no respondió. El no decir nada lo dijo todo. Asentí levemente, más para mí misma que para él.

—No esperaba que fueras a dejarme por otra persona —susurré, intentando contener las lágrimas, pero sin éxito.

Sentí cómo mi mundo se desmoronaba. Simba, que hasta entonces se había mantenido expectante, se acercó a mí, se puso sobre sus patas traseras y apoyó sus patas delanteras en mi pecho, como si quisiera abrazarme y consolarme a la vez. Me derrumbé, y las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas sin poder detenerlas.

Sam recogió sus maletas con movimientos automáticos, evitando mirarme, y salió por la puerta. El eco de sus pasos resonó en la casa mientras Simba y yo nos quedábamos solos, rodeados por un silencio que pesaba toneladas.

Respiré hondo varias veces, intentando recomponerme. Sabía que debía llamar a Megan; necesitaba su voz, su apoyo, alguien que me recordara que no estaba sola. Cogí el teléfono y marqué su número, temblando ligeramente mientras esperaba que contestara.

—Giselle, cariño… —su voz al otro lado sonaba preocupada, protectora—. ¿Ocurre algo?

—Megan… —logré decir entre sollozos—. Sam… me ha dejado. Y yo tenía todo planeado… el viaje, todo…

—Respira, pequeña —dijo ella con firmeza—. No te quedes llorando en casa. Tienes que irte de todas maneras, como habías planeado. Trae aquí a Simba y vete tranquila. Cuando ese hombre se dé cuenta de lo que ha hecho, se arrepentirá.

—Pero… —intenté protestar, aunque la lógica de Megan era aplastante—. ¿Cómo voy a irme sola?

—¡Pues yéndote! —interrumpió con un tono más firme, pero lleno de cariño—. Y bebe todo lo que tengas que beber, ríete, disfruta. Sabes que me tienes aquí para lo que necesites.

—Lo sé —cerré los ojos notando a Simba poner su pata sobre mi pierna.

—No esperaba eso de Sam, Giselle —dijo, y suspiré.

—Yo tampoco.

Sonreí, entre lágrimas, mirando a Simba, que se había tumbado a mi lado. Su mirada parecía decirme que no me preocupara, que él estaría allí para mí.

—Está bien… —susurré, limpiándome las lágrimas—. Me iré como tenía previsto… Y cuando vuelva, ya veré qué hago con mi matrimonio.

Colgué el teléfono, sintiendo una mezcla de alivio y tristeza. Miré mis manos y observé los anillos que llevaba: el de compromiso y el de boda. Con un gesto casi automático, me los quité y los dejé sobre la mesa del salón, mientras un peso se levantaba y a la vez se posaba sobre mí, el peso de lo que había perdido y la libertad inesperada que me ofrecía la vida en ese instante.

Simba suspiró, o al menos eso me pareció, como diciéndome que estaba todo bajo control, que él estaría allí para mí. Me dejé caer sobre el sofá, abrazando al perro y llorando de nuevo, sin prisa, dejando que la tristeza recorriera cada fibra de mi ser.

Luego, con una mezcla de determinación y nostalgia, empecé a preparar las maletas para mi viaje, pensando en el aire frío, en la nieve, en los planes que había hecho y en la posibilidad de reencontrarme conmigo misma antes de enfrentar el futuro.

Simba se acomodó a mi lado, fiel compañero de todas mis batallas, mientras yo empaquetaba ropa, recuerdos y algo de mi corazón roto, lista para recibir el año que venía con fuerza, aunque inesperadamente sola.

Capítulo 3

Giselle

Tras un vuelo de poco más de nueve horas, el avión finalmente aterrizó en París.

Sentí cómo el cansancio me calaba hasta los huesos, pero también una emoción distinta: la ciudad me recibía con sus luces y su historia, como si supiera que yo necesitaba este pequeño respiro. Recogí mi equipaje, agradecí a los azafatos y salí hacia la zona de taxis.

París en diciembre tenía un frío seco que me pellizcaba la cara y me despejaba los pensamientos. Respiré hondo y me dejé envolver por aquel aire tan distinto al de mi ciudad.

Cogí un taxi que me llevaría al hotel que había reservado, uno con vistas a la Torre Eiffel. Durante el trayecto, miraba por la ventana y trataba de memorizar los detalles: las calles iluminadas, los escaparates decorados, la gente apresurada pero elegante que parecía moverse con una coreografía invisible. Cada instante me recordaba que estaba sola, que este viaje era mío, y aunque la idea de disfrutarlo sin Sam me dolía, también sentí que merecía permitirme este momento.

Al llegar al hotel, me quedé unos segundos contemplando la entrada. La fachada era imponente, una mezcla de modernidad y clasicismo parisino, con luces cálidas que se reflejaban en los adoquines húmedos de la calle. La puerta giratoria me dio la bienvenida con un sonido elegante y acogedor. El

vestíbulo estaba decorado con mármol, lámparas de araña y sofás de terciopelo rojo, y un aroma delicado a flores frescas flotaba en el aire. Sentí una mezcla de admiración y una punzada de tristeza: esto era lo que siempre había soñado disfrutar con Sam, y ahora estaba sola.

Un botones con uniforme impecable me saludó con una sonrisa profesional y me llevó hasta el mostrador de recepción; tras hacer el registro y recoger la tarjeta, me acompañó a la suite del último piso.

Subimos en silencio por el ascensor, salimos y me llevó hasta la suite. Cuando las puertas se abrieron, la vista me dejó sin aliento: la Torre Eiffel se alzaba majestuosa a lo lejos, brillando contra el cielo invernal.

Entré en la suite y me detuve un instante en la puerta. La habitación era un refugio de lujo: un salón amplio con sofás de terciopelo, una alfombra cálida bajo los pies, cortinas que dejaban entrever la ciudad y un balcón que prometía atardeceres memorables. El dormitorio estaba separado por un pequeño vestidor y contaba con una cama de tamaño *king size* perfectamente hecha, con sábanas de algodón blanco y cojines dispuestos con precisión. El baño tenía mármol blanco, bañera independiente y todo tipo de productos de alta gama. Por un momento, sentí que el lugar me absorbía y me recordaba lo sola que estaba.

Me dejé caer sobre el sofá, y las lágrimas vinieron sin avisar. No era solo el cansancio del vuelo, era la mezcla de nostalgia y dolor: debería estar disfrutando de todo esto con Sam, riendo, brindando, compartiendo la emoción de París. Pero allí estaba, sola, con la Torre Eiffel como único testigo de mi desconsuelo.

Respiré hondo, limpié mis lágrimas y me obligué a sonreír. Este viaje era para mí, y así iba a ser. Iba a disfrutarlo, aunque fuera sola. Guardé mis emociones en un rincón del corazón y empecé a deshacer el equipaje y colocarlo todo.

Después de dejar todo en su lugar, decidí salir a recorrer París. Me envolví en un abrigo cálido, ajusté la bufanda y salí del hotel. La ciudad me recibió con su magia habitual: luces que reflejaban la historia y la modernidad, calles adoquinadas que crujían bajo mis botas y un aire frío pero estimulante que me

despejaba los sentidos. Caminé sin rumbo fijo, dejándome llevar por la curiosidad y la sensación de libertad.

Mi primer destino fue la *Catedral de Notre-Dame*. Pude admirar su fachada gótica desde fuera y sentir el peso de los siglos en sus piedras. Me hice algunas fotos, intentando capturar la esencia de aquel momento, y seguí caminando hacia el río Sena. Allí, los puentes me ofrecieron vistas que parecían sacadas de un cuadro, y no pude evitar detenerme a contemplar mi reflejo en el agua.

Luego decidí acercarme a la *Avenida de los Campos Elíseos*, donde las tiendas estaban decoradas con luces y adornos navideños. Entré en algunas para comprar recuerdos para Jake, para Megan y para mí. Cada compra era un recordatorio de que, aunque estaba sola, podía compartir momentos con quienes amaba.

Tras varias horas de paseo, el cansancio me invitó a buscar un café. Encontré una pequeña cafetería con encanto, mesas de madera, sillas pintadas y luces cálidas que daban al local un ambiente acogedor. Me senté junto a la ventana y pedí un café con leche y un croissant. Mientras disfrutaba del aroma del café recién hecho, escuché una voz detrás de mí.

Un hombre estaba sentado a mi espalda, hablando por teléfono en inglés. Su tono era relajado, elegante, y su risa sonaba con naturalidad. Por un instante, sonreí para mí misma: no era la única que había venido a París a pasar la última noche del año. Era un pequeño consuelo, pero suficiente para recordarme que la vida seguía, que no estaba completamente sola en aquel rincón del mundo.

Cerré los ojos unos segundos y respiré hondo. París era impresionante, mágica y desbordante de historia y romanticismo. Y yo iba a disfrutarla, aunque la compañía que deseaba no estuviera a mi lado. Decidí tomar fotos del lugar, de mi café, del croissant recién horneado, de las calles que podía ver desde la ventana. Quería capturar cada instante, no para compartirlo con nadie, sino para guardarlo para mí, como recuerdo de mi fuerza y de mi capacidad para disfrutar de la vida, incluso en soledad.

Cuando terminé mi café, pagué y salí de nuevo a la calle. El frío era más intenso, pero me mantenía alerta y viva. Caminé hacia la Torre Eiffel, admirando cada detalle de los edificios por los que pasaba, cada fachada, cada ventana iluminada, cada persona que pasaba apresurada y feliz. Me detuve en varias tiendas de recuerdos y compré algunas postales, imanes y pequeños detalles que sabía que harían felices a Megan y a Jake. Cada compra era un gesto de amor silencioso, un recordatorio de que, aunque mi corazón estaba herido, podía seguir amando de manera diferente, con generosidad y sin esperar nada a cambio.

A medida que me acercaba a la Torre Eiffel, la emoción crecía. Saqué el móvil del bolso y me hice algunas fotos frente a la estructura, girando para capturar distintos ángulos, distintas luces, distintos reflejos. Cada imagen era un recuerdo, un testimonio de que había decidido enfrentar el momento y disfrutar de él, aunque fuera sin Sam.

Cuando el cansancio empezó a hacerse notar nuevamente, decidí regresar al hotel. Caminé lentamente, disfrutando de cada rincón de la ciudad, de cada detalle que hacía de París un lugar único. Sentí una mezcla de melancolía y alegría: melancolía por la ausencia de mi marido, alegría por la posibilidad de redescubrirme, de encontrar momentos para mí misma, de recordar que podía ser feliz por mí misma, aunque otros no estuvieran presentes.

Al volver al hotel, mis pasos resonaban suavemente sobre el mármol del vestíbulo, mezclándose con el murmullo distante del personal y los huéspedes que, como yo, habían decidido despedir el año en París.

Antes de volver a la habitación, recordé que el hotel contaba con un pequeño salón de belleza. Me pareció la excusa perfecta para mimarme, relajarme y darme un momento de alegría. Al llegar, fui recibida por un aroma envolvente de aceites y cremas, y por un grupo de estilistas que me saludaron con sonrisas cálidas. Entre ellos, un joven muy simpático, con una energía contagiosa, me llamó especialmente la atención. Su acento parisino mezclado con un toque internacional me hizo sentir que estaba en un lugar seguro y divertido, y pronto comenzó a charlar conmigo con naturalidad.

—¿Has venido sola a París? —preguntó mientras me acomodaba en la silla del tocador.

—Sí —respondí, un poco sorprendida por su interés—. Es un viaje para mí.

Él asintió con complicidad y una leve sonrisa en los labios.

Empezaron por un tratamiento facial. La sensación de las cremas frías y los masajes suaves en mi rostro me hizo cerrar los ojos y respirar hondo. Por primera vez en días, me permití desconectar de mis problemas, dejar que el mundo exterior se desvaneciera y concentrarme únicamente en mí misma.

Después vinieron la manicura y la pedicura. Mientras me arreglaban las uñas, el joven estilista, que se llamaba François, me contaba historias de clientes que habían visitado París para despedir el año, algunas divertidas, otras románticas, y yo me dejaba envolver por su humor y su simpatía. Cada historia me hacía sentir que la ciudad estaba llena de oportunidades, de momentos inesperados, de risas que podrían surgir incluso en medio de la soledad.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunté en un momento de confianza.

—Yo trabajo aquí —respondió él, señalando el salón con una sonrisa—. Pero me encanta conocer la historia de cada persona que viene. Me hace sentir que soy parte de su aventura, aunque sea solo por unas horas.

Nos reímos juntos, y su naturalidad hizo que me relajara aún más. Por un instante, sentí que podía olvidar mis preocupaciones, mis lágrimas de la mañana, la ausencia de Sam. El ambiente del salón, la cercanía de François, la delicadeza de las manos que cuidaban de mí, todo me recordaba que también podía ser feliz en algo tan sencillo como eso.

Luego vinieron el peinado y el maquillaje. Mientras me peinaba, François me preguntó si tenía planes para la noche.

—Una cena tranquila —respondí—, con un poco de champán y buena compañía, aunque sea conmigo misma.

Él rio suavemente y me dijo:

—Eso también es una compañía maravillosa. Muchas personas no saben disfrutar de sí mismas.

La verdad es que nunca había pensado en eso de esa manera, pero sentí que tenía razón. Disfrutar de mi propia presencia, reír conmigo misma, dejar que la vida siguiera su curso sin depender de nadie… era un pequeño triunfo, un acto de fuerza.

Habíamos entrado en tanta confianza que acabé contándole por qué estaba sola realmente. Suspiró al saber que mi marido me había dejado solo dos días antes de hacer este viaje y que lo hacía por otra mujer. No pude evitar reírme cuando me dijo su respuesta.

—Tranquila, que estás en la ciudad del amor. Seguro que conoces a algún galán que te haga pasar la mejor última noche del año y que la recuerdes el resto de tu vida —hizo un guiño y sonríe negando.

Cuando finalmente terminó, me levanté de la silla y me miré en el espejo. El reflejo que encontré era distinto: una Giselle relajada, con la piel luminosa, las uñas cuidadas, el cabello perfectamente peinado y un maquillaje sutil que realzaba mis rasgos sin esfuerzo. Respiré hondo y sonreí. Era yo misma, y eso me bastaba.

Salí del salón de belleza con una sensación de ligereza que no había sentido en días. Caminé por los pasillos del hotel, disfrutando de la calma, y me dirigí a la suite. Pedí una ensalada al servicio de habitaciones, ya que quería algo ligero pero delicioso para comer, algo que me permitiera continuar mimándome. Mientras esperaba, me dejé caer en el sofá y contemplé nuevamente la Torre Eiffel. París estaba viva, vibrante, y yo también podía sentirme así.

Había recorrido la ciudad, comprado recuerdos, disfrutado de un café, reído con un desconocido que me había hecho sentir especial, y ahora estaba en mi refugio, lista para saborear la tranquilidad antes de la noche.

Cuando la comida llegó, me senté a comer frente a la ventana, contemplando la ciudad iluminada mientras degustaba cada bocado. La ensalada estaba fresca y perfecta, con ingredientes de calidad, y sentí que mi cuerpo y mi mente agradecían el cuidado. Cada mordisco era un recordatorio

de que podía consentirme, de que podía encontrar pequeños momentos de felicidad incluso en medio de la soledad.

Después de comer, decidí darme un baño de espuma relajante. El agua caliente envolvió mi cuerpo y me permitió soltar la tensión acumulada. Cerré los ojos y dejé que el aroma del jabón y la espuma me transportara a un estado de calma absoluta.

No pensaba en Sam, no pensaba en la ruptura, no pensaba en lo que había dejado atrás. Solo estaba yo, el agua, la espuma y la ciudad que se desplegaba más allá de la ventana.

Al salir del baño, me envolví en una toalla suave y respiré hondo. La noche era mía, y París parecía conspirar para recordármelo. Me miré en el espejo y vi a una mujer fuerte, capaz de sonreír a pesar del dolor, capaz de disfrutar de cada instante por sí misma.

Sabía que esa noche no habría romanticismo con Sam, ni abrazos compartidos, ni risas cómplices; pero sí habría una cena elegante, un brindis con champán y la certeza de que podía disfrutar de la vida con dignidad y alegría.

Capítulo 4

Ethan

La habitación del hotel estaba silenciosa, salvo por el murmullo distante de la ciudad que se colaba por los grandes ventanales. París, siempre hermosa, se desplegaba bajo mis pies como un mapa luminoso de promesas que no tenía intención de cumplir.

Me quedé contemplando la Torre Eiffel, erguida y orgullosa, y sentí una mezcla de fascinación y resignación. Esa torre había sido testigo de millones de historias: algunas de amor verdadero, otras de decepción, de sueños rotos. Y yo me pregunté, como tantas veces antes, en cuál de esas historias encajaba yo.

Coloqué el vaso de whisky sobre la mesa y volví a mirar la ciudad. Había viajado por negocios tantas veces que ya no sabía si mi fascinación por la metrópoli era por el lugar o por el poder que sentía al estar en ella. *Titán Oil & Energy* me había dado eso: poder, dinero y la capacidad de decidir cada movimiento que quisiera en mi vida profesional. Pero en lo personal… la vida se me escapaba como un líquido que resbalaba entre los dedos.

El teléfono sonó, interrumpiendo mis pensamientos, y apareció en pantalla la videollamada de Marcus. Su rostro apareció grande y sonriente, como siempre.

—Ethan, hermano —dijo, con esa mezcla de humor y seriedad que siempre tenía—. ¿Qué tal ha ido la reunión con los clientes de la franquicia de

gasolineras? Espero que no hayas firmado nada sin mí.

Me recosté en el sillón, dejándome llevar por la comodidad del cuero y contesté:

—Ha ido bien, Marcus. Todo según lo previsto. Hemos repasado los puntos clave, así que necesito que le digas a Martha que redacte el contrato y se lo envíe cuanto antes para que puedan echarle un vistazo. Cuando regrese a Houston, quiero tenerlo todo atado, sin sorpresas.

Marcus frunció el ceño y se cruzó de brazos, como si me viera a través de la pantalla y pudiera tocar mi conciencia.

—Ethan… —dijo, suspirando—. ¿No crees que podríamos haber esperado para esa reunión? Es la última noche del año, deberías estar aquí, no cenando solo en París.

Solté una leve carcajada. La última noche del año, solo, como si eso fuese algo que me preocupara.

—No estoy solo —respondí—. Hay más gente en el hotel, cenaré en el restaurante, y créeme, habrá suficiente diversión. No necesito compañía para no aburrirme.

Marcus volteó los ojos, divertido y resignado a la vez.

—Tú no tienes remedio, Titán —dijo con su voz cálida y burlona—. No cambias nunca.

Sonreí al escucharle llamarme así, Titán, apodo que una vez llevó mi bisabuelo, fundador de la empresa, al que tanto me parecía físicamente y que, al igual que él, yo era frío, duro y autoritario, o eso me decían.

—No —admití con una sonrisa invisible detrás de mi expresión seria—. No cambio.

Colgamos la videollamada y me quedé solo con la luz de la ciudad y el silencio de la habitación. Miré de nuevo la Torre Eiffel, y por un instante me sentí como un niño contemplando un juguete demasiado grande para él. Pensé

en mis padres, en lo mucho que habían influido en mi visión del mundo, y en la ironía de la vida que me había convertido en lo que juré nunca ser: un hombre incapaz de confiar en el amor.

Recordé mi infancia, los largos pasillos de la mansión familiar, los ecos de las discusiones entre mi padre y mi madre. Él, Charles Blackwell, siempre impecable con su traje gris, su mirada dura y esa sonrisa que nunca alcanzaba los ojos; mi madre, Elena, elegante y silenciosa, con la paciencia de quien soportaba lo inevitable, siempre perfecta, siempre contenida. Crecí observando cómo fingían un matrimonio que ya no existía, cómo mi padre buscaba aventuras fuera y mi madre aceptaba, resignada, porque así debía ser. Aprendí muy pronto que el amor era un lujo que no nos correspondía, una debilidad que podía destruirnos.

La idea de casarme, de entregar mi corazón a alguien, me parecía absurda. El amor real, el que yo había visto, era siempre doloroso. Y, sin embargo, en el silencio de la noche parisina, una pequeña parte de mí se preguntaba si eso no era una excusa para no intentarlo jamás.

Me serví un trago de whisky, dejando que el líquido dorado se deslizara, dejando un calor reconfortante por mi garganta. Observé cómo la luz de París se reflejaba en la bebida, y sentí una mezcla de poder y vacío. Lo tenía todo: la empresa, la reputación, la independencia… pero estaba solo. Y había noches como esta, cuando la ciudad brillaba como nunca, en que la soledad se sentía casi palpable.

Mientras mi whisky desaparecía lentamente en el fondo del vaso, el teléfono volvió a vibrar. Esta vez no era un mensaje, sino una llamada de mi madre. Mi mayor debilidad y, paradójicamente, mi refugio. Contesté al instante, y su rostro apareció en la pantalla con esa sonrisa dulce que podía desarmarme en segundos.

—Ethan, hijo mío —dijo, con esa mezcla de dulzura y preocupación que siempre llevaba en la voz—. ¿Cómo estás?

—Bien, mamá —respondí, apoyándome en el respaldo del sillón—. París está tan impresionante como siempre. La ciudad es… abrumadora de belleza.

—Sabía que tenías que viajar por trabajo —dijo, con un toque de reproche cariñoso—. Pero esperaba que tuvieras que hacerlo justo en la última noche del año. Vas a cenar solo…

Sonreí ante la preocupación evidente de su tono. Siempre había sido así: protectora, cercana, intuitiva.

—No estoy solo, mamá. Hay gente en el hotel, y voy a cenar en el restaurante. No te preocupes. Además, tengo a Marcus; si me sintiera solo, con una llamada le tendría horas pegado al teléfono para distraerme.

Ella rio suavemente y, por un instante, la distancia desapareció. Podía sentir la calidez de su voz como si estuviera al otro lado de la habitación, no del continente.

—Eres imposible, Ethan, y, aun así, te quiero —dijo—. Pero me alegro de que estés bien. Recuerda que siempre estaré aquí. Siempre.

—Lo sé, mamá —dije, con un hilo de emoción que procuré ocultar—. Y yo también te quiero. Más de lo que puedes imaginar.

Colgamos, y me quedé unos segundos contemplando la pantalla apagada. La conversación había dejado un calor en el pecho que rara vez sentía. Mi madre siempre había sido mi punto débil; incluso en los días más fríos, cuando me obligaba a mantenerme distante y controlado, su sola existencia era capaz de aflojar mis defensas.

Decidí que era momento de pedir la comida. Llamé al servicio de habitaciones y pedí algo sencillo: un filete con verduras al vapor y una copa de vino tinto, suficiente para acompañar la soledad con un toque de indulgencia.

Mientras esperaba que llegara la comida, me dirigí al armario para escoger el traje con el que cenaría esa noche. Elegí un conjunto clásico: traje negro, camisa blanca y corbata de seda gris. Cada pliegue debía estar perfecto, cada detalle. Siempre había sido así: control sobre mi entorno, control sobre la percepción que los demás tenían de mí y sobre mi propio reflejo. Todo debía estar impecable, incluso cuando el corazón no lo estaba.

Mientras examinaba los gemelos que llevaba en la caja, mi teléfono vibró nuevamente. Esta vez era un mensaje de Vivienne. Sus palabras aparecieron en la pantalla.

Vivienne: *Te echaré de menos esta noche.*

Sonreí. Esa mujer era un peligro elegante, seductor y manipulador al mismo tiempo. Podría haberle pedido que me acompañara, una noche divertida con ella, ligera, sin compromisos. Pero no lo hice. La tentación existía, sí, pero la lógica prevaleció. No podía permitirme distracciones innecesarias; la vida estaba demasiado organizada, demasiado planificada, para ceder al caos del deseo sin control.

—Tal vez otra noche —murmuré para mí mismo, mientras guardaba el teléfono—. Esta noche será solo mía.

El camarero del servicio de habitaciones golpeó suavemente en la puerta, anunciando que la comida había llegado. Abrí, recibí los platos y dejé que el aroma me envolviera.

Mientras servía la comida, no pude evitar que mi mente volviera a vagar hacia mis padres, hacia esa fachada impecable que mantenían frente a todos. Cada año repetían la misma danza: sonrisas falsas, abrazos calculados, conversaciones superficiales, escondiendo la verdad de lo que era su matrimonio.

No entendía por qué no se habían divorciado después de la muerte de mis abuelos. Nadie los obligaba a seguir fingiendo. Y, sin embargo, lo hacían. Quizá por costumbre, quizá por miedo a romper un equilibrio que ellos mismos habían construido.

Sentado frente a la mesa, degustando la primera porción de carne, pensé en lo extraño de mi existencia. Tenía todo lo que un hombre podría desear: poder, riqueza, libertad absoluta. Pero, aun así, había un vacío en mi interior que ninguna transacción, ningún contrato, ninguna conquista pasajera podía llenar. Era un vacío silencioso, constante, que me recordaba que, a pesar de mi éxito, había un terreno emocional que nunca había cultivado.

El vino tinto se deslizó por mi garganta con suavidad, y la ciudad brillaba a través del ventanal. París, una ciudad de luz y pasión, contrastaba con mi mundo controlado y ordenado. Pensé en las noches que había pasado con Vivienne, en la intensidad de su presencia, y cómo, a pesar de todo, no podía permitir que se convirtiera en algo más. Mi vida no estaba hecha para amar, eso me decía la voz de mi conciencia, y sin embargo…

El timbre de mi teléfono volvió a sonar, esta vez un mensaje de mi asistente, Martha.

Martha: Ethan, tu reserva para la cena está confirmada. Y en cuanto al contrato de las gasolineras, ya está redactado y enviado. Todo listo según sus instrucciones.

Asentí para mí mismo, aunque ella no pudiera verlo. Martha había sido un pilar silencioso en mi vida profesional, la única que conocía mis rutinas y mis secretos, y la única capaz de mantener en orden mi caos personal. Era como una madre, vigilante, protectora. Su lealtad era inquebrantable, y yo, a pesar de mi independencia, la valoraba profundamente.

A sus cincuenta años había trabajado para mi padre durante diecisiete años y la conocía desde el primer día, y ahora llevaba ocho trabajando para mí. Desde el principio le pedí que no me llamara Señor Blackwell porque ese era mi padre, así que pasó a llamarme por mi nombre, cosa que agradecí.

Mientras daba un sorbo a mi vino, me dejé caer en el sillón, pensando en la noche que se aproximaba. No habría grandes fiestas, no habría amigos cercanos, ni familiares. Sería un cierre del año con la distancia como única compañía. Y, sin embargo, había una extraña paz en ello. La soledad tenía su encanto, especialmente cuando se podía elegir con quién compartirla.

Mi mente vagó hacia la rutina del día siguiente. Tenía reuniones programadas, contratos que revisar y decisiones que tomar. Pero esta noche era solo para mí, para reflexionar, para observar el mundo sin comprometerme, para permitir que mis pensamientos se deslizaran por los recuerdos y las imágenes de mi infancia y mi juventud.

Recordé los fines de año pasados, con mis padres, los saludos de rigor, las conversaciones superficiales y los brindis que no significaban nada. La

repetición, la perfección aparente, el control absoluto de cada gesto. Todo para mantener una imagen que nunca correspondió a la realidad. Y ahí estaba yo, frente a la ventana, observando París, recordando y aceptando que, aunque podía controlar todo en el mundo de los negocios, la vida emocional era un terreno que nunca había cultivado.

Después de comer me serví un whisky y me puse a repasar el contrato que Martha me había enviado en copia; no quería que hubiera fallos, no podía permitirme perder esa franquicia de gasolineras.

El reloj avanzaba y la noche comenzaba a desplegar su magia sobre la ciudad. La luz de las farolas, el reflejo de los edificios en el Sena, todo parecía indicar que algo estaba por cambiar, aunque fuera solo un instante fugaz.

Un nuevo mensaje apareció en mi teléfono, y de nuevo vi el nombre de Vivienne.

Vivienne: *Disfruta la noche, Titán. Piensa en mí.*

Sonreí con ironía, dejando que la pantalla se apagara. Sí, pensaría en ella… pero solo de manera pasajera, sin comprometer mi rutina, sin alterar mi control. Esta noche no sería de deseo, ni de pasión, ni de debilidad. Sería de introspección, de análisis, de poder sobre mí mismo.

Me levanté, caminé hacia la ventana y apoyé la mano sobre el cristal. París brillaba, inmensa y distante, y yo sentí que, de algún modo, estaba exactamente donde debía estar.

Mi whisky, mi soledad, mis recuerdos, mis decisiones… todo estaba bajo control. Todo, excepto las emociones que me recordaban que incluso un titán podía sentir vulnerabilidad, que incluso un hombre acostumbrado a dominar podía ser observado por su propia fragilidad.

Capítulo 5

Ethan

Entré en el restaurante del hotel con la seguridad habitual que me acompañaba siempre, aunque en el fondo notaba un ligero cosquilleo de expectativa. El lugar estaba decorado con una elegancia discreta, con grandes lámparas de araña que iluminaban suavemente el espacio, mesas vestidas con manteles blancos inmaculados y copas que brillaban bajo la luz. La sensación de orden, de lujo contenido, me hizo sonreír levemente; era mi tipo de ambiente, un lugar donde todo estaba previsto y cada detalle tenía su sitio.

Un maître elegante se acercó y me acompañó hasta mi mesa, aquella que había reservado con antelación. No había nadie más en ella, como esperaba; cenaría solo, como tantas veces antes, y la idea no me molestaba. Al contrario, había aprendido a disfrutar de mi propia compañía, a deleitarme con los sabores y aromas sin tener que compartirlos con alguien que no entendiera mis prioridades o mi ritmo.

Al sentarme, observé el restaurante. Había varias mesas ocupadas por personas solas, hombres y mujeres que también habían elegido despedir el año a solas. Algunos parecía que lo hacían por trabajo, otros por elección, y no pude evitar preguntarme cuántos de ellos acabarían la noche acompañados, atraídos por algún desconocido, tal vez descubriendo un momento de complicidad inesperado. La soledad, después de todo, a veces podía ser una especie de preludio a la sorpresa.

El camarero se acercó, elegante y discreto, y me ofreció la carta. Mientras tomaba nota, mis ojos recorrieron los platos con interés, buscando algo que me llamara la atención. Había un *carpaccio* de atún con cítricos que parecía ligero y delicioso, un risotto de champiñones y trufa negra que despertaba mis sentidos con solo leerlo, y un solomillo de ternera con reducción de vino tinto que prometía saciar cualquier apetito exigente.

Finalmente, decidí pedir un entrante de vieiras a la plancha con mantequilla de limón, un plato principal de lomo de cordero con puré de patata y una selección de verduras asadas, y de postre, un soufflé de chocolate con helado de vainilla que parecía imposible de resistir.

El camarero llegó poco después con la botella de vino que había elegido, un Merlot con notas de cereza madura y un sutil toque de roble. Vertió cuidadosamente en mi copa, y la primera mirada al líquido oscuro me hizo sentir que la noche comenzaba oficialmente. Hice una foto de la copa, asegurándome de capturar también la luz cálida del restaurante, y se la envié a Marcus con una sonrisa: un brindis silencioso entre nosotros, como un ritual que mantenía viva nuestra conexión.

Mientras esperaba que trajeran mi primer plato, me llegó un mensaje. Saqué el móvil del bolsillo del pantalón y sonreí al ver que era Marcus. Había adjuntado una foto de él y su mujer, ambos sonriendo con una copa de vino en la mano.

Marcus: *Feliz noche, hermano. Te queremos.*

Sonreí con un leve brillo en los ojos. Allí estaban, disfrutando de la última comida como cada año, como habíamos hecho nosotros tres tantas veces, en Houston, mientras yo me encontraba a miles de kilómetros, en un lugar que me parecía igual de lujoso, pero mucho más solitario.

Respondí enviando la foto de mi copa de vino recién servida con un mensaje.

Ethan: *Por un año inmejorable. Yo también os quiero.*

La sensación de cercanía, aunque a distancia, me reconfortó. Era una tradición que siempre me hacía sentir que, aunque no estuviera físicamente,

había vínculos que nadie podía romper, un recordatorio de lo importante que eran los lazos de familia y amistad.

Mientras me servía una segunda copa, escuché una risa que llamó mi atención. Giré la cabeza ligeramente y traté de ubicar la fuente. Era una voz dulce, clara, envolvente, que hablaba en inglés con un acento elegante y ligero.

La vi a un par de mesas de distancia, con el móvil en la mano, en plena videollamada. La mujer tenía un vestido rojo ceñido que resaltaba su figura con una elegancia que era sensual sin resultar vulgar; la tela abrazaba suavemente sus curvas y el escote discreto dejaba ver un aire de sofisticación. Su cabello caía con suavidad sobre los hombros, y su sonrisa, aunque fugaz, iluminaba su rostro con una mezcla de alegría y melancolía.

Ella hablaba con alguien, prometiendo que celebrarían su propia noche de fin de año juntos cuando regresara a casa, enviando muchos besos con los dedos, como una pequeña ceremonia de despedida. La observé cerrar los ojos tras la conversación, y pude ver cómo una sombra de tristeza atravesaba su expresión. Con delicadeza, se secó algunas lágrimas con los dedos, un gesto que me hizo fruncir el ceño, más por instinto que por curiosidad: no me gustaba ver llorar a las mujeres.

En ese instante, un recuerdo invadió mi mente. Las veces que había visto a mi madre llorar por las amantes de mi padre, la tristeza en sus ojos, la resignación en su sonrisa. Siempre me había dolido y enfadado al mismo tiempo, y ahora, al ver a aquella mujer sola en su mesa, me sentí sorprendentemente protector, una reacción que no había esperado sentir. Tomé un sorbo de vino de un solo trago, dejando que el sabor me calentara y calmara un poco la sensación que me había provocado su gesto.

Me incliné ligeramente hacia adelante, intentando no parecer evidente, y la observé un momento más. Su forma de mover los dedos al enviar besos, la delicadeza de su gesto al limpiarse las lágrimas, la naturalidad con la que retomó la compostura… todo en ella era un contraste fascinante entre fragilidad y fortaleza. Era imposible no sentir curiosidad por alguien así, por la historia que podía haber detrás de cada sonrisa y cada lágrima.

La cena llegó poco después. Las vieiras estaban deliciosas. El aroma del lomo de cordero se mezcló con el del puré de patatas y las verduras, creando un conjunto que hizo que se me hiciera agua la boca. Corté un primer trozo, y el sabor fue aún mejor de lo que esperaba: la carne estaba en su punto, jugosa y tierna, mientras que el puré y las verduras complementaban perfectamente el plato. Cada bocado era un recordatorio de que podía permitirme disfrutar de los pequeños placeres sin depender de nadie más.

De vez en cuando, lanzaba miradas hacia la mujer del vestido rojo. A veces me sorprendía sonriendo ante un gesto suyo; otras, me sorprendía sintiendo un leve cosquilleo de intriga. ¿Quién sería? ¿Por qué estaba sola esta noche? Cada gesto suyo contaba una historia que yo quería descifrar, aunque no tenía intención de intervenir todavía.

El postre llegó finalmente: un soufflé de chocolate que desprendía un aroma irresistible, acompañado de helado de vainilla que se derretía suavemente con el calor del plato. Me tomé mi tiempo, disfrutando de cada cucharada, dejando que el sabor me envolviera y que mis pensamientos se acomodaran en un rincón cómodo, lejos de preocupaciones, lejos de la necesidad de controlarlo todo.

Mientras degustaba el soufflé, la voz de la mujer volvió a captar mi atención. Reía suavemente, y aunque ya no hablaba por videollamada, su expresión mantenía una mezcla de tristeza y dulzura que me resultaba imposible de ignorar. Tomé un sorbo final de vino, mirando la copa y luego la sala, y comprendí que esa noche, aunque había planeado pasarla solo, la presencia silenciosa de aquella mujer le daba un matiz inesperado.

Hubo un instante en el que pensé en acercarme, en iniciar una conversación, aunque la lógica me decía que no debía. Sin embargo, la combinación de su elegancia, su vulnerabilidad y su naturalidad despertaba algo que hacía tiempo no sentía: una curiosidad nueva, un interés que no estaba dispuesto a reprimir.

Toda la velada transcurrió entre bocados, sorbos de vino y miradas furtivas hacia la mujer de rojo. Cada gesto suyo parecía contado con un propósito que yo aún no podía descifrar, y eso hacía que la noche se llenara de posibilidades, incluso en medio de mi cena solitaria.

No sabía si terminaríamos cruzando palabra alguna, pero por primera vez en años, me sentí tentado a dejar que la noche siguiera su curso sin intentar controlarlo todo.

Había terminado la cena y me levanté de la mesa con la sensación de que la noche aún tenía mucho por ofrecer. El camarero me había hablado de la zona del bar, donde también había pista de baile y donde entregarían las uvas para la cuenta atrás, y mi curiosidad se encendió.

Me puse la chaqueta y caminé con pasos seguros hacia la zona indicada, sin prisa, disfrutando del murmullo elegante de los comensales que todavía quedaban cenando.

Busqué con la mirada a la mujer del vestido rojo, la que había captado mi atención durante la cena. Sin embargo, ya no estaba en el restaurante. Entré en el bar y observé cada detalle: un espacio con iluminación tenue, mesas altas y sofás cómodos que invitaban tanto a charlar como a relajarse. La barra estaba llena de botellas que reflejaban la luz como pequeños destellos, y el aroma a madera pulida y licor me dio una sensación de calidez inmediata.

Me acerqué a la barra y pedí un whisky, solo, sin hielo. La camarera me sirvió con una precisión impecable, y sosteniendo la copa, observé a los huéspedes que se movían entre la zona del bar y la terraza. Había parejas, grupos de amigos, familias, y también los que, como yo, habían cenado solos y ahora buscaban compañía o simplemente un lugar donde disfrutar la noche.

Entonces la vi de nuevo. Estaba en la terraza, con un abrigo de pelo blanco que contrastaba con el vestido rojo que llevaba debajo. Tenía una copa de champán en la mano y su postura transmitía cierta vulnerabilidad mezclada con una elegancia natural. El viento movía suavemente algunos mechones de su cabello, y la luz de la ciudad los hacía brillar.

Di unos pasos hacia ella, intentando no parecer demasiado directo, pero la curiosidad me impulsaba.

—Buenas noches —dije, con un tono lo suficientemente casual para no parecer intrusivo, pero firme para captar su atención.

Ella levantó la mirada y me encontró con los ojos, sorprendida, y entonces pude ver que estaban ligeramente húmedos y tenía algunas lágrimas en su rostro. Sin pensarlo demasiado, saqué un pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo ofrecí. Ella lo aceptó con una sonrisa breve, agradecida, y comenzó a secarse las mejillas.

—Lo siento, pero es que hay cosas que no se pueden olvidar fácilmente —dijo—. Lloro porque mi marido es un capullo. Debería estar aquí con mi marido, haber cenado con él, despedir el año juntos otra vez, pero de un modo más romántico este año. Y en vez de eso estoy aquí sola, bebiendo champán y llorando delante de un desconocido. ¿Cómo de normal es que tu marido te diga a solo unos días de acabar el año que ya no te quiere y que se va? ¿En qué momento dejó de ser como era todo y que me dejara por otra mujer? Es que no lo entiendo —cerró los ojos y siguió llorando, en silencio, mientras yo no sabía qué hacer.

Ahora entendía esa tristeza que había visto antes, sus lágrimas y el dolor que era más que evidente en su forma de hablar.

—Perdona… no era mi intención arruinarle la noche a nadie —murmuró con voz suave.

—No me la estás arruinando —respondí, intentando transmitir tranquilidad y comprensión—. Solo la has hecho un poquito más entretenida con ese cotilleo —añadí, con un leve tono de humor, refiriéndome a la historia que había detrás de sus lágrimas.

Ella rio suavemente, un sonido claro y ligero que parecía aliviar el ambiente.

Era imposible no sentirse absorbido por su historia; había algo en su manera de expresarse que me mantenía en vilo, sin necesidad de forzar la conversación. Cada gesto, cada palabra, cada pausa parecía tener un propósito, y sentí cómo una conexión silenciosa se estaba formando, aunque solo fuera a través de su relato y la proximidad física en la terraza.

Me devolvió el pañuelo con gratitud y sentí un impulso extraño de quedarme allí, simplemente observándola, absorbiendo cada detalle: la

manera en que sostenía la copa, cómo la luz se reflejaba en sus ojos, cómo su voz se suavizaba mientras hablaba.

—Gracias por escucharme —dijo, y yo asentí. No era necesario añadir nada más. Había algo en su sinceridad que hablaba más alto que cualquier comentario o gesto.

Se alejó de la terraza y regresó al interior del bar, dejando una estela de misterio y un aroma sutil que apenas pude identificar, pero que quedó grabado en mis sentidos.

Me quedé allí unos segundos, contemplando la terraza, pensando en ella, preguntándome quién era realmente y por qué me sentía tan atraído por alguien que acababa de conocer. Había algo en su vulnerabilidad y fuerza que activaba un instinto protector que hacía tiempo había enterrado bajo capas de control y distancia emocional.

Capítulo 6

Ethan

Regresé al bar con la sensación de que algo en la noche me empujaba hacia la terraza, hacia esa mujer que no dejaba de rondar mis pensamientos. La música había cambiado ligeramente, mezclando un ritmo más festivo, y la luz tenue del lugar proyectaba sombras que se movían con cada gesto de los comensales. Tomé asiento en la barra, pidiendo otro whisky, solo, sin hielo, como si aquel trago pudiera darme la paciencia suficiente para observarla sin ser evidente.

No podía evitar mirarla. Había algo en ella que me absorbía, un magnetismo que no se reducía a la elegancia de su vestido rojo ni al abrigo de pelo blanco que ahora estaba colgado del respaldo de la silla. Cada movimiento suyo parecía estar cuidadosamente medido, como si estuviera consciente de que la noche podía ofrecer momentos únicos. Y, aun así, había una naturalidad en su forma de posar para las fotos que enviaba después, presumiblemente por mensaje, que la hacía más humana, más accesible y a la vez más distante.

Mis pensamientos se enredaban en contradicciones. Sabía que estaba casada, que no debería ni mirarla, y sin embargo no podía evitarlo. Era un acto de rebelión silenciosa contra mis propias reglas, un impulso que me recordaba que a veces, incluso controlando cada aspecto de la vida, el corazón podía jugar una partida distinta. Me obligué a concentrarme en el whisky, a saborearlo lentamente, dejando que su aroma y sabor me anclaran, pero mis ojos volvían a ella una y otra vez.

El camarero empezó a repartir las uvas poco después. La multitud en la barra se animaba, con risas y charlas entrecortadas por el bullicio propio de una víspera de Año Nuevo. Observé cómo todos aceptaban su ración de uvas mientras comenzaba la cuenta atrás. Diez, nueve, ocho… los murmullos se mezclaban con risas y comentarios en distintos idiomas. Yo sostenía mis uvas, pero no podía concentrarme en comerlas; mi atención estaba fija en ella.

Sus dedos finos cogían las uvas con cuidado, y su expresión, concentrada y ligeramente divertida, me hizo sorprenderme. La estudié sin querer, notando detalles que normalmente no registrarías en un simple vistazo: la forma en que su cabello caía sobre el abrigo, cómo sus labios se curvaban en una sonrisa fugaz cada vez que miraba a alguien, la seguridad en sus movimientos, incluso en un momento de aparente soledad.

Siete, seis… las risas aumentaban, los brindis se mezclaban con la cuenta regresiva, y yo seguía allí, observándola mientras tomaba su primera uva. Cinco, cuatro… las risas se volvían más intensas. Tres, dos, uno…

—¡Feliz Año Nuevo! —gritó alguien.

Y los gritos se elevaron desde varios puntos del bar y de la terraza, algunos chocando copas, otros abrazándose, y yo la vi levantar la copa de champán que había pedido para ella misma y beberla de un trago. La escena era simple, pero me impactó: allí estaba ella, sola, celebrando, pero con una especie de determinación que parecía desafiar al mundo.

Sonreí para mis adentros y llamé al camarero, pidiéndole dos copas de champán. Él asintió con una precisión casi coreografiada, y pronto tuve en mis manos las burbujeantes copas doradas. La luz reflejada en el líquido hacía que la escena pareciera todavía más mágica. Me tomé un momento, evaluando la distancia entre nosotros, y luego caminé hacia la mesa donde ella estaba. Mis pasos eran firmes, pero medidos, conscientes de no invadir su espacio ni su momento.

Al llegar, noté que estaba mirando hacia la ciudad, hacia algún punto indefinido, como si buscara entre las luces de París un sentido más profundo a la noche.

—Feliz Año Nuevo —dije, con un tono que buscaba ser casual y cercano al mismo tiempo.

Ella giró la cabeza hacia mí y me devolvió la mirada, con una sonrisa leve, un gesto que iluminó su rostro y suavizó la tensión que percibí al acercarme.

—Igualmente —respondió, y el brillo de sus ojos delataba que había captado la intención de la copa que sostenía en mis manos.

Sin decir una sola palabra más, le ofrecí una de ellas, y ella la aceptó con delicadeza. Acerqué la mía para brindar, y dije en un susurro más íntimo:

—Un brindis al aire es un poco solitario, ¿no crees?

Ella sonrió, un gesto lleno de complicidad.

—Pensaba en mi hermana y en mi sobrino —dijo—, y también en mis padres… fallecieron hace cinco años.

Sus palabras, pronunciadas con una mezcla de tristeza y cariño, me hicieron sentir una cercanía inmediata.

—Lo siento —respondí, con la sinceridad más genuina que pude mostrar. Me senté a su lado, buscando un ángulo cómodo para continuar la conversación, y añadí—. Me llamo Ethan.

—Giselle —dijo ella, estrechando ligeramente mi mano, y ese gesto breve transmitió más que un simple saludo.

Comenzamos a hablar, y pronto las palabras fluyeron sin esfuerzo. Hablábamos de París, de la noche, de los años que habían pasado y los que vendrían, y de pronto reíamos, compartiendo anécdotas que solo se contaban cuando había química real entre dos personas.

Las bromas comenzaron a fluir, algunas subidas de tono, otras tan ligeras que apenas rozaban la risa, pero cada una parecía reforzar un hilo invisible que nos unía en aquel instante.

Y entonces le propuse bailar, de manera casual, como si la idea surgiera de la nada.

—No debería —dijo Giselle, con un leve tono de timidez y prudencia, aunque la chispa en sus ojos traicionaba sus palabras.

—Si lo haces porque aún piensas en tu marido, no te martirices de ese modo —dije, con suavidad, pero con firmeza—. Seguro que él se lo estará pasando en grande con esa otra mujer.

Suspiró, y un leve destello de resignación y alivio pasó por su rostro.

—Tienes razón… no voy a darle la satisfacción de estar mal —murmuró, y sin más, se acabó la copa de champán de un solo trago. Se levantó y, con decisión, me cogió de la mano, conduciéndome hacia la pista de baile.

La música cambió; un ritmo más movido y sensual comenzó a fluir por los altavoces. Era una bachata, intensa y provocadora, y sentí cómo la mujer de rojo, mi compañera improvisada, se movía con una combinación de gracia y fuego que hacía que mi cuerpo respondiera de inmediato. La cercanía de sus manos, la suavidad de su tacto y la sincronía casi instantánea de nuestros movimientos me hicieron comprender que había algo irresistible en ella.

No podía dejar de observarla mientras bailábamos: la manera en que su cuerpo seguía el ritmo de la música, cómo sus caderas se movían con naturalidad, la manera en que su mirada me buscaba y sonreía entre paso y paso. Cada giro, cada contacto de manos, cada roce de hombros enviaba una corriente eléctrica que me recordaba que esa mujer era toda una tentación que no sabía si podría resistir durante toda la noche.

Mientras girábamos y nos movíamos al compás de la música, sentí cómo la atracción se hacía más intensa, más compleja, y cómo, a pesar de la realidad de su matrimonio y mi propio sentido de prudencia, algo en mí deseaba perderse en ese instante. Era un juego de miradas, de silencios compartidos, de risas contenidas y de química evidente que llenaba el espacio entre nosotros, haciendo que el mundo exterior desapareciera y quedara únicamente el aquí y el ahora.

El calor de la pista me envolvía mientras Giselle y yo nos movíamos al compás de una nueva bachata. Cada giro, cada contacto, era un recordatorio de que la noche había cambiado para ambos desde que nos encontramos. No era solo la música ni el ambiente; era ella, Giselle, que parecía deslizarse entre mis manos con una naturalidad que me dejaba sin aliento.

—Eres muy buen bailarín —murmuró con una sonrisa traviesa mientras giraba y yo la seguía sin perder un solo paso.

Sus ojos brillaban, y en ellos percibí un destello de complicidad que me hizo sentir que, de algún modo, esta noche nos pertenecía solo a nosotros.

—Y tú eres una excelente bailarina —le respondí, intentando que mi voz sonara ligera, pero el tono cargado de admiración se escapó sin remedio.

Ella rio suavemente, un sonido que me hizo girar la cabeza para asegurarme de que nadie más lo escuchara.

La pista estaba llena de parejas, algunos abrazados, otros más distantes, pero a nosotros parecía no importarnos nadie más. Giselle se apoyó ligeramente en mi pecho durante un giro y sentí cómo su perfume, dulce y delicado, se mezclaba con el aroma del champán que había tomado antes. Cada movimiento suyo, cada roce, encendía en mí un deseo que no esperaba sentir.

Hablábamos entre paso y paso, riéndonos de bromas privadas que solo nosotros entendíamos.

—No puedo creer que me hayas convencido para bailar —dijo, y yo sonreí al ver cómo sus mejillas se teñían de un leve rubor.

—No te preocupes, no es una trampa… al menos, no del todo —respondí, y ella soltó una carcajada que resonó por encima de la música.

Me sorprendió la facilidad con la que hablaba de su vida, de sus pérdidas, de su familia. No era simplemente una conversación ligera de fiesta; había una intimidad en sus palabras, un reflejo de lo que era ella y de lo que había vivido, que me hizo sentir más cerca de lo que esperaba.

—Hace cinco años que no vivo unas Navidades con mis padres —me confesó entre pasos—. Todavía me cuesta a veces sentir que puedo celebrar sin ellos.

—Lo entiendo —dije suavemente—. Perder a quienes amas cambia la manera en que miras las fiestas… pero a veces, celebrar con alguien que te hace reír un poco puede ser una manera de honrarlos también.

Sus ojos se encontraron con los míos y un destello de gratitud cruzó su mirada.

—Tienes razón —murmuró, y por un instante el mundo exterior desapareció. Solo estábamos ella y yo, girando, riendo, disfrutando de una noche que parecía escrita solo para nosotros.

La bachata terminó, pero la música no. El DJ tomó la mesa de mezclas y comenzó a mezclar ritmos más movidos, llenos de sensualidad y energía. Sin soltar su mano, la acerqué más a mí, y Giselle respondió con una mezcla de timidez y picardía que me hizo sonreír.

—¿Otra? —pregunté.

—¿Por qué no? —respondió, y comenzamos a movernos al compás de un nuevo tema, más rápido, más intenso.

Durante un momento, me detuve para mirar su rostro. La luz de la terraza iluminaba su piel, destacando la curva de su cuello, la suavidad de su cabello y la forma en que sus labios se curvaban en una sonrisa que podía derretir el hielo más frío. Cada gesto suyo era una mezcla perfecta de elegancia y sensualidad, y yo sentía que me estaba perdiendo en ella, sin querer buscar el camino de regreso.

En un giro, nuestras manos se entrelazaron con fuerza, y Giselle apoyó la cabeza en mi hombro un instante.

—Ethan… esto es… inesperado —dijo, respirando un poco agitada por la intensidad del baile.

—Sí, pero a veces lo inesperado es lo mejor —contesté, sintiendo cómo cada palabra resonaba más allá de la pista, más allá de la música.

Hubo un silencio breve, solo interrumpido por el ritmo del DJ y las risas de quienes nos rodeaban. Pude percibir su respiración cercana, el calor de su cuerpo pegado al mío, y algo dentro de mí se tensó con una mezcla de deseo y cautela. Ella estaba casada; yo lo sabía, y, sin embargo, el universo parecía conspirar para acercarnos en ese momento.

—No quiero arruinarte la noche —susurró con una leve preocupación—, pero tampoco quiero mentirme a mí misma.

La miré a los ojos y noté la sinceridad en su voz.

—No la estás arruinando —le aseguré—. La estás haciendo más memorable… para ambos.

Giselle sonrió y soltó una carcajada ligera, un sonido que se mezcló con la música y con el aire frío de la terraza.

La canción cambió nuevamente, y esta vez nos movimos a un ritmo más sensual, casi prohibido. Cada giro y cada acercamiento aumentaban la tensión que se había ido construyendo desde nuestra primera conversación en la terraza. Sentí su cuerpo moverse junto al mío con tal sincronía que parecía que habíamos bailado juntos durante años.

Durante un descanso, mientras recuperábamos el aliento, me atreví a hablar de algo más personal.

—Sabes… normalmente no dejo que la noche me lleve así… pero contigo es diferente.

Sus ojos se agrandaron ligeramente, y pude ver un destello de emoción mezclado con sorpresa.

—A mí también me pasa lo mismo —admitió, bajando un poco la cabeza —. No esperaba que esta noche fuera así. Empezar sola, y terminar encontrando a alguien con quien sentirme tan… conectada.

Asentí, entendiendo perfectamente lo que quería decir. La conexión que sentíamos era real, palpable, y la química entre nosotros no se limitaba a la atracción física. Había algo más profundo, algo que se construía con miradas, risas compartidas, gestos y silencios.

La siguiente canción fue más lenta, una especie de balada mezclada con ritmo caribeño. La cogí de la mano y la acerqué, guiándola con suavidad.

—Bailar así… es como si el tiempo se detuviera —le dije. Sus ojos brillaron y asintió.

—Sí… como si nada más importara.

Giré suavemente, llevándola a un movimiento que la hizo apoyarse en mí de manera más cercana. La sentí temblar ligeramente, y un estremecimiento recorrió mi espalda. Por un instante, me olvidé de todas las reglas que me imponía, de la ética, de la distancia que debía mantener. Solo existíamos ella y yo, moviéndonos al compás de una música que parecía escrita para nosotros.

Cuando la canción terminó, nos separamos apenas unos centímetros, solo lo suficiente para respirar, pero la cercanía seguía estando allí. Giselle rio suavemente, y yo no pude evitar sonreír ante la mezcla de nervios y diversión que emanaba de ella.

—Eres toda una tentación —le dije, sin poder ocultarlo. Sus ojos se iluminaron, y por un instante, pensé que podría perderme en ellos para siempre.

—No sé si podré resistirme esta noche —murmuró, con un suspiro que era mitad confesión, mitad juego.

Sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo; su honestidad y su cercanía me hacían dudar de cualquier barrera que pudiera existir entre nosotros.

El ambiente a nuestro alrededor parecía haberse diluido. La terraza, la barra, los otros invitados… todo se desvanecía en un segundo plano. Solo existíamos nosotros, bailando, riendo, compartiendo secretos y miradas, atrapados en la energía de una noche que prometía ser inolvidable.

Finalmente, nos detuvimos, y Giselle me miró directamente a los ojos.

—Ethan… gracias por escucharme… y por esta noche. —Su voz era suave, cargada de emociones. Sonreí y cogí su mano.

—No tienes que agradecerme nada. Estoy disfrutando tanto como tú… quizás más.

Ella rio, un sonido que se mezcló con la brisa nocturna y el murmullo de París de fondo.

Nos apoyamos en la barandilla de la terraza, observando la ciudad iluminada mientras recuperábamos el aliento.

—París tiene una magia especial —dijo.

—Sí, y esta noche se siente aún más mágica —contesté, sintiendo que, aunque solo fuera por unas horas, el mundo nos pertenecía.

Sus dedos se entrelazaron con los míos, y por un instante, todo parecía perfecto. La química, la tensión, la complicidad… todo se concentraba en ese pequeño espacio entre nosotros.

No sabía qué pasaría después, ni qué decisiones tomaríamos, pero aquella noche estaba llena de promesas, de momentos robados al destino y de una conexión que ninguno de los dos podría negar.

Capítulo 7

Giselle

La música seguía vibrando en el bar del hotel, y mientras Ethan y yo bailábamos, sentía que cada movimiento nos acercaba más. Su mano cálida sobre mi cintura, la forma en que me guiaba con firmeza, pero con suavidad, me hacía estremecer de manera inesperada. La risa que compartíamos era ligera, contagiosa, como si todo el resto del mundo hubiera desaparecido y solo quedáramos nosotros dos.

Ethan tenía un magnetismo imposible de ignorar. Su porte, elegante incluso en medio de la pista de baile, sus ojos azul acerado brillando con diversión y complicidad, y la sonrisa que le nacía con facilidad me dejaban sin palabras. Cada gesto suyo era natural, seguro, y había algo en la forma en que me miraba que hacía que mi corazón se acelerara sin remedio.

Mientras bailábamos, no podía evitar pensar en lo absurdo de la situación: si no estuviera casada, probablemente esa noche acabaría haciendo alguna locura y me dejaría llevar sin mirar atrás. Pero la verdad era que, aunque estuviera casada en papel, desde que Sam había salido con sus maletas por la puerta de casa, estaba prácticamente soltera de nuevo. Y esa realidad me daba un extraño y liberador poder sobre mis propias emociones.

—¿En qué piensas? —me preguntó Ethan, con su voz profunda rozando mi oído mientras girábamos al ritmo de la música.

Lo miré, juguetona, tratando de ocultar la verdad que bullía en mi mente.

—Mejor no te lo cuento —dije, con una sonrisa que sabía que no era del todo convincente.

Él arqueó una ceja, divertido.

—Venga, dímelo. Tengo curiosidad.

Mi respiración se entrecortó un instante. Había algo en su manera de insistir, en cómo sus ojos se clavaban en los míos, que hacía que me estremeciera sin querer.

—Estoy pensando… en cosas muy pecaminosas contigo —confesé, dejando que mis palabras flotaran entre nosotros.

Ethan soltó una carcajada profunda, intensa, y la forma en que me miró hizo que un escalofrío recorriera mi espalda.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó, con esa mezcla de diversión y deseo que parecía tenerlo siempre bajo control, pero que dejaba entrever que algo de verdad había en lo que decía.

—Cosas… que conllevan sexo —dije, y noté cómo sus ojos se oscurecieron ligeramente, intensificando la tensión que nos rodeaba.

Una sonrisa de medio lado apareció en su rostro, y por un instante, el mundo entero parecía haberse reducido a la pista de baile y a nosotros dos.

—Parece que nuestras mentes están conectadas —dijo con voz baja y de lo más sensual—. Porque yo también he tenido esos pensamientos toda la noche.

Tragué saliva, mordiendo suavemente mi labio inferior.

—No hagas eso… —susurró, más como un juego que como una advertencia.

—O qué. ¿Corro el peligro de que me beses? —pregunté, sin duda, poseída por el alcohol que había ya en mi cuerpo.

Él sonrió, ladeando la cabeza, y acercó su rostro al mío.

—¿Me estás incitando a hacerlo? —preguntó, con sus labios a apenas un suspiro de los míos.

Asentí ligeramente, consciente de la electricidad que surgía entre nosotros. Ethan se inclinó hacia mí y me besó. El beso fue intenso, cargado de la tensión acumulada de toda la noche, y me dejó sin aliento. Cuando nos separamos apenas unos segundos, nuestras miradas se entrelazaron con fuerza.

—En tu suite o en la mía —dijo, con voz grave, midiendo cada palabra.

—En la mía —respondí, segura de mi decisión y con una mezcla de emoción y anticipación.

Cogió mi mano con firmeza y nos dirigimos a los ascensores; el calor de su contacto enviaba una corriente de electricidad a través de mi cuerpo. Una vez dentro, no perdió tiempo y me volvió a besar, más intenso, más urgente, mientras nuestras manos se buscaban de manera natural, rozando piel sobre ropa, y un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza.

Era un momento cargado de deseo, de tensión, de complicidad, y me sentí completamente viva en su presencia. Cada gesto suyo parecía diseñado para hacerme sentir deseada, cada mirada un recordatorio de que había algo entre nosotros que iba mucho más allá de una simple atracción superficial.

Mientras subíamos hacia mi suite, sentía cómo la noche había cambiado por completo: lo que había empezado como una celebración de fin de año en solitario se había transformado en un juego de seducción y química innegable.

Y aunque todo en mí gritaba prudencia, cada fibra de mi ser quería entregarse a esa sensación, dejarse llevar por el momento y disfrutar de la presencia de Ethan como nunca antes lo había hecho con nadie.

El ascensor se detuvo en la última planta y Ethan me sostuvo la mano mientras salíamos. Su sonrisa era confiada, segura, y por un instante me sentí como si todo el mundo se redujera a ese pasillo, a nuestros pasos sincronizados, a la electricidad que recorría mis nervios con cada roce de sus dedos sobre los míos.

—Estoy alojado justo al lado tuyo —dijo, señalando la puerta de su suite, y la forma en que pronunció esas palabras hizo que un cosquilleo se extendiera por todo mi cuerpo.

Sonreí, sacando la tarjeta llave del bolso mientras sentía que mi respiración se aceleraba. Abrí la puerta de la suite y, antes de que pudiera decir algo, Ethan me cogió en brazos. La sorpresa me hizo soltar un pequeño jadeo.

Su fuerza y su cercanía hicieron que mi cuerpo se estremeciera, pero no era solo el contacto físico: era la sensación de ser deseada, de que alguien me quería en ese instante con la misma intensidad que yo lo deseaba a él.

—No sabía que podías ser tan peligrosa —me susurró al oído mientras caminaba por la suite, y su aliento cálido me hizo cerrar los ojos.

—Ni yo —murmuré, incapaz de articular más palabras mientras sentía su respiración rozando mi cuello.

Me depositó suavemente sobre el suelo y, en un instante, estaba tan cerca de mí que podía percibir el calor de su cuerpo, el latido fuerte y constante de su corazón. Nos miramos, y el mundo pareció desaparecer otra vez: solo existíamos nosotros, la tensión que crecía entre los dos y el deseo imposible de ignorar.

Cada gesto suyo estaba cargado de intención. Sus manos recorrían suavemente mi espalda, rozando mi piel sobre la ropa, y yo respondía instintivamente, dejando que mi cuerpo se acercara más, que mis dedos buscaran los suyos. La intensidad de la mirada que me dedicaba me hacía sentir vulnerable y poderosa al mismo tiempo, y no podía evitar estremecerme con cada roce, con cada suspiro compartido.

Ethan volvió a besarme y sentí lo que a todas luces era una corriente eléctrica recorriéndome el cuerpo. Sus labios se apoderaron de los míos con posesión, como si no quisieran que esos besos pertenecieran a nadie más.

El calor de sus manos me abrasaba, y cuando las sentí en mis nalgas dando un leve apretón mientras me acercaba a él, un leve jadeo escapó de mis labios.

Era un hombre alto y fuerte, y yo a su lado era tan pequeña y me sentía tan frágil…

—Giselle —susurró, con sus labios tan cerca de los míos que podía sentirlos, pero aun así dejaba que la tensión creciera—. No sé cuánto más podré resistirme.

—No lo hagas —le respondí con voz temblorosa, y mis palabras fueron más un reto que una advertencia.

Su media sonrisa fue suficiente para que el aire entre nosotros se cargara aún más. Se inclinó hacia mí y nos besamos de nuevo, y esta vez el beso fue más intenso, más urgente. Mis manos buscaron su cuello, mi cuerpo se acercó sin pensar, y sentí que cada fibra de mi ser estaba despierta, alerta, ardiendo de deseo. Cada caricia que nos dábamos, cada roce de piel sobre la ropa, era una conversación silenciosa que nos decía que queríamos más, que el tiempo no importaba, que el mundo exterior no existía.

Nos movimos hacia el sofá, y él se inclinó sobre mí con suavidad, pero con decisión. El roce de su pecho con el mío me dejó sin aliento. Cada mirada era un desafío, cada sonrisa un recordatorio de que estábamos solos, de que nada ni nadie podía interponerse entre nosotros en ese instante. Me incliné hacia él, sintiendo el calor de su cuerpo mezclarse con el mío, y nuestras manos no dejaban de explorarse, de buscar contacto, de responder a cada gesto con más intensidad.

Le quité la chaqueta con movimientos rápidos pero torpes, y después me deshice de su camisa. En cuanto tuve su torso desnudo bajo mis manos, suspiré sin saber bien por qué. Era cálido, suave y al mismo tiempo duro. Se notaba que era un hombre que se cuidaba sin llegar a grandes extremos.

Acaricié su torso y noté cómo se estremecía al bajar mis manos hasta su cintura. Ethan subió la falda de mi vestido y deslizó la mano por mi pierna, haciendo que me estremeciera y una punzada de deseo y anticipación estallara entre mis piernas.

Siguió subiendo hasta encontrar la tela de mi tanga, esa que no dudó en hacer a un lado y llevar sus dedos entre mis pliegues. Gemí al sentirlos jugando con mi clítoris y me dejé llevar por el momento y el deseo, moviendo

las caderas despacio mientras él tocaba esa zona tan sensible de mi cuerpo, más que dispuesto a excitarme aún más de lo que ya lo estaba.

Bajé mis manos y encontré su cinturón, lo desabroché y después hice lo mismo con el botón y la cremallera de sus pantalones, llevando una mano al interior de estos y por dentro de los bóxers hasta encontrar su miembro duro, erecto y caliente. Cuando lo envolví con mi mano, Ethan dejó escapar un leve gruñido que me hizo sentir poderosa. ¿Cuándo fue la última vez que me había sentido así con mi marido?

Dios, mi marido… Aquellas dos palabras hicieron que me paralizara por un momento, pero entonces pensé en lo que Ethan me había dicho, en que esa noche Sam estaría con la mujer por la que me había dejado, sin pensar en mí ni en cómo me quedaba.

Mientras Ethan me tocaba y hacía que mi humedad aumentara tanto como mi excitación, comencé a mover la mano de arriba abajo por su masculinidad para darle placer como él me lo daba a mí.

Comenzó a penetrarme con dos dedos y rompí el beso por un breve instante para gritar ante tal placer. Volvimos a besarnos y seguimos tocándonos mientras nuestra otra mano libre acariciaba el cuerpo del otro.

No tardé en sentir que me acercaba al orgasmo y Ethan también se dio cuenta, dado que mis caderas comenzaron a moverse mucho más rápido.

Bajó el vestido de tal modo que liberó mis pechos y comenzó a besarme el cuello hasta llegar a ellos. Lamió y mordisqueó un pezón haciendo que gimiera y me estremeciera; después atendió de igual manera el otro pezón y siguió besándome por encima de la ropa hasta que sentí que su miembro se escapaba de entre mi mano y le miré.

El brillo en los ojos de Ethan me dejó claro cuál era su próximo movimiento y me mordí el labio al saber lo que sentiría. No tardó en hundir su rostro entre mis piernas y comenzar a lamer mi sexo como si se le fuera la vida en ello.

Lamía, mordisqueaba y me seguía penetrando sin parar, rápido y con fuerza, hasta que me agarré al sofá y dejé que el clímax me alcanzara. Me

corrí con tal intensidad que noté cómo todo mi cuerpo era sacudido por un escalofrío.

Cuando liberé todo, le vi subir de nuevo hasta quedar cara a cara, me besó con urgencia y sentí que mi cuerpo le llamaba.

—Te necesito —susurré contra sus labios, y la tensión en mi voz era palpable.

—Yo también —dijo, con voz grave, y se inclinó hacia mí otra vez, besándome con una urgencia que me hizo estremecer hasta la médula.

Era un juego de atracción y deseo, de acercamientos y retiradas, de caricias que nos hacían temblar y miradas que nos decían todo lo que no era necesario pronunciar. Cada suspiro suyo, cada roce de su mano, era un recordatorio de que estábamos aquí y ahora, completamente entregados a la sensación de estar juntos, sin límites, sin miedo, solo sintiendo.

Me cogió en brazos y me llevó hacia la cama con delicadeza, pero con intensidad, y el roce de nuestros cuerpos mientras caminábamos me hizo jadear de anticipación.

Nos dejamos caer sobre las sábanas, abrazados, respirando entrecortadamente, compartiendo caricias, miradas intensas y besos que quemaban. La conexión era tan profunda que cada gesto parecía prolongarse infinitamente, y me sentí completamente viva, completamente deseada, completamente suya en ese momento.

Terminamos de desnudarnos y nos fundimos en un abrazo mientras nos besábamos. Ethan me acarició la mejilla mirándome fijamente, como esperando una negativa, como si pensara que iba a pedirle que parara, pero no quería que lo hiciera.

Llevé la mano a su nuca y le atraje hacia mí para besarle con esa urgencia y esa necesidad que me invadía, y él se entregó a ese beso y al momento tanto como yo.

Comenzó a penetrarme poco a poco, centímetro a centímetro, hasta que ambos gemimos al sentir que estábamos completamente unidos. Ethan se

movía entre mis piernas, entrando y saliendo despacio mientras me besaba, y sentía cómo me estremecía. Aquella noche no estaba siendo como pensaba que sería, y ahí estaba, en la cama, teniendo sexo con un hombre al que acababa de conocer hacía apenas unas pocas horas.

Ethan se retiró y comenzó a besarme por todo el cuerpo. Me hizo girar para quedar boca abajo en la cama y no tardó en elevar mis caderas y penetrarme desde atrás con fuerza, con una embestida tan profunda que me hizo gritar ante el placer que sentí en ese momento.

Siguió moviéndose con el mismo ritmo, rápido y fuerte, llenándome tan profundamente que sabía que al día siguiente tendría todo el cuerpo dolorido.

No tardé en correrme de nuevo y, cuando se retiró, giré y nos miramos a los ojos con ese brillo del deseo cubriéndolos.

—Ven —dije en un susurro de lo más sensual, llevada por el momento, mientras le pedía que se acercara—. Quiero devolverte el favor —susurré y él sonrió.

Ethan se colocó a mi lado y, sin apartar la mirada de la suya, separé mis labios y deslicé la lengua por su miembro, lamiendo toda su longitud hasta acogerla en mi boca.

Gimió al tiempo que cerraba los ojos y noté cómo todo su cuerpo se tensaba. Sentí una de sus manos entrelazando los dedos en mi cabello y comenzó a mover las caderas al tiempo que yo lo acogía en mi boca.

Hasta que unos minutos después se apartó, separó mis piernas y, tras sostener una de ellas flexionada sobre su cadera, me penetró con fuerza y llegando tan profundamente que creí que me acabaría desmayando del placer.

Ethan me tomó como nunca antes lo había hecho, y sabía que después de esa noche no habría otro hombre con el que me sintiera tan conectada y tan plena como con él.

Volvió a besarme con urgencia y llegamos juntos al clímax, liberando así toda la tensión que había crecido entre nosotros durante toda la noche.

Finalmente, cuando nos recostamos juntos, y Ethan me rodeó con su brazo por la cintura, sentí cómo el cansancio empezaba a vencerme, pero también un calor profundo de satisfacción y seguridad.

Su presencia me envolvía, y mientras cerraba los ojos, con la respiración aún entrecortada y el corazón latiendo con fuerza, supe que estaba exactamente donde quería estar, compartiendo un instante que sería imposible de olvidar.

Capítulo 8

Giselle

Desperté con la luz grisácea de París filtrándose por las cortinas de la suite, una claridad suave que me obligó a entrecerrar los ojos mientras mi mente intentaba situarse en el mundo real. Tardé un par de segundos en recordar dónde estaba, un par más en incorporarme ligeramente sobre la almohada… y unos cuantos más en darme cuenta de que estaba sola.

El silencio era absoluto. No había respiración ajena a mi lado, ningún movimiento en el colchón, ninguna sombra reconocible en la habitación.

Giré la cabeza hacia la derecha, extendiendo la mano instintivamente hacia el hueco donde debería estar Ethan. Pero mis dedos solo tocaron sábanas frías, arrugadas, vacías. Frías. Eso me dijo todo: no se había levantado hacía un momento. Llevaba fuera un buen rato. Quizá desde hacía horas.

Parpadeé, confundida. Miré hacia la puerta del baño. Estaba entreabierta, y desde dentro no llegaba ningún sonido. Ni agua corriendo, ni pasos, ni su voz. Nada.

Me quedé inmóvil, respirando despacio, dejando que la memoria hiciera su trabajo. La noche anterior acudió a mí como una oleada cálida, como un recuerdo que aún ardía bajo mi piel.

Recordé cómo me había mirado Ethan: esa intensidad tranquila, ese modo en el que parecía escuchar incluso aquello que yo no decía. Recordé el peso

de sus manos sobre mi cintura, la firmeza suave con la que me había atraído hacia él, la forma en que sus labios habían encontrado los míos con una seguridad que me había desarmado por completo.

Recordé cómo había sentido su deseo, claro, directo, sin titubeos, como si hubiese estado esperándome desde hacía mucho más tiempo del que en realidad nos conocíamos. Recordé lo fácil que había sido dejarme llevar, hundirme en esa conexión tan inesperada, tan irreal para alguien como yo, alguien que, hasta hacía nada, creía tener su vida completamente definida.

Me llevé la mano a la frente, intentando ordenar mis pensamientos. Seguía desnuda bajo las sábanas. Él había estado allí, conmigo, a mi lado. Su risa, su forma de susurrarme cosas que me habían hecho temblar, sus dedos entrelazándose con los míos como si aquello significara algo. ¿Y ahora…?

Cogí aire despacio y, tras un segundo de vacilación, me levanté. El aire frío de la habitación me recorrió la piel mientras buscaba una camiseta entre mis cosas. Me la puse rápido, intentando ignorar el nudo que se formaba en mi estómago.

Quizá estaba en la otra zona de la suite. Quizá había bajado a por café. Quizá estaba en el pasillo hablando con alguien. Quizá…

Me obligué a moverme. Crucé el dormitorio y llegué al pequeño salón amplio y luminoso de la suite. Caminé despacio, como si temiera que cada paso confirmara lo que no quería asumir.
Pero no estaba. No había rastro suyo por ninguna parte.

Su chaqueta, que la noche anterior había quedado sobre el respaldo del sofá, ya no estaba allí. Tampoco su camisa. Y en la habitación tampoco había encontrado el resto de su ropa.

Me quedé de pie, inmóvil, con la mano aún apoyada en el marco de la puerta. El corazón me dio un vuelco sordo, como si hubiese caído en un pozo profundo sin previo aviso.

—Muy bien, Giselle… —murmuré para mí misma, intentando sonreír y sin conseguirlo del todo—. ¿Qué esperabas exactamente?

Porque, en el fondo, lo sabía. Lo había sabido incluso antes de permitir que sus labios tocaran los míos. No nos conocíamos. Apenas habíamos compartido unas horas, unas cuantas copas, una conversación demasiado intensa para una noche de Año Nuevo… y después, aquella conexión que prefería no juzgar ahora, porque solo conseguiría hacerme daño.

Ethan había sido… una chispa. Una escapada emocional. Algo que no formaba parte de mi vida real. Y, aun así, me había sentido deseada de un modo que hacía años no sentía. Años. La forma en la que él había deslizado los dedos por mi espalda, la forma en la que había susurrado mi nombre, como si fuese algo precioso. La forma en la que me había mirado. Eso era lo peor: cómo me había mirado.

Pero no había ninguna nota. Ningún mensaje. Ningún rastro de que hubiese pensado siquiera en dejar una despedida.

Suspiré dejando caer los hombros.

—Una noche. Solo era eso… —dije en voz baja, sabiendo que hablar conmigo misma no iba a cambiar nada, pero sintiendo la necesidad de escucharlo en voz alta—. Fue lo que fue. No deberías sorprenderte.

Di un par de pasos hacia la terraza, pero no salí. Estaba descalza y aún con la cabeza demasiado cargada de recuerdos. París seguía ahí fuera, hermosa incluso en aquella mañana fría, pero yo tenía la sensación de estar entre dos mundos.

Y entonces pensé en Sam.

Un pinchazo agudo, seco, me atravesó el pecho. Sam… mi marido. Marido todavía, aunque se hubiese marchado de casa como quien cerraba una puerta que ya no pensaba volver a abrir. Aunque nuestra relación llevase meses siendo un fantasma, un eco de lo que había sido, según dijo él.

Seguíamos casados. Seguíamos unidos por un papel. Y una parte de mí, por mucho que me doliera admitirlo, seguía arrastrando la culpa como una sombra.

Me llevé las manos al rostro, respirando hondo. No debería haberme dejado llevar así. No debería haber sentido tanto en tan poco tiempo. No debería…

Pero Sam eligió irse. Eligió dejarme sola a unos días de acabar el año. Eligió distanciarse, callar, desaparecer incluso cuando aún dormíamos bajo el mismo techo.

Y yo… anoche solo bajé la guardia. Solo me permití sentir algo. Algo que creía muerto en mí desde hacía demasiado.

Sin pensarlo mucho más, me acerqué al baño y abrí el grifo de la ducha. El agua caliente empezó a caer con un murmullo constante que me resultó casi hipnótico.

Me quité la camiseta y entré bajo el agua, dejando que la cascada tibia resbalara por mi piel. Cerré los ojos. Intenté que mi mente quedara en blanco, vacía, tranquila.

Pero no pude. Ethan volvió a mí sin esfuerzo.

La curva de su sonrisa, su mano en la mía guiándome con una suavidad que aún podía sentir si me concentraba. La forma en la que se había inclinado hacia mí como si necesitara estar cerca, como si hubiese algo inevitable entre los dos. La seguridad con la que se movía, como si supiera exactamente qué decir y cuándo decirlo para que yo me sintiera viva.

Se me escapó un suspiro largo, ahogado, que se perdió entre el vapor de la ducha.

No debería estar pensando en él. No después de lo que había descubierto al despertar. No después de que se hubiese ido sin una palabra.
Y, aun así…

Seguí bajo el agua unos minutos más, intentando no interpretar nada, no analizar nada, no sentir demasiado. Pero era inútil. Algo dentro de mí estaba despierto, alerta, recordándome lo que había pasado como si mi cuerpo se negara a olvidar.

Cuando salí, me envolví en una toalla grande y mullida y me miré un momento en el espejo empañado. Tenía los ojos más cansados de lo habitual, pero había también algo distinto en mi expresión. Una mezcla entre confusión y deseo reprimido. Entre nostalgia y desconcierto.

Sacudí la cabeza. Tenía que centrarme en algo real.

Pedí el desayuno al servicio de habitaciones. Café, zumo y unos croissants. Algo sencillo para obligarme a empezar el día.

Mientras esperaba, me senté en la cama y cogí mi móvil. Lo encendí, pasé el dedo por la pantalla y me quedé mirando mis chats, como si esperase que algo apareciera entre las notificaciones. Pero no había nada de Ethan, por supuesto, más que nada porque ni siquiera habíamos intercambiado nuestros números. Ni tampoco de Sam, lo cual no me sorprendió.

Mi mirada se detuvo en el nombre de mi hermana Megan. Suspiré. Podría escribirle. Decirle que estaba bien, que había pasado un buen fin de año, que París era precioso. Podría contarle que estaba intentando recomponerme, que estaba pensando qué rumbo debía tomar mi vida.

Podría… pero no escribí nada. Mi dedo se quedó suspendido sobre el teclado táctil, incapaz de moverse.

No quería explicar nada aún. No quería justificarme. No quería abrir esa puerta.

Dejé el móvil a un lado justo cuando llamaron a la puerta para dejar mi desayuno.

Minutos después, me senté frente a la bandeja junto a la ventana, mirando a la Torre Eiffel recortarse contra el cielo gris. Había algo hipnótico en esa estructura, algo que me hacía sentir pequeña, pero también ligeramente esperanzada.

Tomé un sorbo de café caliente. El sabor fuerte y amargo me devolvió un poco al presente.

Quizá había sido solo una noche. Quizá aquello estaba destinado a ser así: breve, intenso, fugaz. Quizá… no necesitaba más.

Terminé de desayunar en silencio, disfrutando de la vista, de la calma engañosa de la mañana. Cuando acabé, me vestí despacio, eligiendo unos vaqueros cómodos, un jersey grueso y un abrigo largo que me protegiera del frío parisino.

Mientras me ponía los guantes, respiré hondo. No iba a quedarme encerrada en la suite dándole vueltas a algo que ya estaba fuera de mis manos.

Tenía un día entero por delante. Un día para mí. Un día para caminar, pensar, observar y quizás empezar a cerrar ciertas heridas.

Capítulo 9

Giselle

Cogí mi bolso, comprobé que llevaba todo lo necesario y me dirigí a la puerta.

Antes de salir, todavía desde el umbral, miré un instante hacia el dormitorio. El eco vacío del espacio donde Ethan había dormido aún parecía palpable, como si su ausencia tuviera peso.

Me obligué a tragar y a dar un paso adelante. La puerta se cerró detrás de mí con un clic suave, definitivo.

Había empezado un nuevo día. Un nuevo año. Y aunque no sabía exactamente qué quería, sí sabía que tenía que seguir moviéndome. París me esperaba.

El aire frío de París me recibió en cuanto salí del hotel. Era un frío limpio, seco, que me espabiló más que el café que había tomado hacía un rato. Me subí la bufanda hasta cubrirme casi la mitad del rostro y metí las manos en los bolsillos del abrigo mientras empezaba a caminar sin rumbo fijo, dejándome llevar por las calles de la ciudad.

París tenía esa capacidad extraña de hacer que una se sintiera a la vez extranjera y parte del lugar. Sus edificios elegantes, sus balcones de hierro forjado, el murmullo constante de sus avenidas… todo formaba un escenario

que parecía ajeno a mis pensamientos y, al mismo tiempo, un refugio perfecto para ellos.

Caminé durante un buen rato, despacio, observando cada detalle: las panaderías que abrían sus puertas con el aroma tentador del pan recién hecho; las parejas que paseaban cogidas de la mano; los turistas que ya desde temprano cargaban con sus cámaras. Yo me mezclaba entre ellos, como si fuera una más.

Sin darme cuenta, mis pasos me llevaron de nuevo hacia la Torre Eiffel. Allí estaba, imponente, tan familiar como si la hubiera visto cada día de mi vida y, aun así, tan sorprendente como la primera vez. El cielo había comenzado a despejarse y un rayo de sol se abría paso tímidamente entre las nubes.

Saqué el móvil del bolso casi por inercia. No tenía intención de hacerme fotos… y, sin embargo, lo hice.

Posé frente a la torre, primero seria, luego con una sonrisa diminuta que apenas me salió natural. Le di la vuelta a la cámara y tomé otra, esta vez dejando que parte del paisaje me cubriera. No sabía muy bien por qué lo hacía. Quizá para demostrarme que estaba viviendo algo, que aquel viaje existía, que no todo eran dudas.

Mientras guardaba el móvil, un pensamiento me atravesó como un destello: Ethan. Otra vez él.

Era absurdo. Habíamos compartido una única noche. Una sola. Y, aun así, sentía dentro de mí una mezcla rara de nostalgia y confusión, como si hubiese experimentado algo demasiado grande para el tiempo tan pequeño en el que había ocurrido.

Me senté en un banco cercano, dejando que mis ojos siguieran la forma perfecta de la torre mientras intentaba ordenar mis ideas.

Nunca antes había hecho algo así. Jamás me había ido a la cama con un desconocido. No era el tipo de mujer que actuaba por impulso con alguien al que apenas conocía. Ni siquiera cuando era más joven. Mucho menos ahora, cuando mi vida había dado tantas vueltas.

Pero anoche… anoche había sido distinto.

Había algo en Ethan que me había empujado a cruzar todas las líneas que pensé que estaban grabadas en piedra. No solo era su atractivo, que lo tenía, y mucho, sino aquella forma tan segura y tranquila de hablarme, ese modo en el que parecía entenderme sin necesidad de que yo explicara nada. Como si me hubiese visto antes de que yo lo mirara.

Sacudí la cabeza, intentando despejarme. Estaba casada. Esa realidad seguía ahí, aunque Sam hubiera abandonado nuestra casa y aunque la distancia entre nosotros fuese ya más grande que cualquier océano.

Pero Sam había elegido irse. Sam había renunciado a lucharlo, a intentarlo, a hablarme. Había renunciado a nosotros sin mirar atrás.

Y yo… Yo solo había dejado que un hombre por el que sentía atracción me tocara el alma durante unas horas. No debería martirizarme por ello. No cuando llevaba tanto tiempo apagada, invisible para quien se suponía que compartía su vida conmigo.

Cogí aire, tratando de creer mis propias palabras.

Después de caminar alrededor del parque un rato, seguí mi ruta por las calles de París. Crucé puentes, observé el Sena brillar bajo el sol débil, me detuve frente a tiendas que exhibían postales antiguas y objetos que sabía que no necesitaba, pero que me parecían preciosos. Me perdí entre callejuelas sin preocuparme demasiado por si sabría volver.

A la hora de comer, mis pies me llevaron hacia un pequeño restaurante con terraza techada y estufas exteriores. Había mesas con manteles blancos y menús escritos a mano en pizarras negras. Entré atraída por la calidez del lugar y me senté junto a una ventana.

Pedí algo sencillo. Sopa de cebolla gratinada, una copa de vino blanco y un plato principal de carne asada con patatas. Cuando el camarero se marchó, apoyé la espalda en la silla, dejando que mi cuerpo se relajara lentamente después del paseo.

Fue entonces cuando mi móvil vibró. Miré la pantalla y vi que era mi hermana quien me enviaba un mensaje.

Megan: *¡Feliz año nuevo, hermanita! Estamos deseando verte. Llámanos cuando llegues. Te queremos.*

Sentí cómo mis labios se curvaban en una sonrisa suave, sincera. Megan tenía esa manera única de dar calor incluso desde miles de kilómetros. Aquella pequeña frase era justo lo que necesitaba en ese momento.

Leí el mensaje un par de veces más, dejándome envolver por la sensación de hogar que siempre acompañaba a mi hermana. No respondí al instante; preferí guardar ese cariño en el bolsillo de mi pecho para cuando lo necesitara más tarde.

Comí tranquila, observando a la gente entrar y salir del restaurante, escuchando fragmentos de conversaciones en francés que no entendía del todo, pero que me parecían melodiosos. El vino me aflojó un poco la tensión y, por primera vez en todo el día, sentí que podía respirar sin que un recuerdo me apretara las costillas.

Cuando terminé, pagué la cuenta y volví a salir a la calle. Ya empezaba a caer la tarde, y un tono dorado cubría los edificios como si alguien hubiese pintado luz sobre sus fachadas.

Regresé caminando hacia el hotel, esta vez siguiendo las avenidas principales para no perderme. Mientras avanzaba, notaba cómo mi mente iba colocándose en modo práctico: mi vuelo hacia Houston salía temprano al día siguiente; tenía que hacer la maleta, organizar mis cosas, revisar la hora del transporte al aeropuerto.

Entré en el vestíbulo del hotel sintiendo ese contraste tan característico entre el bullicio de la calle y el silencio elegante del interior. Me acerqué al mostrador sin saber muy bien por qué. Supongo que algo dentro de mí necesitaba una confirmación final.

El recepcionista, un chico joven con gafas redondas, me sonrió amablemente.

—Hola —saludé en inglés para llamar su atención.

—*Bonsoir, madame*. ¿Puedo ayudarla en algo?

Tragué saliva.

—Sí… —respondí, intentando sonar casual—. Quería saber si… si alguien ha dejado algún mensaje para mí.

Le di mi nombre y el número de mi suite y el chico revisó algo en la pantalla del ordenador. Tardó apenas unos segundos antes de negar suavemente con la cabeza.

—No, *madame*. No hay nada registrado.

—Entiendo. Muchas gracias —dije con una sonrisa que, para mi sorpresa, no fue amarga. Solo… realista.

Me aparté del mostrador y caminé hacia el ascensor.

Mientras esperaba a que las puertas se abrieran, pensé en lo obvio: Ethan solo había sido un rollo de una noche. Una chispa fugaz. Algo bonito, intenso… pero sin continuidad.

No había mensajes. No había notas. No había señales.
Solo quedaba yo, mi maleta y un vuelo reservado hacia una vida que aún no sabía cómo recomponer.

Las puertas del ascensor se abrieron con un sonido metálico. Entré. Pulsé el piso de mi suite. Y mientras las puertas se cerraban, apoyé la cabeza en el espejo con los ojos cerrados.

—Lo que pasó anoche se queda en París —me dije en un leve susurro.

Aunque una parte de mí sabía que no iba a ser tan fácil dejarlo atrás.

Capítulo 10

Giselle

Desperté con un ligero cosquilleo de cansancio en los párpados, aún aturdida por las pocas horas de sueño en el avión, pero con la sensación extraña de haber atravesado no solo un continente, sino un cúmulo de emociones que todavía me pesaban en el pecho.

Miré la pantalla del móvil, ajustando la luz para que no me deslumbrara, y vi la hora: las nueve de la mañana, Houston. Había partido de París a las siete de la mañana del mismo día, el dos de enero, pero con las siete horas de diferencia horaria, parecía que había dormido y viajado casi al mismo tiempo, como si el tiempo mismo se hubiera doblado para mí.

Me levanté de mi asiento y sentí cómo mis pies se hundían en el suelo mientras caminaba hacia la salida del avión para ir a la zona de recogida de equipaje.

La alfombra neutra del aeropuerto tenía un olor a limpio mezclado con café y pan recalentado que me recordó vagamente a las *boulangeries* de París, y no pude evitar sonreír con un toque de nostalgia. El viaje había sido largo, aunque más tranquilo de lo que había imaginado. A pesar de que mis pensamientos giraban una y otra vez en torno a Ethan y lo que había pasado en París, cada vez que cerraba los ojos durante el vuelo sentía una especie de paz momentánea.

Cogí mi maleta con ruedas y la arrastré con cuidado hasta el aparcamiento. La brisa de Houston me golpeó la cara en cuanto salí del edificio, cálida y húmeda, tan distinta a la fría y seca de París.

Respiré hondo, tratando de anclarme en el presente, mientras buscaba con la mirada mi coche, aparcado al final de la fila. Tras sentarme y arrancar el motor, el aire caliente de la calefacción me acarició el rostro y puse la radio con música suave, dejando que la ciudad se desplegara ante mí en un despertar cotidiano.

El camino hasta el apartamento de Megan no era largo, pero me pareció eterno. Cada semáforo me daba tiempo para pensar en lo que le contaría a mi hermana, en cómo expresaría todo aquello que había pasado, lo que había sentido y cómo aún me temblaban las piernas solo de recordarlo.

En París, Ethan había sido una tormenta contenida, un fuego que me había atravesado de forma inesperada. Su mirada, sus manos, la manera en la que me había hecho sentir deseada… nada ni nadie en los últimos meses me había hecho sentir así. Ni siquiera Sam, con toda su calma glacial y su perfección ejecutiva, había conseguido arrancarme ese temblor de emoción que ahora sentía recorrer mi cuerpo cada vez que lo recordaba.

Aparqué frente al edificio de Megan, respiré hondo y me obligué a soltar un suspiro largo, cargado de nervios y anticipación. Aparqué el coche frente a la puerta, entré y subí en el ascensor hasta el apartamento de mi hermana, donde respiré de nuevo antes de llamar.

Al momento, la puerta se abrió y Megan apareció con el cabello negro y rizado despeinado por la mañana, la bata floja colgando de sus hombros y una sonrisa amplia que me iluminó el corazón antes de que siquiera dijera algo.

—Houston… tenemos un problema —dije.

—Buenos días a ti también, y Feliz Año Nuevo, ¿eh? —dijo, mientras cerraba la puerta detrás de ella.

Megan arqueó una ceja y me siguió a la cocina, donde comencé a preparar un café, suspirando, intentando soltar el nudo que sentía en el pecho.

—¿Qué te pasa? —preguntó, mientras la cafetera emitía un sonido familiar y reconfortante.

Cogí aire, y con una voz que sonaba más segura de lo que me sentía, solté:

—Me acosté con un hombre la noche de fin de año.

Se quedó callada, observándome mientras sus manos se movían con rapidez para sacar dos tazas para el café. La miré, esperando alguna reacción más, algún comentario que me ayudara a medir si había hecho lo correcto al contárselo.

—Dime algo —insistí, un poco más firme—. Dios, soy una mala persona, ¿verdad?

Finalmente, Megan se echó a reír y respondió, con una sonrisa irónica y cómplice:

—Eso es empezar el año, pero que muy bien, sí, señora, con un buen polvo.

Suspiré, dejando que su comentario aligerara un poco la tensión que sentía en el estómago. Me dejé caer en la silla, mientras ella me servía el café humeante y me miraba con esa mezcla de complicidad y orgullo que siempre tenía hacia mí.

—Se llama Ethan —comencé, dejando que las palabras fluyeran—. Es… distinto a cualquier hombre con el que haya estado. Es… intenso, seguro de sí mismo, dominante, pero también… —Tragué saliva, intentando ordenar mis emociones—. También me hizo sentir deseada, valorada… como si importara, como si yo importara de verdad. Y no solo eso… me miraba de una forma que ni siquiera Sam me ha mirado en meses, quizás en años.

Megan se cruzó de brazos, apoyándose en la encimera, mientras escuchaba atentamente.

—¿Y cómo es? —preguntó, con su voz directa, sin filtros—. Dime, vamos.

Sonreí débilmente, mientras recordaba sus ojos azul acerado, su mandíbula marcada, la forma en la que su cabello oscuro se movía ligeramente mientras sonreía y cómo su presencia parecía llenar todo el espacio a su alrededor.

—Es… —Vacilé un instante, luego continué—. Es alto, elegante, seguro de sí mismo, cínico a veces, pero también… vulnerable en momentos que no esperaba. Me hizo sentir cosas que no sentía desde hacía mucho, y… Megan me trató como si mereciera ser deseada en cada momento, como si todo lo que yo soy importara para él.

Megan sonrió, levantando una ceja con esa chispa que siempre la caracterizaba.

—De mala persona nada —dijo finalmente—. Tu marido te dejó antes de acabar el año, por otra, y seguro que él folló con ella sin pensar en su mujer. No hay que dramatizar.

Asentí, suspirando, dejando que su lógica sencilla y directa me alcanzara.

—Necesito… necesito un abogado para redactar la petición de divorcio para Sam —dije, dejándolo escapar al fin, sintiendo cómo un peso comenzaba a levantarse de mis hombros.

—¿Un abogado? —preguntó Megan—. Espera un momento… el hermano de mi jefe es abogado. ¿Quieres que te dé su número?

—¡Sí! —exclamé, casi saltando de emoción—. Por favor, pídeselo ya mismo. Quiero dejar todo esto atrás cuanto antes.

Megan sacó su móvil y marcó el número sin dudar. Charló un par de minutos, y cuando colgó, me pasó un papel con el número anotado con letra firme y clara.

—Aquí lo tienes —dijo—. Llama y dile que vas de mi parte.

Miré el papel y lo sostuve con fuerza, sintiendo cómo algo dentro de mí comenzaba a asentarse.

—Gracias —susurré.

—¿Y la casa? —me preguntó Megan arqueando una ceja—. ¿Qué vas a hacer con la casa? Porque es tuya, te la regalaron mamá y papá.

—Había pensado en alquilarla y vivir con vosotros un tiempo, hasta encontrar otra cosa —dije—. No quiero vivir allí y recordar lo que hubo. Y no quiero estar sola.

Megan abrió los brazos y me abrazó con fuerza, mientras sonreía.

—Estaré encantada de que os quedéis aquí, tú y Simba.

Me sentí… aliviada, segura. Por primera vez en mucho tiempo, el futuro no me parecía tan aterrador.

El aroma a café recién hecho y pan tostado todavía flotaba en la cocina cuando de repente escuché un ruido de pasos diminutos y veloces. Giré la cabeza y vi a Jake aparecer como un torbellino, seguido de Simba, que ladraba con entusiasmo, moviendo la cola sin parar.

—¡Tía Giselle! —gritó Jake, lanzándose directamente sobre mí para abrazarme. Simba se unió, saltando sobre mis piernas y lamiéndome la cara con un entusiasmo contagioso.

No pude evitar reírme mientras trataba de esquivar a Simba y al mismo tiempo abrazaba a mi sobrino. Sus risas y las mías se entrelazaban, llenando la cocina de un bullicio cálido y familiar que me hizo olvidar por un momento todo lo demás. París, Ethan, Sam… todo.

—Buenos días, tía —dijo Jake entre risas—. ¡No puedo creer que estés aquí!

—Buenos días, cariño —le respondí, mientras Simba saltaba nuevamente para frotarse contra mí.

Megan sonrió al vernos a los tres juntos, y se acercó a abrazarme con calidez.

—Parece que has traído el caos contigo —dijo, divertida—. Pero me gusta.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa y Megan comenzó a repartir el desayuno: café para ella y para mí, leche para Jake, tostadas, huevos revueltos y fruta fresca. Simba estaba a mis pies, con los ojos brillantes, esperando cualquier migaja que cayera. La cocina se llenó de risas, comentarios absurdos y bromas que me hicieron sentir completamente en casa.

—Oye, tía —dijo Jake con un brillo travieso en los ojos—. ¿Qué hicisteis la noche de Fin de Año?

Me atraganté con un sorbo de café y tosí un poco, mientras Megan me lanzaba una mirada de advertencia. Jake, sin embargo, no parecía darse cuenta del efecto de su pregunta.

—Bueno… —comencé, eligiendo mis palabras con cuidado—. La verdad es que no quiero entrar en demasiados detalles… pero puedo deciros que fue divertida. Y que mañana… planeamos una pequeña celebración para despedir el año todos juntos, los cuatro.

—¡Sí! —gritó Jake, levantando los brazos en señal de victoria, mientras Simba ladraba de forma aprobatoria—. ¡Eso será genial!

Megan sonrió, apoyando una mano en mi hombro.

—No te preocupes, Giselle. Estoy aquí para ti, siempre. Siempre.

Sentí cómo un nudo que llevaba en la garganta desde París se aflojaba un poco, y respondí con un gesto de gratitud.

—Gracias, Megan. De verdad.

Mientras desayunábamos, no pude evitar pensar en lo extraño que era haber comenzado el año de esa forma. Con un hombre desconocido en París, con emociones que todavía me hacían temblar y con un divorcio pendiente, y, sin embargo, aquí estaba, rodeada de mi familia, con Jake y Simba trayéndome risas y cariño sin condiciones. Todo parecía encajar de manera imperfecta, pero perfecta al mismo tiempo.

Nunca imaginé que acabaría y empezaría el año de este modo. Pero como solía decir mi madre… todo en la vida pasa por algo.

Simba se acercó a mí de nuevo, frotándose contra mis piernas, y me recordé a mí misma que la vida no era solo drama ni decisiones complicadas. También eran estos momentos simples, estos pequeños instantes de alegría y amor que nos recordaban quiénes éramos y de dónde veníamos.

—Vamos a disfrutarlo —dije finalmente, más para mí misma que para los demás—. Y mañana lo celebraremos a lo grande.

Jake aplaudió con entusiasmo, Simba ladró como si entendiera cada palabra, y Megan me dio un beso en la mejilla, sellando el compromiso silencioso de estar siempre juntos.

Por primera vez en días, me sentí ligera. Tal vez no había respuestas claras para todo lo que estaba pasando, pero tenía un lugar seguro, y eso era suficiente por ahora.

Capítulo 11

Ethan

La primera semana del año siempre había sido un periodo inerte para mí, una zona muerta entre el ruido artificial de Nochevieja y el retorno al ruido real.

Juntas directivas, informes trimestrales, negociaciones con socios que no soportaba y empleados que fingían no temblar cuando yo entraba en la sala. Era un ciclo mecánico que me inmunizaba del mundo. Pero este año algo había fallado en el mecanismo, una intrusión que no conseguía expulsar de mi mente, por más que lo intentase.

Giselle.

Su nombre llevaba siete días instalado entre mis pensamientos como un latido incómodo. Cada vez que intentaba centrarme en un documento, en un contrato, en los detalles técnicos de las nuevas prospecciones, algo de ella volvía a aparecer. Su voz temblorosa en el ascensor, la forma en que respiró contra mi cuello aquella noche, los ojos enormes, húmedos, como si me mirasen desde dentro. Era absurdo. A mí no me ocurrían estas cosas. Nunca.

Pero ahí estaba. Cada noche, al intentar dormir, la recordaba arqueándose bajo mis manos, estremeciéndose con una mezcla de sorpresa y necesidad que no supe interpretar en su momento. Me pregunté más de una vez si su marido, ese fantasma del que solo había mencionado unas pocas palabras, habría sido capaz alguna vez de provocar en ella algo parecido. Lo dudaba. Había algo en

su forma de entregarse que me hizo pensar que llevaba tiempo sin sentirse realmente tocada. Vista. Deseada.

Me había pasado toda la semana intentando apartarla de mi cabeza, pero la repetición de juntas y reuniones interminables no sirvió de nada. El viaje de vuelta a Houston, luego la visita a la filial en Montreal, las horas enteras encerrado en aviones corporativos… Ninguno de mis trucos habituales había funcionado.

Aquella mañana, después de pasar la noche con ella, cuando acabé con todas las reuniones que tenía previstas y regresé al hotel, lo primero que hice, lo único que fui capaz de hacer, fue subir directamente a la suite en la que ella se alojaba.

Podía recordar esa mañana con una claridad molesta.

Había vuelto agotado, y antes de preparar mi equipaje y volver a Houston, quería verla. No sabía exactamente qué iba a decirle a Giselle si abría la puerta; creo que en parte esperaba que ella lo dijera por mí.

Llamé una vez, pero no pasó nada. Volví a llamar, más fuerte. Silencio detrás de la madera pulida.

Esperé. Oí pasos en el pasillo, una pareja pasando de largo. Ningún sonido dentro. Solo el murmullo amortiguado del hotel.

Cuando apoyé la palma en la puerta, me di cuenta de que estaba tenso. Como si dependiera de esa respuesta. Como si su silencio fuese un veredicto sobre algo que yo ni siquiera había verbalizado.

Finalmente, asumí lo evidente: se había marchado. O eso pensé entonces.

Y tuve que irme porque al día siguiente me esperaban de nuevo una infinidad de reuniones, correos y llamadas que atender como el CEO de una de las petroleras más importantes del país.

Pero mientras entraba en mi suite, me quedé con esa sensación amarga. No era rechazo, no. Era otra cosa: abandono. Algo que no había sentido desde

que era un crío y veía a mi padre salir de casa para no volver en días. Una punzada infantil, patética, que odié en el mismo instante en que la reconocí.

El helicóptero se balanceó levemente al entrar en la zona de turbulencias. Estábamos sobrevolando un tramo especialmente caprichoso del océano, donde el viento parecía venir desde todos los ángulos al mismo tiempo. Me ajusté el cinturón, más por costumbre que por necesidad. El piloto, un hombre de pocas palabras que llevaba años trabajando para *Titán Oil & Energy*, me lanzó una mirada breve por el retrovisor interno, comprobando si yo estaba bien.

Siempre lo estaba. O al menos era lo que esperaba que la gente pensara.

Bajo nosotros, el océano se abría en un azul oscuro casi metálico, interrumpido de vez en cuando por crestas violentas de espuma. La plataforma apareció en el horizonte como una bestia roja y amarilla emergiendo del mar, un monstruo industrial que representaba millones en inversión y reputación. La veía al menos dos veces al año, pero nunca dejaba de impresionarme. Era como si *Titán*, la empresa, no yo, respirara a través de aquella estructura.

Mientras el helicóptero descendía hacia la zona designada, intenté obligarme a pensar solo en cifras. Producción diaria. Informes de seguridad. Nuevas medidas ecológicas que estábamos introduciendo para evitar que los grupos ecologistas nos declararan la guerra pública otra vez. Cualquier cosa que expulsara el recuerdo de Giselle por más de dos minutos.

No funcionó.

Solo tenía que cerrar los ojos para verla recostada en el sofá, respirando entrecortadamente… No, eso era demasiado. Me forcé a abrir los ojos y fijarme en la plataforma, en los operarios esperando nuestra llegada, en la señalización naranja fluorescente, en los cables tensos por el viento.

El helicóptero tocó suelo con un chirrido seco. Me quité los auriculares mientras un grupo de empleados se acercaba, inclinándose contra la fuerza del aire que levantaban las aspas. En cuanto el motor empezó a apagarse, uno de los jefes de turno subió a la plataforma metálica del helipuerto para recibirme.

—Señor Blackwell, bienvenido —gritó por encima del ruido.

Asentí y bajé del helicóptero con paso firme. Aquí, lejos de la ciudad, lejos del mármol y los espejos del poder, la dinámica cambiaba. Los hombres de la plataforma no se impresionaban con un traje caro ni con mi apellido. Lo que respetaban era otra cosa: decisiones correctas, inversiones útiles, mejoras reales. Era refrescante, en cierto modo.

—Muéstrame el estado general —dije mientras avanzábamos por la pasarela metálica.

El encargado, Miller, un tipo robusto, de barba recortada y piel quemada por el viento, comenzó a explicarme las cifras del mes, las incidencias, los proyectos futuros. Yo asentía, hacía preguntas, analizaba. Sabía desempeñar mi papel con precisión. Pero cada vez que mi mente encontraba un momento de silencio, ella volvía.

Giselle inclinando el rostro hacia mí… Giselle con los labios entreabiertos, incapaz de ocultar lo que sentía… Giselle temblando cuando deslicé mis dedos por su cintura…

Tenía que dejar de pensar en eso. Estaba empezando a molestarme no poder controlarlo.

—Señor Blackwell —dijo Miller, interrumpiendo mi fuga mental—, si le parece, podemos pasar ahora al área de supervisión del nuevo pozo.

Asentí. Era lo que había venido a hacer: trabajar hasta que no quedara espacio para nada más.

Pero incluso mientras cruzaba la plataforma, escuchando el estruendo constante de la maquinaria, respirando el olor a metal y sal, su imagen seguía allí, clavada en algún rincón de mi conciencia que no conseguía desactivar.

Y eso… nunca me había pasado.

El viento arreciaba con ráfagas húmedas que parecían atravesar la ropa. Miller me condujo por un pasillo estrecho entre tuberías y generadores.

—Hemos conseguido reducir el tiempo muerto de las bombas de extracción un once por ciento —dijo con orgullo—. Los nuevos sensores funcionan mejor de lo esperado.

—Bien —respondí—. Quiero que lo lleven al veinte, antes de marzo.

Vi cómo tensó la mandíbula, pero asintió. Me gustaba rodearme de gente que se incomodaba un poco con mis expectativas. Era la única manera de que siguieran avanzando. La mediocridad era una enfermedad contagiosa, y en *Titán* no la toleraba.

Mientras caminábamos, varios trabajadores se detenían para saludarme. Algunos estaban cubiertos de grasa, otros de agua salada. Me daban la mano con fuerza, sin servilismo. Aquello siempre me generaba un gran respeto. Yo podía firmar los contratos, pero ellos eran los que se jugaban el pellejo cuando el mar decidía volverse hostil.

—El nuevo pozo está justo ahí —continuó Miller, señalando un módulo más moderno con estructuras reforzadas.

Asentí, aunque mi atención se dispersaba en ráfagas breves. Era ridículo, pero cada cierto tiempo tenía un destello de su piel contra la mía, como un eco. La forma en que se arqueó cuando le toqué la espalda, cómo su respiración se aceleró al acercarme a su cuello… Tenía la sensación de que llevaba meses sin sentirse así. Como si su cuerpo hubiera estado esperando algo más, algo que no encontraba en su vida habitual.

No sabía casi nada de Giselle, pero mi intuición rara vez fallaba. Algo en su matrimonio no funcionaba. Y eso me jodía más de lo que debería.

—Señor Blackwell —dijo Miller—, ¿le ocurre algo? Tiene un gesto… diferente hoy.

Sacudí la cabeza, volviendo al presente.

—No. Solo estoy evaluando —respondí, recuperando el control.

Era cierto, en parte. Evaluaba demasiadas cosas a la vez.

Entramos en la sala de control donde las pantallas mostraban cifras constantes, pulsaciones verdes y rojas, gráficos en tiempo real. El supervisor de turno, un escocés flaco con acento imposible, me explicó el avance de la perforación. Yo presté atención, pregunté detalles técnicos, revisé protocolos. Mi cerebro sabía trabajar incluso cuando mi mente estaba en otro lugar.

En algún momento, Miller se retiró para coordinar un par de ajustes, y el supervisor me dejó solo frente a una de las ventanas panorámicas que daban al océano. El mar chocaba contra las columnas de la plataforma con violencia rítmica. Era un sonido constante, profundo, como un corazón gigante latiendo bajo mis pies.

Y entonces me asaltó otro recuerdo.

Giselle, recostada en la cama, mirándome como si no entendiera qué demonios le estaba ocurriendo. Yo había rozado su mejilla con mis dedos, apenas un contacto, y ella se estremeció con una intensidad que no esperaba. No era simple atracción, no. Era como si la hubiesen tocado de un modo que llevaba demasiado tiempo sin sentir. Como si estuviera acostumbrada a un afecto distante, tibio, mecánico.

Y quizá su marido no la hacía sentir nada. Ni deseo. Ni calor. Ni vida. Apreté la mandíbula.

No era asunto mío. No debía serlo. Pero lo era, aunque no quisiera admitirlo.

La puerta metálica se abrió detrás de mí y Miller regresó con un par de ingenieros jóvenes. Me sacudí el recuerdo como quien apartaba un pensamiento inconveniente durante una negociación.

—Quiero ver la zona de mantenimiento —dije.

Nos movimos por la estructura durante más de una hora, subiendo escaleras, bajando a compartimentos, escuchando explicaciones. En circunstancias normales habría disfrutado con la inspección. La plataforma era un símbolo de poder real, duro, forjado con inversión inteligente y decisiones difíciles. *Titán* era un imperio construido con precisión, y yo era su arquitecto.

Pero aquel día cada cosa me parecía… secundaria. Como si mi mente estuviera desplazada un par de centímetros hacia otro lugar.

En un descanso breve, uno de los técnicos comentó:

—Es un honor que esté aquí en persona, señor Blackwell.

—Siempre lo estoy cuando es necesario —respondí.

—Eso dicen —añadió con una sonrisa.

Los hombres así no se dejaban impresionar fácilmente, pero la figura del CEO siempre generaba un aura particular. Una mezcla de respeto y cautela. Yo sabía transmitirla. La cultivaba. Era útil.

Continuamos el recorrido. En un pasillo más silencioso, donde solo se oía el zumbido de la maquinaria, mis pensamientos volvieron a ella sin permiso.

A su cuerpo temblando bajo mis manos. A su voz entrecortada diciendo mi nombre. A ese momento en el que su respiración se rompió contra mi cuello y supe, sin margen de duda, que no estaba fingiendo nada.

¿Por qué demonios me afectaba tanto?

Una noche. Menos que eso. Un instante que debería haberse disuelto con el amanecer. Pero no lo había hecho. Había crecido.

Y ahora estaba allí, en medio del océano, revisando una plataforma multimillonaria y pensando en la sensación de su piel caliente contra mis dedos.

Patético. Humano. Inaceptable. No sabía cuál de las tres opciones me irritaba más.

Al finalizar la inspección, me guiaron hasta una sala modular que usaban a modo de despacho cuando venían inversores. Era pequeña, funcional, con una mesa metálica, sillas rígidas y una ventana rectangular que daba directamente al mar agitado. Dejé mis guantes encima de la mesa y respiré hondo.

—Aquí tiene privacidad si necesita revisar documentos o hacer llamadas —dijo Miller.

—Perfecto. Dame quince minutos.

Se retiraron y cerré la puerta detrás de ellos.

Me apoyé en la mesa y dejé que el silencio me alcanzara, solo roto por el rugido lejano del mar. La luz gris del cielo entraba por la ventana, reflejándose en el metal. Era una atmósfera fría, perfecta para ordenar mis pensamientos.

Pero cuando cerré los ojos intentando hacerlo, lo único que vi fue la espalda de Giselle arqueándose bajo mi mano. El leve temblor de sus labios cuando me pidió que no parara… Inhalé despacio, irritado.

¿Por qué esa mujer no se iba de mi cabeza?

No sabía casi nada de ella. Solo su nombre. Ni siquiera sabía dónde vivía. Y, por absurdo que pareciera, deseaba volver a verla. No por capricho. No por posesión. No era una de mis amantes, ni un entretenimiento.

Era otra cosa. Una grieta. Algo que no comprendía.

Me incliné hacia la ventana, apoyando una mano en el cristal frío. El océano se movía como un animal salvaje. Todo aquí era real, físico. Pero mi mente estaba atrapada en una suite de hotel, en una mujer que había conocido por accidente y que había desaparecido al día siguiente.

Me jodía reconocerlo, pero era así.

Y el hecho de que no supiera cómo localizarla lo hacía peor. Solo sabía su nombre. “Giselle.” Ni apellido. Ni número. Ni nada a lo que aferrarme como un hombre razonable.

Suspiré, sintiendo una mezcla incómoda de frustración y otra cosa que no quería identificar.

La puerta de la sala golpeó suavemente. Era Miller.

—Señor Blackwell, estamos preparados para mostrarle las previsiones de rendimiento del próximo trimestre.

—Voy —respondí, recuperando el tono de CEO. Control, dominio, precisión.

Dejé atrás la ventana, el mar y el recuerdo de su cuerpo temblando bajo el mío. Pero no lo dejé del todo. Porque nunca había sido tan consciente de una ausencia.

Capítulo 12

Ethan

Miller me condujo a una sala donde habían desplegado gráficos, proyecciones y varios documentos técnicos que esperaba aprobar o rechazar. Tres ingenieros más se unieron a la reunión. Había café demasiado fuerte, un par de carpetas de seguridad y un olor a plástico quemado procedente de algún cable recién reemplazado.

Me senté, escuché, analicé. Automático. Preciso. Como siempre. Pero mi mente no estaba del todo allí.

Uno de los ingenieros hablaba sobre el aumento esperado de producción gracias al nuevo sistema de filtrado y yo asentía, formulaba preguntas, pero cada cierto tiempo, en el fondo de mi consciencia, reaparecía la imagen de su cuello inclinado, ofreciéndose sin darse cuenta. La forma en que su respiración había rozado mi oído aquella noche, un sonido suave, vulnerable, que me dejó un eco persistente.

Me obligué a centrarme.

—¿Y el refuerzo en las válvulas? —pregunté, cruzando las manos—. La última vez que estuve aquí tuvimos un problema con la presión.

El ingeniero joven, nervioso, respondió enseguida con cifras exactas. Tenía talento, aunque aún trataba de impresionar demasiado. Lo evaluaría después. Siempre evaluaba a todo el mundo.

Durante casi una hora, revisamos cada detalle del informe trimestral. Hice notas, marqué fechas, ajusté objetivos a niveles que hicieron al equipo intercambiar miradas tensas. Eso me complació. A *Titán* no se la mantenía en la cima con expectativas fáciles.

La reunión terminó con un apretón de manos general y varios hombres tratando de ocultar el cansancio. Yo estaba acostumbrado a ese ritmo. Lo necesitaba. Era mi escudo. Cuanto más trabajaba, menos espacio había para otras intrusiones mentales.

Pero en cuanto volvieron a dejarme solo, ella regresó.

Como si mi cerebro llevara siete días buscando cualquier momento de silencio para devolverla al primer plano.

Salí de la sala y avancé hacia una de las pasarelas exteriores, donde el viento azotaba con fuerza. El aire olía a sal y a tempestades que aún no habían llegado. Me apoyé en la barandilla metálica y observé el horizonte. El mar era un animal impredecible, siempre al borde de la furia. Me gustaba eso. Lo entendía. Éramos similares.

Pero incluso aquel paisaje salvaje, imponente, intenso… se veía eclipsado por la simple memoria de cómo su cuerpo reaccionó bajo mis manos.

Una semana. Solo una semana. Y aún podía sentir su temblor como si lo tuviera bajo la piel.

No lo entendía. No quería entenderlo. Siempre había sido bueno separando todo: sexo, placer, necesidad, trabajo, relaciones funcionales que no requerían implicación emocional. Y, sin embargo, había algo en Giselle que había atravesado esa barrera sin pedir permiso.

Recordé la primera vez que la vi esa noche. Su risa, el modo en el que miraba la pantalla del móvil, esos besos lanzados al aire. Había una belleza discreta, delicada, que contrastaba con la arrogancia de las mujeres que solían acercarse a mí. Su mirada no buscaba impresionar a nadie.

Solo buscaba… aire.

Y cuando la toqué, cuando la acerqué a mí, su cuerpo reaccionó como si llevara demasiado tiempo sin que nadie lo hiciera vibrar así. Era una respuesta pura, instintiva, sin máscaras. Me sorprendió. Y yo no me sorprendía fácilmente.

Apoyé ambas manos en la barandilla, dejando que el viento me golpeara el rostro.

Quizá era eso lo que me había enganchado. La autenticidad. La entrega involuntaria. Ese temblor precioso que se le escapó cuando mis labios rozaron su clavícula.

No era una mujer acostumbrada a ser mirada de verdad. Lo supe en el instante en que alcé su rostro con mis dedos. Y me jodió no haber podido volver a verla al día siguiente.

Pero no estaba, y mil cosas se me pasaron por la cabeza para tratar de justificar su ausencia.

Quizá su vuelo salía aquel mismo día. Quizá su marido había aparecido. Quizá había huido de lo que ocurrió entre nosotros.

Cualquiera de esas opciones era posible. Y siendo sincero, ninguna me gustaba.

La plataforma vibró bajo mis pies por un cambio de presión. Ese movimiento sí lo reconocía. Era familiar. Predecible. Daba reparo que el acero temblase, pero sabía exactamente cuánto podía soportar. El mar también. Y los hombres. Todo tenía límites medibles.

Giselle, en cambio, era otra historia. Un enigma. Una grieta inesperada. Y las grietas… eran peligrosas.

Decidí retomar el recorrido, más para silenciar mis pensamientos que por necesidad real. Miller me llevó hasta el área de prevención de riesgos. Revisamos los cascos nuevos, los protocolos antiincendios, los informes de accidentes menores. Nada fuera de lo normal. Bien. *Titán* se mantenía impecable. Como debía.

—Hemos reducido incidentes en un treinta por ciento —explicó el jefe de seguridad—. Y estamos implementando nuevas barreras contra la condensación.

—Asegúrate de que todo quede documentado —respondí—. Quiero el informe completo en mi bandeja antes del lunes.

El hombre asintió con la energía de quien se jugaba mucho más que un simple informe.

Caminé por la zona, deteniéndome aquí y allá. Revisé herramientas, observé procedimientos, analicé cada detalle con la precisión fría que siempre me había caracterizado. Pero incluso así, cada vez que un pasillo quedaba en silencio, mi mente volvía a ella.

Había un contraste demasiado brutal entre mi vida habitual de control, poder y decisiones certeras, y la fragilidad intensa de lo que sentí cuando ella se estremeció entre mis brazos. No era amor. Ni siquiera afecto. Era otra cosa, algo que no tenía nombre, pero sí peso.

Un peso que no desaparecía.

Al final del recorrido, regresé al pequeño despacho improvisado. Necesitaba preparar notas para la junta de la semana siguiente. También tenía correos de Marcus, de Martha, de un par de socios europeos que querían renegociar términos. El mundo seguía girando, exigiendo mi presencia. Como siempre.

Pero cuando cerré la puerta, el silencio volvió a golpearme.

Me dejé caer en la silla metálica, pasé una mano por mi rostro y respiré hondo.

En la pantalla del portátil apareció mi reflejo: traje impecable, mirada intensa, mandíbula dura. El CEO de *Titán*. El hombre que nunca dudaba. El que nunca se distraía. El que nunca se dejaba afectar por nadie.

Qué ironía.

Me recliné, mirando el océano a través de la ventana rectangular. El cielo gris se mezclaba con el mar en un horizonte confuso, casi violento. Y yo pensé, por enésima vez en siete días, en el modo en que ella se había aferrado a mi camisa, en el calor de su piel, en ese sonido suave que escapó de sus labios cuando me acerqué a su cuello.

¿Por qué no podía olvidarla?

No había respuesta. Ni lógica. Ni conveniente. Pero la quería. Quería volver a verla. Y era una necesidad tan clara como incómoda.

Solo un hombre desesperado buscaría cómo localizar a una mujer de la que solo conocía el nombre.

"Desesperado." La palabra me disgustó. Y, aun así, era la verdad.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. El océano rugió al otro lado del cristal. Y yo, Ethan Blackwell, que nunca me había permitido anclarme a nada, me descubrí anclado a un recuerdo. A una mujer. A una noche.

A una sensación que no podía replicar ni olvidar.

Y eso… Era un problema.

El sonido del mar golpeando la estructura de la plataforma era tan constante que casi formaba un ritmo. Un latido metálico, profundo, que me permitía pensar y, al mismo tiempo, me recordaba que no estaba en mi entorno habitual.

Y quizá por eso, cuando mi móvil vibró dentro del bolsillo, supe que no sería una llamada cualquiera. Marcus nunca llamaba sin motivo. Y menos a esas horas.

Lo saqué, comprobé su nombre iluminando la pantalla, y contesté.

—Dime —respondí, con un tono más seco de lo habitual.

—No jodas, Ethan —fue lo primero que escuché decir a Marcus, con ese tono ligero que solo usaba conmigo—. Llevo tres días intentando que me devuelvas una llamada. ¿Sigues vivo o te ha tragado el Atlántico?

—Estoy ocupado —respondí, dejándome caer en la silla.

—¿Ocupado o evitándome?

—Las dos cosas.

Irrumpió una carcajada por la línea.

—Sabes que tienes un problema, ¿verdad? —dijo él.

—Tengo muchos. Tendrás que especificar.

—Eres un robot. Un robot caro, elegante y con mandíbula perfecta, pero un robot, al fin y al cabo.

Volteé los ojos. Marcus vivía para provocarme.

—¿Qué querías? —pregunté, sin humor—. Tengo diez minutos antes de que Miller vuelva con más informes.

—Pues te traigo novedades de la reunión de esta mañana —respondió, cambiando a un tono más profesional—. He visto a los inversores europeos. Les encanta el proyecto de expansión, pero quieren garantías adicionales de seguridad. Ya conoces cómo son en cuanto a temas ecológicos.

Me incliné hacia la mesa, entrelazando los dedos.

—¿Qué tipo de garantías?

—Sistemas de contención adicionales. Algo visual, para la prensa. Les da igual si técnicamente sirve o no. Quieren fotos bonitas con barreras de última generación. Un teatro, Ethan.

Asentí. Lo esperaba.

—Bien. Diles que lo haremos. Pero que asuman el diez por ciento del sobrecoste.

Marcus soltó un silbido bajo.

—Siempre consigues sacarles más. Me fascina y me da miedo al mismo tiempo.

—Por eso trabajas conmigo —dije.

—No, trabajo contigo porque de lo contrario estarías solo en un despacho oscuro, comiendo documentos y gruñendo a todo el mundo.

No pude evitar una sonrisa leve.

—¿Algo más?

—Sí —respondió, ahora con un tono más inquisitivo—. ¿Qué demonios te pasa?

—Nada.

—Mentira —sentenció con la seguridad de quien me conocía desde los trece años—. Estás raro. Cortante. Más ausente que de costumbre. Y cuando tú te ausentas, el mundo debería preocuparse.

Me recliné en la silla, mirando de reojo la ventana por la que se veía el océano gris.

No le iba a hablar de Giselle. Ni de cómo su recuerdo me había perseguido cada noche de la última semana. Ni de cómo me había descubierto a mí mismo buscando su rostro en aeropuertos, hoteles y malditos pasillos que no tenían nada que ver con ella. Marcus era mi mejor amigo, sí. Pero había cosas que ni él debería tocar.

—Solo es trabajo —mentí.

—Claro —dijo él, con sarcasmo evidente—. ¿Y yo soy un bailarín de ballet ruso?

—Marcus…

—Ethan, te conozco —interrumpió—. Cuando te cierras así, cuando te vuelves más hermético de lo normal, algo te está tocando los cojones de una forma muy concreta.

Hubo un silencio breve. No demasiado largo. Lo suficiente para que él encontrara una rendija.

—¿Es una mujer?

Sentí un leve espasmo en el pecho. Una reacción ridícula.

—No voy a hablar de eso.

—Entonces lo es —sentenció él, con tono triunfal—. Coño, hacía años que no te veía así.

—No estoy "así" —repliqué, demasiado rápido.

Marcus rio otra vez, disfrutando más de lo que debería.

—¿Quién es? ¿La conozco? ¿La has espantado ya?

No respondí. Y mi silencio fue suficiente para que él entendiera que había tocado algo más delicado de lo que esperaba. Su voz bajó ligeramente.

—Eh, Ethan… fuera bromas. ¿Estás bien?

Cerré los ojos. Pensé en la puerta de la suite sin abrirse. En su ausencia. En ese silencio que no podía olvidar.

—Estoy bien —respondí finalmente.

Marcus dudó, pero cedió. Sabía cuándo no debía insistir.

—Está bien. Cuando quieras hablar, ya sabes dónde estoy —dijo—. ¿Quieres que me ocupe yo de los europeos esta semana?

—Hazlo —respondí—. Confío en ti.

—Lo sé —dijo con un tono cálido que casi nadie le oía a él—. Cuídate en esa plataforma. Y no te tires al océano, que necesitaría un CEO nuevo y eso es un coñazo de proceso.

—Vete a la mierda —respondí, sin enfado.

—Eso es lo más parecido a un "te aprecio" que me vas a decir hoy. Hasta luego, robot.

La llamada se cortó, y me quedé mirando el móvil durante un instante, escuchando el eco lejano del mar. Marcus podía ser un idiota, pero siempre sabía leerme demasiado bien. Lo cual, en aquel momento, era irritante.

Guardé el teléfono en el bolsillo y antes de que pudiera recuperar la concentración, el aparato vibró de nuevo.

Reprimí un gruñido y contesté.

—¿Qué?

—Ethan —dijo la voz seca, profesional, eternamente imperturbable de Martha—. Perdón por molestarte. Sé que estás en la plataforma, pero he recibido una llamada de tu madre. Dice que te está llamando, pero no te localiza.

Cerré los ojos, apoyando la frente en la mano. Mi madre. La única persona con la que no podía permitirme retrasos.

—¿Qué quería? —pregunté, aunque ya lo intuía.

—Recordarte que habíais quedado para comer mañana —respondió Martha—. Parecía preocupada. Me ha pedido que me asegure de que lo tienes presente.

—Lo tengo. Dile que la llamaré en cuanto termine aquí.

—Por supuesto, Ethan. ¿Quieres que reorganice tu agenda para el regreso?

—No. Lo resolveré yo.

—Entendido. Si necesitas algo más, estaré disponible.

—Gracias, Martha.

Colgué y volví a quedarme solo en la sala, con el ruido del océano golpeando la estructura como un latido gigante.

Me acerqué a la ventana. El mar era inmenso. Incesante. Un caos perfecto. Apoyé una mano en el cristal frío y pensé de nuevo en ella.

En su mirada aquella noche, cuando me miró como si no entendiera por qué la deseaba así. En su respiración temblorosa, en la forma en que se inclinó hacia mí sin darse cuenta. En cómo se estremeció cuando rocé su cintura.

Era absurdo. Inaceptable. Y, aun así, inevitable. No sabía cómo localizarla. No sabía nada de ella, salvo su nombre. Un nombre que se había convertido en un ancla. “Giselle.”

Una semana. Siete días sin verla. Siete días intentando olvidarla. Siete días fracasando.

La ventana se empañó con mi respiración y, por un instante, quise tenerla allí, apoyada contra ese cristal, temblando otra vez bajo mis manos. Quise volver a escuchar ese pequeño sonido que se le escapó cuando la toqué. Esa entrega involuntaria. Esa vulnerabilidad hermosa.

Quise demasiado. Y eso… Era peligroso. Para ella. Para mí. Para lo que fuera que había entre nosotros, aunque no tuviera nombre.

Seguí mirando el océano sin verlo realmente. Era la primera vez en años que algo, o alguien, me descolocaba así.

Y lo peor era que una parte de mí no quería que dejara de hacerlo.

Capítulo 13

Ethan

La mañana había amanecido gris. Houston estaba cubierta por ese cielo plomizo que parecía anunciar que a la ciudad le costaba tanto despertarse como a mí. Había dormido poco, como casi siempre, pero esa noche el insomnio tenía otro color, otro rostro. No era el tipo de desvelo que solucionaba con trabajo ni el que apagaba con café. Era el que venía acompañado de pensamientos que no había invitado, recuerdos que no debería seguir teniendo.

El nombre de Giselle había aparecido demasiadas veces entre mis pensamientos, como un susurro constante. Pero esa mañana tenía que centrarme: había quedado a comer con mi madre. Y aunque no lo admitiera en voz alta, era una de las pocas citas que nunca cancelaba.

El coche avanzaba suave por las calles. Conductores irritados, peatones que cruzaban con el móvil pegado al rostro, turistas intentando sacar fotos en mitad del carril… la ciudad de siempre.

Me acomodé en el asiento de piel, observando cómo los edificios se reflejaban en las ventanillas. *Titán* podía devorar mi tiempo, mis días y mis noches, pero mi madre… ella conseguía ser un refugio que no sabía que necesitaba hasta que estaba ahí.

Cuando el coche se detuvo frente al *Clarice*, uno de sus restaurantes favoritos, respiré hondo. No era un lugar pretencioso, pero tenía clase, luz

cálida, madera oscura y platos ridículamente cuidados que a ella le encantaban. Me bajé y el portero me saludó con esa mezcla entre respeto y nerviosismo que siempre despertaba mi apellido.

Entré, y allí estaba.

Mi madre levantó la mirada desde la mesa junto al ventanal, y sonrió como si hubiese estado esperando ese momento desde hacía semanas. Una sonrisa suave, luminosa, cálida, de esas que nadie más en mi vida sabía dirigirme. Cuando se levantó, lo hizo con esa elegancia natural que siempre había tenido. Pelo castaño con reflejos rojizos, un abrigo crema, pendientes discretos. Parecía una pintura antigua situada en medio del caos moderno.

—Ethan —dijo, abriendo los brazos.

Me acerqué y la abracé. Y para cualquiera que no me conociera, ese gesto no tendría nada de particular. Pero para mí… era una tregua. Una pausa en el ruido. Y lo agradecí.

—Hola, mamá —murmuré contra su cabello.

Apretó un poco más, como si quisiera recordarme que, aunque yo fuera un hombre hecho de acero, aún quedaba algo humano bajo la coraza.

—Estás demasiado delgado —se quejó en cuanto se separó un poco para mirarme—. Y tienes esas ojeras horribles.

—Estoy perfectamente —respondí con una media sonrisa.

—Claro, y yo tengo veinte años —ironizó, volviendo a sentarse.

Tomé asiento frente a ella y el camarero llegó enseguida para ofrecer la carta.

—Vino tinto, por favor —pidió ella—. Tráiganos una botella de la reserva *Anderson* del dos mil quince.

—Enseguida, señora Blackwell.

Su elegancia natural siempre impresionaba más que los trajes de mi padre y más que cualquier título. Quizá porque no era una elegancia aprendida, sino una que le salía del alma.

—¿Has pedido ya? —pregunté.

—Te estaba esperando —respondió, con un tono que me hizo sonreír por dentro.

Miré la carta.

—Tomaré el solomillo con reducción de vino y trufa —dije.

—Perfecto. Yo pediré el risotto de setas y parmesano. Y para compartir, las empanadillas de confit de pato y la crema de calabaza con jengibre.

—No deberías comer tanta calabaza —comenté en tono burlón—. Llevas semanas obsesionada.

—Y tú deberías sonreír más —replicó, arqueando la ceja.

Por eso la quería. Porque no me tenía miedo. Porque nunca lo tuvo.

Una vez hechos los pedidos, el camarero dejó la botella de vino y sirvió las copas. Mi madre tomó un sorbo y cerró los ojos un instante, disfrutándolo como si fuese la primera copa de su vida.

—¿Cómo va *Titán*? —preguntó, dejando la copa sobre la mesa.

—Como siempre. Exigiendo demasiado —respondí—. Pero bien. Acabo de volver de la plataforma del Atlántico. Tuvimos que revisar un par de ajustes, supervisar el nuevo pozo.

—Sigues trabajando demasiado —susurró ella.

—Y tú sigues diciéndomelo desde hace quince años.

Sonrió.

—Y seguiré diciéndotelo treinta más.

El camarero trajo el entrante de crema de calabaza. Mi madre lo probó y suspiró con satisfacción.

—En cuanto a la asociación… —empezó.

Ahí estaba. Su verdadera pasión.

—¿Cómo va todo? —pregunté, interesado.

—Muy bien, cariño. Vamos a organizar la gala benéfica de cada inicio de año —dijo, con ese brillo orgulloso en los ojos—. Será a primeros de febrero. Y espero verte allí este año… desde el principio.

—Estaré —respondí sin dudarlo—. Lo sabes.

—Quiero verte, Ethan. En persona. No tres minutos antes de que se cierre la puja silenciosa.

—Lo intentaré… —Empecé.

—No. —Me apuntó con el dedo, como cuando era niño—. No quiero que lo "intentes". Quiero que vengas.

Respiré hondo y asentí.

—Estaré allí, mamá.

Se relajó de inmediato, como si esa simple promesa hubiese aligerado su mundo.

—Gracias.

—¿Cómo está papá? —pregunté, más por rutina que por interés.

—Tu padre se fue otra vez —dijo como si mencionara el clima—. Con… ya sabes. Una de sus… amigas.

Tragué un sorbo de vino.

—Mamá… ¿Por qué no te divorcias de él? —pregunté, directo. Siempre lo había pensado, pero pocas veces lo decía. —No lo entiendo. Nunca lo he entendido.

Ella bajó los ojos a la mesa y sonrió. Pero era una sonrisa rota.

—Porque prometí a mis padres que sería una esposa leal para él —respondió—. Y he cumplido mi promesa desde el primer día.

—Él no te respeta —dije con frialdad—. Ni te quiere.

Sus ojos brillaron con tristeza, aunque trató de ocultarlo.

—Lo sé —susurró.

Me tensé. Siempre me tensaba cuando hablábamos de eso.

—Escuché algo —añadió, con un tono extraño—. Creo que quiere pedirme el divorcio.

La copa casi se me resbaló de los dedos.

—¿Qué?

—Le oí hablar por teléfono. No lo sabía, pero… creo que se acerca la fecha.

—¿Qué fecha? —pregunté, y ella respiró hondo.

—Una cláusula absurda —respondió, intentando restarle importancia—. Tu abuelo la puso en el contrato prematrimonial. Yo nunca supe exactamente cuál era. Pero cuando falleció… bueno, quizá puso alguna limitación en la duración del matrimonio.

Me quedé inmóvil.

—El último de los abuelos murió hace diez años —dije—. Podías haber pedido el divorcio cuando quisieras. Antes, incluso.

Ella negó suavemente.

—No lo hice por ti, Ethan.

—¿Por mí?

—No quería que fueras el hijo de un matrimonio roto. No quería que hablaran de nosotros. No quería que crecieras en medio de un escándalo.

Sentí un nudo en el estómago que no estaba preparado para enfrentar.

—Mamá… —murmuré.

Ella sonrió, esta vez con dulzura.

—No te preocupes. Estoy bien. Y si tu padre quiere el divorcio… quizá sea lo mejor.

No dije nada durante unos minutos que se me hicieron eternos. Ella bebió un sorbo de vino, intentando rebajar la tensión. Yo miré por la ventana, intentando controlar la mezcla de emociones que me cruzaba el pecho.

El resto de la comida transcurrió entre bromas suaves y comentarios cariñosos. Ella siempre conseguía hacerme reír, aunque fuese una media sonrisa, aunque fuera forzada. Me hablaba de sus voluntarias, de sus proyectos, de las mujeres que ayudaba cada día. Tenía un corazón que yo nunca heredé.

Cuando terminamos, la acompañé hasta la puerta del restaurante en la calle y allí nos despedimos con otro abrazo.

—Cuídate, Ethan —susurró ella.

—Tú también, mamá.

—Te quiero muchísimo, hijo, jamás lo olvides —dijo manteniendo mis mejillas entre sus manos.

—Sabes que yo también te quiero.

La vi alejarse entre la gente, delicada, elegante, fuerte de un modo silencioso, y volví a *Titán*.

El edificio se alzaba en la avenida como un prisma de vidrio negro y acero pulido, alto, imponente, perfectamente alineado con mi personalidad. Las puertas automáticas se abrieron en cuanto me acerqué. La recepción era amplia, de mármol gris grafito, iluminación indirecta, pantallas holográficas mostrando gráficos corporativos. Minimalismo elegante. Poder silencioso.

—Buenas tardes, señor Blackwell —dijo el recepcionista, incorporándose un poco.

Asentí y seguí hacia los ascensores privados. Al llegar a mi planta, Martha me estaba esperando, impecable como siempre. Moño rígido, gafas rectangulares, cara de saber más de lo que decía.

—Aquí tienes los contratos que querías revisar —dijo, entregándome una carpeta gruesa—. He señalado los puntos conflictivos. Especialmente el párrafo cuarto del acuerdo con *Hayes Corp.* Me parece inaceptablemente ambiguo.

—Gracias, Martha.

Entré en mi despacho. Mi territorio. Era amplio. Cristales de suelo a techo, madera oscura, un sofá de piel y estanterías minimalistas. Con la ciudad como telón de fondo.

Me senté, abrí la carpeta y comencé a revisar los contratos, a trabajar de nuevo en la empresa que mi bisabuelo fundó hacía tantos años, la misma que pasaba de generación en generación y que muy probablemente yo tendría que dejar en manos de los futuros hijos de mi mejor amigo Marcus, sin saber esa tarde que la noche terminaría… de otra manera.

Capítulo 14

Ethan

La noche había caído sobre la ciudad como un telón pesado, denso, casi magnético, sin que me diera apenas cuenta. Desde mi despacho, las luces de los rascacielos titilaban como si cada ventana fuese un pequeño universo ajeno al mío. Había terminado los contratos. Bueno… terminado, no; los había destrozado, corregido, reescrito en mi cabeza dos veces. Pero ya estaban listos.

Martha se había marchado hacía horas. El silencio era casi absoluto, roto solo por el zumbido suave del aparato de calefacción y el eco apagado del tráfico lejano. Me serví un whisky. Doble. Sin hielo. Lo sostuve unos segundos, contemplando el color ámbar, antes de llevarlo a los labios.

La quemadura familiar me bajó por la garganta. Con cada sorbo, con cada reflejo del cristal, volvía a aparecer el mismo rostro. Giselle.

Su nombre, su boca, su mirada asustada y valiente a la vez. Su piel temblando bajo mis manos. Su respiración acelerada, entregada, frágil y ardiente.

Un recuerdo que no quería. Un recuerdo que seguía allí. Un recuerdo que, en lugar de desvanecerse, se aferraba más fuerte.

Di otro trago. No debería pensar en ella. Pero lo hacía. Siempre. Y esa noche necesitaba… no pensar. Necesitaba apagar algo. O encender algo que

no tuviera su rostro.

Saqué el móvil del bolsillo y abrí la conversación con Vivienne. Ella siempre estaba disponible, siempre dispuesta, siempre perfecta en su papel. Una amante eficiente. Bella. Conveniente. Sin complicaciones.

Ethan: *¿Estás libre?*

Tardó dos segundos en responder.

Vivienne: *Para ti, siempre. Ven. Te espero en casa.*

Cerré el mensaje y me bebí el resto del whisky de un trago. Cerré el despacho con un golpe seco y bajé directamente al aparcamiento privado.

En cuanto me subí al coche y puse el motor en marcha, este rugió con fuerza. La ciudad me abrió paso en cuanto salí del aparcamiento.

Vivienne vivía en un ático de cristal y mármol en el centro de Houston con vistas que parecían pintadas para ser admiradas por alguien como ella: perfecta, controlada, siempre consciente de la imagen. Aparqué, subí en el ascensor privado y, cuando la puerta se abrió, allí estaba.

Apoyada en el marco de la puerta con una sonrisa peligrosa. Lencería negra. Seda. Encaje. Una bata del mismo color que apenas disimulaba la forma de su cuerpo. Cabello platino recogido de forma descuidada pero calculada y los labios rojos.

Una visión deliberadamente diseñada para provocar.

—Hola, Titán —susurró, rodeando cada sílaba con intención.

—Vivienne —respondí, pasando junto a ella mientras cerraba la puerta tras de mí.

Su perfume me envolvió. Jazmín oscuro, almizcle, algo caro, algo que conocía bien. Ella apoyó una mano en mi pecho, deslizando las uñas por la tela de mi abrigo con un gemido suave, como si solo el tacto ya fuese suficiente para encenderla.

La habitación estaba iluminada con luz tenue y de fondo sonaba música suave, de esas que no molestaban, pero envolvían.

Vivienne dio un paso hacia atrás, dejándose ver, ofreciéndose como si fuera un regalo cuidadosamente envuelto.

—Te estaba esperando —dijo en un susurro que, más que hablar, rozaba.

Y yo… dejé que se acercara.

Sus dedos se deslizaron por mi cuello, bajaron por mi camisa, jugando con los botones con esa habilidad calculada que siempre tenía. Se apoderó de mis labios en un beso lento, profundo, lleno de esa intensidad que tanto le gustaba demostrar. Su boca sabía a vino tinto y a provocación.

Cuando me besaba, Vivienne no buscaba ternura. Buscaba demostrar que podía incendiar cualquier cosa que tocara.

Sus manos me empujaron hacia el salón, mientras su cuerpo permanecía pegado al mío, marcando cada curva, cada movimiento. El contacto era claro, directo, potente. Mis manos se cerraron en su cintura y ella soltó un suspiro que se convirtió en un gemido al chocar contra mí.

—Te he echado de menos —murmuró contra mi boca, aunque ambos sabíamos que no era verdad. Vivienne no echaba de menos. Vivienne deseaba. Era distinto.

Nos movimos entre sombras, entre respiraciones, entre el roce de su piel cálida bajo la seda. Sus labios recorrieron mi mandíbula, mi cuello, esa zona que sabía que me tensaba. Tiró de mi corbata con una sonrisa maliciosa.

—Te quiero así —susurró—. Elegante. Controlado. Para luego…

Su boca descendió, lenta, experta, ardiente. Su cuerpo se pegó al mío con un ritmo que prometía mucho más. Su respiración chocó contra mi piel y el calor subió como una descarga.

El aire se volvió más denso, más profundo, más cargado de intención. Mi mano recorrió su espalda, su nuca, su cintura, marcando el camino. Ella

arqueó el cuerpo en respuesta, buscando más, siempre más.

Vivienne era energía pura. Una electricidad que sabía exactamente dónde atacar.

Me atrajo hacia el dormitorio, tirando de mi camisa mientras caminaba hacia atrás, sin dejar de besarme, sin dejar de provocar ese ritmo que nos envolvía a los dos. Su bata cayó al suelo con un susurro, dejándola tan solo con la lencería.

—Quiero que me mires —ordenó, con la voz baja—. Quiero ver cómo me deseas.

Su cuerpo se acercó al mío, la piel rozó mi torso, mi abdomen, todo lo que encontraba. Sus manos me empujaron suavemente hacia la cama, pero era más una invitación que una exigencia. Ella sabía jugar. Y yo sabía responder.

Me quedé sentado al borde de la cama y ella se colocó entre mis piernas. No dudó en quitarme la chaqueta y dejarla caer al suelo. Comenzó a besarme el cuello al tiempo que deshacía el nudo de mi corbata y después la quitó, haciendo que acompañara a la chaqueta en el suelo.

Uno a uno desabrochó los botones de mi camisa mientras mis manos se deslizaban por sus costados y su espalda, bajando hasta sus nalgas y apretándolas al tiempo que la atraía más hacia mí.

Vivienne se apoderó de mis labios y me quitó la camisa, deslizando ambas manos por mi torso desnudo. El tacto de su piel provocó que la mía se erizara, pero apenas levemente. Y lo que jamás pensé que me pasaría, ocurrió.

En ese momento estaba con Vivienne; al menos mi cuerpo estaba allí, porque lo que era mi mente… Mi mente estaba en la suite del hotel de París, con otra mujer muy distinta a la que ahora desabrochaba mis pantalones y liberaba mi miembro.

Vi cómo Vivienne se arrodillaba entre mis piernas, mirándome fijamente a los ojos con ese deseo apenas contenido en los suyos. Se pasó la lengua por los labios mientras su mano envolvía mi miembro y subía y bajaba por toda

su longitud, sonrió de ese modo que anticipaba lo que estaba pensando y se inclinó.

Lo siguiente que sentí fueron sus labios envolviendo mi miembro, el calor de su boca engulléndome por completo, y un sonido ronco y gutural escapó de mi garganta mientras cerraba los ojos y llevaba la mano a su cabello.

Vivienne siempre había sabido cómo hacerme perder el control, cómo hacer que mi mente se olvidara de las reuniones, del estrés y de los problemas, y me dejara llevar por el momento.

Solo que, en esta ocasión, en mi mente, quien estaba saciándose con mi miembro erecto en su boca no era Vivienne, sino Giselle.

Recordé el modo en el que me dijo que quería devolverme el favor, cómo me miró aquella noche y cómo su boca me acogió sin problemas.

—Joder —gruñí mientras apretaba aún más el cabello de Vivienne y la hacía moverse más rápido.

Perdí el control por unos minutos mientras recordaba a Giselle y cómo se entregó aquella noche.

Cuando miré de nuevo a Vivienne, la aparté y, tras cogerla por la cintura y dejarla en la cama, me quité los pantalones y le arranqué la lencería con urgencia. Ella se mordió el labio y, mientras me ponía el preservativo, comenzó a tocarse mirándome fijamente.

Me acomodé entre sus piernas, aparté su mano de su propio sexo húmedo y la penetré con fuerza, una simple embestida profunda, y ella gimió estremeciéndose bajo mi cuerpo.

La habitación se llenó de respiraciones entrecortadas, de manos que buscaban piel, de labios que no se quedaban quietos, de un deseo intenso, directo, que no necesitaba palabras.

Comencé a moverme rápido y cada vez más profundamente, y cuando supe que estaba a punto de llegar al orgasmo, me detuve, como siempre, y me

retiré. La hice girar hasta quedar bocabajo en la cama y volví a penetrarla, entrando y saliendo con fuerza una y otra vez, sin parar ni detenerme.

El resto pasó como debía pasar. Con la intensidad acostumbrada. Con el ritmo preciso con el que Vivienne sabía envolverse en mí. Con la entrega medida que nos caracterizaba a ambos. Con un calor que se apoderó de cada rincón de aquella habitación.

Vivienne llegó al clímax la primera, como siempre, y se corrió entre gritos y gemidos de puro placer. La seguí unos segundos más tarde, penetrándola sin detenerme y cada vez más profundamente.

Cuando todo terminó, el silencio cayó poco a poco. Vivienne estaba tendida a mi lado, con su cuerpo aún agitado y la respiración entrecortada. Sus manos recorrieron mi abdomen, intentando retenerme. Era su mayor debilidad: el después. Ese momento en el que siempre intentaba convertirlo todo en algo que no era.

—Quédate —susurró, enredando una pierna con la mía.

Me incorporé despacio, recogiendo mi camisa del suelo.

—No.

—Ethan… —Su voz se volvió más suave, casi vulnerable—. Quédate conmigo.

—Sabes que no duermo con nadie —respondí mientras me abotonaba la camisa—. Nunca lo hago.

Ella se sentó, dejando caer el cabello sobre los hombros.

—Conmigo podrías hacer una excepción.

—No —dije sin levantar el tono, pero sin margen.

Frustración. Deseo. Orgullo herido. Todo se mezcló en su mirada.

—Un día te cansarás de estar solo —susurró.

—Puede —respondí—. Pero no será hoy.

Terminé de vestirme, cogí mi abrigo y me dirigí hacia la puerta.

Ella no me siguió. Solo escuché su respiración acelerada, su exhalación frustrada… y el leve golpe de su mano contra la sábana.

Salí del apartamento y cuando puse un pie en la calle, la noche volvió a envolverme.

Y mientras caminaba hacia el coche, solo hubo un nombre, uno que no debía estar allí, pero que ardía más fuerte que todo lo que acababa de dejar atrás.

Giselle.

Capítulo 15

Ethan

El sábado comenzó con un cielo gris y un viento que parecía querer despeinar la ciudad. Yo estaba al volante, el motor rugiendo bajo mis manos, camino al restaurante donde había quedado con Marcus y su mujer.

Tres días habían pasado desde mi visita a Vivienne y, aunque ella había intentado buscarme, yo había estado completamente absorbido por *Titán*: reuniones, informes, contratos… la rutina que me protegía de pensar demasiado.

Habíamos hablado por mensaje. Ella había insinuado que podríamos cenar juntos esta noche. Yo le había dicho que no podía, que tenía una cena de trabajo con Marcus. La verdad era que, a pesar de la atracción intensa que Vivienne despertaba en mí, algo había cambiado dentro desde aquella noche de fin de año con Giselle, y necesitaba poner en orden mis pensamientos antes de permitir que cualquiera entrara en ellos otra vez.

Cuando llegué al restaurante, la familiar fachada iluminada me recibió como un cálido recordatorio de que, a veces, las mejores cosas de la vida eran inesperadas. Entré y encontré a Marcus y su mujer charlando animadamente. Junto a ellos, sentada en uno de los taburetes de la barra, había una mujer de espaldas, concentrada en su copa.

—Marcus, Naomi —saludé, caminando hacia ellos.

La mujer giró la cabeza y en ese momento el tiempo pareció detenerse. Era Giselle.

Nos quedamos en silencio. Impactados. Mi corazón latía con una mezcla de sorpresa y reconocimiento. Ella se sonrojó apenas y desvió la mirada por un instante, como si buscara escapar de la intensidad que de repente inundaba la habitación.

—Hola, Giselle —saludé con una leve sonrisa.

—¿Os conocíais? —preguntó Naomi con su habitual curiosidad chispeante.

—Sí —dijo Giselle, un tanto nerviosa—. Solo… nos vimos una vez.

La sonrisa que dibujé al ver su rubor fue inmediata y genuina.

—Coincidimos en el hotel de París la noche de fin de año —explicó—. Estuvimos charlando, bebiendo… y bailando.

Marcus me miró de reojo, con una sonrisa irónica que ya conocía.

—Veo que hay algo más ahí —comentó.

—No, nada más —respondió Giselle, con un tono de firmeza que intentaba convencerme… y quizá también a sí misma.

—Sí que hubo —intervine, dejándome llevar por la verdad de lo que había pasado, por la memoria de su piel temblando bajo mis manos aquella noche.

Naomi se giró hacia Giselle con ojos brillantes.

—¿Te acostaste con Ethan como venganza para Sam? ¡Soy tu fan! —exclamó, abrazándola con entusiasmo.

Me eché a reír ante la espontaneidad de mi amiga.

—¿Quién es Sam? —preguntó Marcus, confundido.

—El marido de Giselle —respondí, con la voz calmada, observando cómo Giselle se sonrojaba aún más y evitaba mirarme.

—Futuro exmarido —aclaró Naomi—. Porque él la dejó unos días antes de acabar el año, y ella le pidió el divorcio formalmente unos días después de volver de París.

Mi mirada se cruzó con la de Giselle mientras sentía cómo se estremecía bajo la intensidad de mis ojos.

El camarero se acercó a nosotros para llevarnos a la mesa y, mientras caminábamos, sin poder evitarlo, deslicé mi mano y sostuve la suya. Su respiración se aceleró ligeramente, y la miré con esa mezcla de diversión y deseo que no podía contener.

—¿Es cierto que le has pedido el divorcio? —susurré, inclinándome un poco hacia ella.

Asintió, incapaz de mirarme directamente.

—Entonces esta noche… no te vas a dormir sola a casa —añadí, con una sonrisa de medio lado.

Se sonrojó nuevamente, y yo disfruté de ese rubor como si fuera un secreto que solo compartíamos los dos.

La mesa estaba reservada en un rincón apartado del restaurante, con vistas a la calle iluminada y a los coches que pasaban lentamente, reflejando las luces en los escaparates. Había un leve aroma a especias mezclado con el perfume del lugar, y todo parecía dispuesto para que la noche se convirtiera en algo más que una simple cena.

Nos sentamos y pedimos vino. Un tinto intenso, afrutado, con cuerpo, que reflejaba la sofisticación que me gustaba. Naomi bromeaba sin parar, mientras Marcus imitaba exageradamente los gestos del camarero al servir el vino. Giselle permanecía algo más seria, pero no podía ocultar las pequeñas sonrisas que se le escapaban cada vez que le hacía una broma.

—¿Sabes? —dijo Marcus, levantando la copa—. Esta es una excelente oportunidad para ver si Ethan sabe algo más que dar órdenes y beber whisky.

—Oh, por favor —respondí, fingiendo ofensa—. También sé pedir un buen vino.

Naomi rio y apuntó con el dedo hacia mí:

—Eso es cierto, *Titán*. Pero apuesto a que cuando te sirves vino en casa, solo hay una marca en la que confías… ¿Me equivoco?

—Bingo —sonreí—. Solo lo mejor. Nada de compromisos.

Giselle soltó una pequeña risa, y mi corazón dio un salto al escucharla. Ese sonido suave y cálido que lograba que incluso la rutina del trabajo pareciera irrelevante.

—¿Y tú, Giselle? —preguntó Marcus, inclinándose hacia ella—. ¿También eres una perfeccionista del vino?

—Solo cuando no quiero arruinar el momento —respondió ella, con ese tono irónico que siempre me fascinaba.

Marcus levantó las cejas, divertido, y bromeó:

—Vaya, parece que hemos traído a la amante del CEO y a la experta en vinos a la misma mesa. Esto se pone interesante.

Giselle me lanzó una mirada fugaz, un tanto escandalizada, mientras yo contenía la risa.

—No hagas eso —le susurré—. Todavía hay gente a nuestro alrededor.

—Oh, vamos, Ethan —dijo Naomi—. ¡No seas tímido! Todos sabemos que la tensión que hay aquí entre vosotros es más evidente que la de una cuerda.

La camarera llegó con los primeros platos: una tabla de quesos variados, tostas y unos canapés del caviar que nunca nos faltaba. Cada bocado era un

placer, una combinación de sabores que parecía intensificar cada risa, cada comentario.

—Esto está increíble —comentó Giselle, probando un trozo de queso azul —. Definitivamente deberías haberme traído antes a este sitio, Naomi.

—¿Disculpa? —dijo, casi con un grito, mientras se llevaba la mano al pecho en un claro acto de mostrarse ofendida—. Te he invitado a cenar conmigo, mi marido y su socio cientos de veces, pero estabas casada y parecía que no podías salir de casa sin su permiso.

—Yo me refiero a que me podrías haber traído a mí sola, sin tu flamante marido.

—Ahora eres invisible, socio —rio Marcus, y sonreí al ver que Giselle se sonrojaba.

—Yo no…

—Tranquila —la corté—, no es la primera vez que me hacen pasar por invisible. Naomi a veces no cuenta conmigo para cenar.

—Cielito, las únicas veces que no cuento contigo para una cena es porque es una noche solo para dos —aseguró Naomi al tiempo que levantaba dos dedos—. Que a mí eso del sexo en grupo… como que no.

—¿Lo has probado? —curioseó Giselle, y por su gesto, juraría que estaba escandalizada.

—¿Y tú? —pregunté con curiosidad.

—No, no, nunca.

Giselle se sonrojó y bajó la mirada, mientras yo podía ver cómo mi presencia alteraba ligeramente su respiración. Esa mezcla de nerviosismo y curiosidad era embriagadora.

El siguiente plato llegó: un risotto de setas y trufa, cremoso, delicado, servido con un toque de parmesano rallado al momento. Marcus empezó a

exagerar cada bocado, levantando el tenedor como un gesto heroico, mientras Naomi lo imitaba y Giselle no podía evitar reírse.

—¿Marcus, estás intentando impresionar a Giselle con tus habilidades culinarias o solo quieres que Ethan te envidie? —preguntó Naomi, con una sonrisa torcida.

—Ambas cosas —respondió, con un guiño—. Pero principalmente para recordarle a Titán que la diversión existe fuera de las reuniones de *Titán Oil & Energy*.

—Mmm —dijo Giselle, todavía sonriendo—. Pues está funcionando.

Yo sentí cómo la distancia entre nosotros se acortaba sin esfuerzo. Cada risa, cada mirada que ella me dirigía, era un roce sutil, un juego silencioso en el que yo podía perderme sin querer.

El postre llegó acompañado de un pequeño espectáculo de chocolate fundido sobre frutas frescas: frambuesas, arándanos y fresas cuidadosamente colocadas sobre una base de crema inglesa. Naomi no pudo resistirse y, con su típica chispa, metió el tenedor en el chocolate y lo probó con exagerada satisfacción.

—¡Esto es pecado! —exclamó, relamiéndose—. Esto tenemos que repetirlo, chicos —dijo, con una sonrisa—. Está siendo una velada perfecta, ¿verdad?

—Cuando queráis, yo estaré más que encantado. —Miré a Giselle y se sonrojó.

—Sí, sí, doy fe de ello —dijo Marcus—. Si pudieras, cambiabas ese postre por la hermosa Giselle.

Giselle rio, suavemente, mientras tomaba un pequeño bocado de la fruta, intentando mantener la compostura, aunque sus mejillas estaban sonrojadas. La observé con interés: esa mezcla de timidez y diversión era imposible de ignorar.

Marcus se inclinó hacia ella:

—Debo decir que Giselle tiene un talento especial para ignorar mi sarcasmo y el de Ethan al mismo tiempo —dijo, sonriendo—. Me encanta.

—¡No os ignoro! —protestó Giselle, juguetona—. Solo… selecciono lo que quiero escuchar.

—Ah, claro —intervine, divertido—. Igual que esa noche en París, ¿no? Seleccionando lo que querías escuchar y lo que querías sentir.

Su respiración se aceleró un poco y desvió la mirada. Sentí una chispa, un pequeño fuego entre nosotros que no se apagaba.

—Bueno, bueno —intervino Naomi, levantando la voz para romper la tensión—. Después de esta deliciosa cena, ¿qué os parece si continuamos la noche con algo de música y baile?

Marcus me miró cómplice:

—Perfecto. Ya es hora de poner a prueba tus habilidades para bailar, Titán.

—Sí, claro —respondí con una sonrisa torcida—. Nada como verme perder el equilibrio frente a Giselle para que ella piense que no soy perfecto.

Giselle soltó una risita ahogada, y yo disfruté cada instante de su reacción. La noche avanzaba y cada broma, cada comentario, cada mirada hacía que la química entre nosotros fuera imposible de ignorar.

—¿Por qué te llaman Titán? —me preguntó Giselle con curiosidad.

—*Titán Oil & Energy* es mi empresa, bueno, de mi familia. La fundó mi bisabuelo paterno. A él le apodaban Titán, ya que era un frío, duro y autoritario, y de ahí que le pusiera el nombre a su empresa. A mí me llaman igual que a él porque dicen que me parezco mucho físicamente, y que tengo esa misma manera de ser.

—Dicen, no, cielito —rio Naomi—, que eres igual que tu bisabuelo.

—Eso es lo que todo el mundo dice, no lo digo yo.

—¿Y tú cómo dirías que eres? —miré a Giselle tras escuchar esa pregunta y, sin pararme a pensar en la respuesta, simplemente la dije.

—Eso tendrás que descubrirlo tú, preciosa. —Le hice un guiño.

—Aquí huele a parejita, yo, ahí lo dejo —comentó Naomi, y Giselle sonrió al tiempo que se sonrojaba.

Después de cenar, pagué la cuenta, salimos del restaurante y nos dirigimos a un local cercano con música en vivo. La luz era cálida, suave, y el ambiente estaba lleno de risas, conversaciones y un leve aroma a madera y whisky. Elegimos una mesa cerca de la pista de baile, para poder observar y dejarnos arrastrar por la música cuando nos apeteciera, según palabras de Naomi.

Y siendo sincero, y para mi sorpresa, Giselle y yo no tardamos en acercarnos a la pista. La primera canción fue lenta, sensual. Cogí su mano y ella no la retiró. La acerqué a mí y la pegué suavemente. Su cuerpo reaccionó al contacto, estremeciéndose un poco, pero manteniendo una distancia sutil, como si temiera rendirse por completo.

—¿Has pensado en mí estos días? —susurré cerca de su oído, aprovechando el calor de la música.

—No… —respondió ella, con un leve tono de nerviosismo en su voz—. Fue solo una noche, y tú te fuiste sin más. No tenía sentido pensar en ello.

—Me fui porque tenía reuniones a primera hora —dije—. Volví al hotel antes de comer y llamé a tu suite… pero no abriste. Pensé que te habrías marchado y tenía que regresar a Houston.

Ella bajó la mirada y su voz se volvió suave:

—Salí a pasar el día en París… volví por la tarde a hacer el equipaje y descansar, porque mi vuelo salía el día dos de enero a las siete de la mañana.

—Yo sí… —respondí, acercándome más, rozando su mejilla con mi mano —. He pensado en ti todos estos días. Y si hubiese sabido tu apellido, te habría buscado sin dudarlo. Pero ahora… puedo encontrarte gracias a Naomi.

Sus mejillas se volvieron de un rojo intenso. La agarré por la cintura y la acerqué más, dejando que sus labios se rozaran suavemente contra los míos en un beso robado, rápido, pero intenso. Ella se estremeció entre mis brazos, y ese pequeño estremecimiento me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Tu cuerpo no miente —susurré al separarnos un poco—. Me has echado de menos.

Ella bajó la mirada, sonrojada, incapaz de responder. Yo sonreí, disfrutando de cada reacción, de cada gesto. Le cogí la mano y la guie hacia la mesa donde estaban Marcus y Naomi.

—Nosotros nos vamos —dije con voz tranquila, pero cargada de intención.

Naomi soltó un silbido, divertida, mientras Marcus se inclinaba hacia ella con una sonrisa cómplice.

—Vaya pareja —comentó—. Y pensar que esto comenzó como una cena de trabajo…

Giselle se sonrojó otra vez y no pudo resistir una pequeña sonrisa.

Mientras caminábamos hacia el coche, la luz de la ciudad nos envolvía, y yo sentí un impulso inusual: no la llevaría a un hotel como con cualquier otra amante. Ella merecía más. Ella merecía mi ático.

El viaje fue silencioso, lleno de tensión. Cada roce de nuestras manos, cada contacto sutil, cada mirada que se cruzaba, alimentaba la promesa de lo que vendría.

Al llegar al ático, abrí la puerta y la invité a pasar. El lujo habitual del lugar parecía menos importante que la presencia de Giselle. Finalmente, estábamos solos. Sin distracciones, sin artificios. Solo nosotros y la noche que prometía ser mucho más que un simple regreso a casa.

Capítulo 16

Giselle

Cuando Ethan abrió la puerta del ático, me quedé un instante paralizada, absorbiendo cada detalle. No era solo un espacio elegante y sofisticado; era una extensión de él mismo: imponente, con líneas limpias, muebles de diseño minimalista y una luz cálida que hacía que todo se sintiera acogedor a pesar del tamaño.

Él entró primero, mostrando la seguridad con la que siempre se movía, como si cada estancia le perteneciera por derecho propio. Yo lo seguí, y mientras caminábamos, mi mirada no podía dejar de detenerse en cada detalle: la textura de los sofás, los cuadros discretos en las paredes, la iluminación que parecía pensada para resaltar la belleza del lugar sin imponerse.

—Este es el salón —dijo, señalándolo con un gesto elegante.

Asentí, apenas articulando palabra, sintiendo cómo mi corazón latía un poco más rápido cada vez que él estaba cerca. Su presencia llenaba el espacio de una manera casi palpable, y no era solo su físico; era la autoridad natural, la seguridad y esa mezcla de control y suavidad que me desconcertaba.

Cuando llegamos a la terraza, me detuve. Era amplia, cubierta, con ventanales que se abrían a vistas al puerto que dejaban sin aliento. La luz de la luna se reflejaba en el agua, y el sonido de este rompiendo suavemente contra los barcos creaba una banda sonora perfecta para aquel instante.

—Aquí… —dijo Ethan, con una sonrisa que no necesitaba palabras para explicar lo que sentía—. Me gusta pasar tiempo aquí cuando quiero pensar, o simplemente… olvidarme del mundo.

Me acerqué al borde, apoyando las manos en la barandilla. La brisa marina me despeinaba ligeramente, y sentí un escalofrío que no era solo por el viento. Me di cuenta de que, de algún modo, podía pasar horas contemplando el horizonte y no mirar hacia otro lado, porque su presencia me mantenía anclada allí.

—¿Sabes? —dijo de repente, su voz baja y profunda—. Al día siguiente de aquella noche… pensé que llegaría mucho antes de las reuniones y quería volver a verte.

Me giré hacia él, sorprendida. Mis mejillas se calentaron y sentí cómo una mezcla de nervios y expectativa se apoderaba de mí.

—Podrías haberme dejado una nota —murmuré, con un hilo de voz que apenas ocultaba mi curiosidad.

—Salí con prisa de la suite porque iba a llegar tarde —explicó, acercándose más—. Por eso no dejé nada.

Sentí que el espacio entre nosotros se reducía con cada paso que él daba. Mi corazón latía con fuerza, y mis manos, que intentaban aferrarse a la barandilla como excusa para no mostrarme nerviosa, temblaban ligeramente.

Se detuvo a apenas unos centímetros de mí. Su mirada se cruzó con la mía, intensa, penetrante, y sentí cómo mi respiración se entrecortaba. Lentamente, su mano se acercó a mi mejilla y me acarició con delicadeza, y sin previo aviso, sus labios se posaron sobre los míos en un beso cargado de promesas y de todo lo que no se había dicho en palabras.

No había prisa. Era como si el mundo entero se hubiera reducido a aquel espacio, a aquel instante. Cada caricia, cada roce, cada mirada intensa transmitía más que mil palabras. Yo me sentí atraída, vulnerable y segura al mismo tiempo, y no pude resistirme a corresponderle, apoyándome ligeramente en él mientras explorábamos la cercanía que nos unía.

Nuestros cuerpos se acercaban, nuestras manos exploraban con delicadeza, y la intimidad entre nosotros crecía. Ethan me sostuvo suavemente mientras me llevaba en brazos al salón y me sentaba en el sofá. Él se inclinó hacia mí, y su cercanía me hizo estremecerme de nuevo, recordando aquella noche en París. Cada movimiento era pausado, deliberado, como si quisiéramos saborear el momento sin prisa, disfrutando de la conexión intensa y electrizante que compartíamos.

Me dejé llevar, sintiendo el calor de su presencia y cómo cada caricia despertaba emociones que había reprimido durante años. Mis manos se aferraban ligeramente a su camisa mientras sus dedos acariciaban mi cuello y mi rostro, y su sonrisa, apenas perceptible, me decía que él también disfrutaba de ese instante tanto como yo.

Nos miramos a los ojos, y sin necesidad de palabras, comprendí que aquel momento no era solo físico: había algo más profundo, algo que iba más allá de la atracción. Había deseo, sí, pero también una conexión silenciosa, un entendimiento mutuo que nos hacía sentir que todo lo demás del mundo fuera de su ático podía desaparecer.

El tiempo parecía haberse detenido en aquella sala, entre las luces cálidas y las sombras suaves del ático, mientras nosotros nos entregábamos a la cercanía, a los besos, a las caricias, explorando el espacio entre lo que se dice y lo que se siente.

Comenzamos a desnudarnos despacio, sin prisa, entre besos y caricias, compartiendo miradas intensas y cargadas de un deseo que nos consumía a ambos. Una a una las prendas que nos impedían sentirnos piel con piel fueron desapareciendo, quedando olvidadas en algún lugar del suelo del salón.

Ethan comenzó a besarme el cuello, la clavícula, bajó hasta uno de mis pechos y, mientras me miraba con los ojos más oscuros de lo normal, lamió el pezón y comenzó a jugar con él entre sus dientes.

Gemí dejando caer la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda mientras mis dedos se entrelazaban en su cabello. Sin apenas darme cuenta, comencé a moverme, notando la fricción de su miembro duro y erecto en mi sexo.

Mi clítoris palpitaba al igual que su miembro, y un escalofrío me recorrió la espalda cuando Ethan se movió haciendo que la fricción fuera aún mayor.

Comenzó a lamer y a mordisquear el otro pezón mientras sus manos me sostenían por la cintura y me movía sobre su miembro. Sentía en ese momento tanta excitación que, si seguía así mucho tiempo, acabaría corriéndome sin que me tocara con un solo dedo.

Me recostó en el sofá y se acomodó entre mis piernas, besándome el interior del muslo al tiempo que con la otra mano acariciaba la otra pierna. No tardó en llegar con sus labios a mi sexo y, en cuanto deslizó la lengua entre mis pliegues, gemí arqueándome y agarrándome al respaldo del sofá.

Con apenas unos roces de su miembro en mi clítoris ya estaba sensible, y en el punto en el que me encontraba no tenía la menor duda de que me acabaría corriendo antes de lo esperado.

Ethan siguió lamiendo sin parar mi clítoris, penetrándome con dos dedos y tirando hacia él con ellos, provocando que me estremeciera y gritara mientras movía las caderas en busca de más.

Y se lo pedía, le pedía más porque con él no me daba vergüenza hacerlo, y él me daba mucho más. Lamía cada vez más rápido, sus dedos entraban y salían de mi vagina cada vez con más fuerza, y fue imposible evitar que el orgasmo me alcanzara y liberara toda aquella tensión que acumulaba desde que su miembro rozó mi sexo.

Cuando sentí que el clímax se desvanecía y Ethan fue consciente, me cogió entre sus brazos con una seguridad que me hizo estremecer. No dijo nada, simplemente caminó conmigo hasta su habitación, y yo dejé que lo hiciera, sin resistencia. El salón quedaba atrás, con su luz cálida y la terraza bañada por la luna, y un silencio cargado de electricidad nos acompañaba.

Al entrar, la habitación me pareció más íntima que todo lo que había visto antes. Las paredes claras, los muebles elegantes, la cama grande con sábanas de lino impecables y las luces tenues creaban un ambiente que invitaba a quedarse, a perderse en aquel espacio. Ethan me apoyó suavemente sobre la cama, sin prisa, y nos quedamos mirándonos. Sus ojos, azul acerado, me

atravesaban como si pudiera leer cada pensamiento, cada emoción que no me atrevía a decir en voz alta.

—No puedo resistirme a ti —susurró, mientras acariciaba mi rostro y me acercaba más a él.

—Yo… tampoco —murmuré, sintiendo que el calor de su presencia me envolvía, que me protegía y a la vez despertaba cada emoción que había creído dormida.

Nos acercamos lentamente, explorando la cercanía del otro con besos que empezaban suaves y se hacían más intensos, más profundos. Mis manos buscaban su cuello, su pecho, y sentía cómo él respondía, suave pero firme, con la certeza de quien sabe lo que quiere y, por primera vez, no es un misterio.

El tiempo desapareció. Cada roce, cada caricia, cada suspiro creaba una corriente de emociones que me hacían sentir viva. No había prisa, no había necesidad de hablar; cada gesto, cada mirada, cada movimiento decía lo que no podíamos poner en palabras.

Ethan me penetró con una profunda embestida y grité mientras mis dedos se clavaban en sus hombros. Comenzó a moverse rápido, fuerte y profundamente, como si quisiera que esa noche no se me pudiera olvidar nunca.

Me besó con tal necesidad que no pude no corresponder de igual modo, tan intensamente como él, tocándole por todas partes mientras nuestros cuerpos se mantenían unidos, rozándose, sintiéndose piel con piel.

Después de llevarme de nuevo al orgasmo, se apartó y, tras sentarse sobre sus talones, me llevó hasta su regazo, donde volvió a besarme al tiempo que me penetraba, de modo que ambos quedamos sentados en la cama.

En mi vida había sentido algo tan intenso como esto, jamás me había sentido tan deseada y viva como en este momento, y no iba a mentir, eso me asustaba porque hasta hacía nada yo tenía un marido, un hombre con el que compartía mis días, pero con Ethan…

Con Ethan todo era tan distinto, que sí, me asustaba.

Volví a correrme mientras gemía en su boca y él gruñía al notar cómo mis músculos vaginales apretaban su miembro. Me recostó en la cama y volvió a penetrarme con fuerza, besándome, mirándome y acariciándome el pelo mientras se enterraba una y otra, y otra, y otra vez, profundamente en mí.

Entrelazó una de sus manos con la mía y con la otra me rodeó con fuerza por la cintura, apoyó la frente en la mía y, con esos ojos azul acerado fijos en los míos, comenzó a penetrarme aún más rápido hasta que los dos, al unísono y como si aquello lo hubiéramos hecho cientos de veces, nos corrimos.

El clímax nos alcanzó y nos atravesó con tanta fuerza que sentí un escalofrío recorrerme de pies a cabeza. Mis gritos se mezclaban con esos sonidos roncos y guturales que escapaban de sus labios y rompían con el silencio que nos rodeaba en la habitación.

Después de un rato, nos separamos un instante, respirando con dificultad. Su sonrisa, una leve que no verías si no te fijabas bien, me hizo sonreír también. Sentí que podía confiar en él, que podía dejarme llevar sin reservas, y que, de algún modo, no era solo deseo lo que nos unía: era una conexión intensa, profunda, única.

—Debería irme —dije finalmente, apartándome un poco, mientras mis mejillas se enrojecían.

Ethan arqueó una ceja, divertido y sereno a la vez.

—¿Por qué? —preguntó, con un tono que me hizo sentir vulnerable y segura al mismo tiempo.

—Naomi me había hablado de tu reputación… de que nunca duermes con tus amantes —confesé, bajando la mirada y sonrojándome aún más.

Él sonrió, acercándose y posando sus labios en mi cuello, un beso suave que me hizo estremecer.

—La noche de fin de año, dormí contigo —susurró—. Y no voy a dejar que te marches a casa sola.

Me abrazó con fuerza, y sentí cómo su calor me envolvía, haciendo que mi cuerpo se relajara completamente. No solo era deseo; era protección, era cuidado, era la sensación de que podía abandonarme a él sin miedo. Cada mirada, cada roce, cada gesto me decía que me deseaba, que era importante para él, y que no quería dejarme ir.

Nos quedamos así, abrazados, mientras la luna iluminaba tenuemente la habitación a través de la ventana. Sus manos seguían recorriendo mi espalda con delicadeza, y yo me sentí por primera vez en mucho tiempo completamente a salvo y deseada a la vez.

—Buenas noches —murmuró, depositando un beso suave en mi cuello.

—Buenas noches —respondí, volviendo a mirar hacia la ventana.

Me quedé en silencio, contemplando la luz de la luna que entraba por la ventana, escuchando el leve sonido de la ciudad fuera de esas cuatro paredes. Todo parecía tan irreal y a la vez tan perfecto. Pensé en Sam, en todo lo que había sido mi vida antes, y me di cuenta de que, de algún modo, todo eso ahora parecía lejano. Con Ethan, con la forma en que me miraba, me tocaba, me hacía sentir, me sentía más viva que nunca. Más fuerte, más auténtica.

Me apoyé un instante en su hombro, respirando su aroma, dejando que su calor me envolviera y que la tensión de los días anteriores se disolviera. La noche era nuestra, y aunque sabíamos que el mundo podía reclamar nuestro tiempo en cualquier momento, ahora no importaba. Lo único que importaba era ese instante, esa sensación de estar plenamente viva, de ser deseada y protegida al mismo tiempo.

Y mientras la luna seguía iluminando la noche y el ático silencioso, me prometí a mí misma que, aunque todo esto fuera una locura, quería vivir cada momento con él, saborear cada instante, dejar que mi corazón, por primera vez en mucho tiempo, sintiera sin reservas.

Capítulo 17

Giselle

Desperté con la luz suave de la mañana colándose por las ventanas del ático. Mi cuerpo estaba aún entrelazado con el de Ethan, y la sensación de su calor y la seguridad de su abrazo me hicieron abrir los ojos con una mezcla de sorpresa y comodidad.

Él estaba allí, con su respiración tranquila y una mano acariciándome suavemente la espalda, despertándome poco a poco.

—Buenos días —susurró, con esa voz profunda que parecía acariciar cada rincón de mi cuerpo y mente.

Me giré para mirarlo, y no pude evitar sonreír, sintiendo un cosquilleo en el estómago que me recordaba a la noche anterior. Él me sonrió con esa confianza que me desconcertaba y me atraía al mismo tiempo. Lentamente nos incorporamos, y aunque el despertar había sido íntimo y lleno de cercanía, no había prisa; todo parecía detenerse cuando estábamos juntos.

—Buenos días —sonreí.

Un segundo, eso fue lo que tardó en acercarse a mí y besarme. Sus labios se apoderaron de los míos en un beso cargado de intención, y sus manos comenzaron a tocarme por todo el cuerpo.

Un segundo, eso fue lo que mi cuerpo tardó en encenderse y reaccionar a él, y me dejé llevar de nuevo por el momento y el deseo.

Sus labios bajaron por mi cuerpo dejando suaves besos, volviendo a mis labios mientras se acomodaba entre mis piernas y pronto sentí su miembro penetrándome poco a poco. Ambos gemimos al unirnos por completo, y así, entre besos y caricias, comenzamos la mañana como habíamos terminado la noche anterior, dejándonos llevar por el deseo y esas ganas que ninguno de los dos podía reprimir.

Llegamos al clímax al unísono y nos quedamos allí, en su cama, abrazados, con las respiraciones entrecortadas y sintiendo el fuerte latido del corazón del otro contra nuestro pecho. Tenía los ojos cerrados y me permití sentir, solo eso, sentir a Ethan entre mis brazos, su miembro aún en mi interior palpitando y el modo en el que él me hacía sentir viva y deseada.

Con un último beso en los labios, Ethan se retiró, se levantó y se puso un pantalón de chándal gris y una camiseta simple, mientras yo tomaba prestada su camisa blanca, demasiado grande para mí, pero perfecta para sentirme cómoda y cerca de él. La tela caía sobre mis hombros y me hacía sentir protegida, envuelta en su aroma que aún permanecía en ella.

—Te queda bien —dijo, observándome mientras me ajustaba la camisa—. Parece que la elegiste a propósito.

Me sonrojé y bajé la mirada, aunque no pude evitar reír suavemente. La familiaridad y la confianza que sentía con él me hacían sentir como si hubiera estado en su ático muchas veces, aunque era la primera vez.

Decidimos ir a la cocina, donde el sol iluminaba el espacio moderno y elegante, con muebles de madera clara y superficies pulidas que reflejaban la luz de manera cálida. Ethan preparó huevos con bacon mientras yo sacaba el pan para tostarlo y exprimía un zumo de naranja fresco. El aroma del café recién hecho llenaba la cocina, mezclándose con los olores del desayuno y la calidez del momento.

—Nunca me había imaginado desayunando así con alguien que no fuera… —dije, pero me quedé callada mientras servía las tostadas—. Esto se siente diferente.

—¿Diferente? —preguntó, girándose hacia mí con una sonrisa que hacía que mi corazón latiera un poco más rápido—. ¿Diferente bueno o diferente

peligroso?

—Bueno, y peligroso también —dije, sonriendo, mientras él se acercaba y depositaba un beso suave en mi frente, apenas rozando mi piel.

Mientras desayunábamos, la conversación derivó hacia su trabajo. Me habló sobre los proyectos recientes en *Titán Oil & Energy*, las reuniones que había tenido y los desafíos de dirigir una empresa de esa magnitud. Escucharlo hablar con pasión y seguridad me hizo admirarlo aún más.

—Ahora que sé quién eres de verdad —dije, jugando con la taza de café entre mis manos—, no entiendo cómo no te reconocí en París. Trabajo en una revista digital y he leído algunos artículos sobre ti, tanto de negocios como de la parte más mediática… —Sonreí con ironía—. Siempre te están buscando esposa, ¿verdad?

Él sonrió, un poco divertido, un poco cansado.

—Sí, siempre hay alguien que cree que debería casarme —respondió—. Pero no tengo ningún pensamiento de casarme.

—¿Por qué no? —pregunté, interesada y con un toque de curiosidad traviesa en la voz.

—Digamos que hace tiempo que aprendí que el amor a veces destruye más de lo que construye —dijo, tomando un sorbo de café antes de continuar—. Además, ahora que te conozco a ti, confirmo lo que siempre he pensado: en el amor alguien siempre sale herido.

Me quedé pensativa, recordando mis propias heridas.

—Nunca pensé que Sam me dejaría así de repente —confesé, mientras removía el café—. Y no estoy segura de que hubiera habido señales de que había dejado de sentir algo. O tal vez las había y no quise verlas.

—¿Estás enamorada de él? —me preguntó, mirándome directamente, serio y curioso al mismo tiempo.

Me quedé callada. Era difícil responder. Lo quería, sí, pero no estaba segura de si todavía estaba enamorada como el primer día, o si era solo costumbre y rutina.

—Le quiero —dije finalmente—, pero no sé si estoy enamorada. Después de todo… me he acostado con otro hombre tres veces.

Ethan sonrió suavemente, sin juicio.

—Una cosa es el deseo y la atracción que puedas sentir por mí o por cualquier otro, y otra cosa es el amor. Ese que te llevó a casarte, Giselle.

Me quedé callada, sintiendo un nudo en la garganta. Era cierto. Quería a Sam y lo odiaba por haberme dejado, pero no podía negar que lo que sentía por él era diferente de lo que sentía con Ethan. Con Ethan, cada roce, cada mirada, cada gesto me hacía sentir viva de una forma que no recordaba desde hacía años.

Nos miramos durante unos segundos, y yo sentí la seguridad, la intensidad y el deseo que emanaba de él. Sin palabras, su presencia me hablaba más que cualquier confesión. Y en ese momento, mientras compartíamos aquel desayuno y nuestras emociones, supe que algo había cambiado para siempre dentro de mí.

Mientras terminábamos de desayunar, miré el reloj y me di cuenta de la hora. Habíamos pasado más tiempo del que creía entre risas, conversaciones y silencios cómodos, y un pequeño cosquilleo en el estómago me recordó que cada instante con Ethan se sentía diferente, especial.

—¿Y si te quedas a comer? —preguntó, con esa sonrisa que hacía que mi corazón se acelerara—. Podemos pedir algo, o incluso cocinar juntos otra vez.

Me incorporé de un salto del taburete, alarmada por la hora.

—¡Oh, no! —exclamé, mientras me acomodaba la camisa sobre los hombros—. No puedo. Tengo que irme ya. Mi hermana va a una boda de una compañera de trabajo, y tengo que quedarme con mi sobrino en casa.

Ethan arqueó una ceja, divertido, y me observó mientras hablaba rápido, casi justificándome a mí misma.

—Le pedí a mi marido que sacara sus cosas de la casa y, hace unos días, la alquilé. Ahora vivo con mi hermana y mi sobrino, me he acoplado allí con mi perro Simba, y hoy me toca hacer de canguro todo el día —dije, suspirando.

Él me miró fijamente, con esa intensidad que me ponía nerviosa y, al mismo tiempo, me atraía sin remedio.

—Si quieres, podemos pasar el día juntos —dijo finalmente—. Te acompaño a casa de tu hermana; estoy seguro de que tu sobrino se llevará bien conmigo, y así no te sentirías sola cuidándole.

Mi corazón dio un vuelco. Era tentador, demasiado tentador. Pero también dudaba. No quería confundir al pequeño, ni que pensara que Ethan y yo éramos algo que todavía no podía comprender.

—No sé… —murmuré, mordiéndome el labio—. No quiero confundirlo… Él conoce a Sam…

Él se acercó y me cogió suavemente la mano, con una mirada que parecía decirme que entendía mis dudas y que no había presión.

—No se trata de confundirlo —dijo suavemente—. Se trata de pasar un buen rato. Nada más.

El calor de su mano, la seguridad de su voz y la manera en que me miraba hicieron que mi resistencia se derritiera poco a poco. Sentí que quería estar con él, incluso por unas horas, disfrutar de su compañía, de su cercanía, de esa sensación de calma y deseo que siempre me provocaba.

—Está bien —dije finalmente, con un hilo de voz y una sonrisa tímida—. Pasaremos el día juntos.

Su sonrisa se ensanchó, y antes de que pudiera reaccionar, me atrajo hacia él y depositó un beso rápido en mis labios, intenso y dulce a la vez. Fue un beso lleno de promesas, de complicidad, de algo que iba más allá del simple

deseo. Me hizo sonrojar, y no pude evitar abrazarlo, sintiendo que todo el mundo se reducía a ese instante, a ese momento compartido.

—Perfecto —susurró, mientras nos separamos un poco y me miraba con esos ojos que parecían penetrar en mi alma—. Ahora vamos a la ducha, nos vestimos y vamos a pasar el día con tu sobrino y tu perro —hizo un guiño y sonreí.

Poco después, mientras salíamos del ático, sentí esa mezcla de emoción, nervios y felicidad que solo Ethan podía provocarme. Cada gesto suyo, cada palabra, cada mirada me hacía sentir que estaba exactamente donde debía estar, aunque el mundo exterior siguiera su ritmo y mis obligaciones me esperaran.

Mientras caminábamos hacia su coche, sentí que este día, aunque lleno de responsabilidades, iba a ser diferente a cualquier otro. Porque por primera vez en mucho tiempo, alguien había logrado que mi corazón latiera al unísono con la razón y el deseo, y no podía esperar a ver qué nos depararía el resto del día.

Capítulo 18

Giselle

Llegamos al apartamento de Megan y, como siempre, Simba reaccionó primero en cuanto entramos.

Mi perro olfateó con recelo a Ethan, ladeando la cabeza, observándole con esos ojos que parecían decir “no me fío de ti todavía”. Ethan, sin inmutarse, se agachó hasta su altura y dejó que Simba lo oliese con calma. Al principio, el perro dudó, olfateando sus manos, su chaqueta, y luego, como si reconociera algo en él, movió la cola y lo saludó con entusiasmo.

—Con Sam nunca tuvo esta cercanía —le confesé, aún observando la escena con una sonrisa—. Pero parece que tú le gustas.

Él se encogió de hombros, con esa confianza natural que siempre desprendía, y me guiñó un ojo.

—Me pasa mucho con los animales, las mujeres y los niños —dijo, con ese toque de seguridad que hacía que siempre pareciera irresistible—. Tengo un encanto natural —sonrió al tiempo que hacía un leve movimiento con las cejas.

Me reí, divertida por su descaro y la manera en que Simba ya se sentía cómodo con él.

Megan nos recibió en la puerta del salón, radiante para la boda a la que iba. Su vestido azul celeste resaltaba su piel y el cabello negro rizado; su sonrisa

cálida iluminaba la estancia. Jake, que estaba pegado a su lado, se lanzó hacia Ethan con la naturalidad de un niño seguro.

—Megan, él es Ethan, un amigo —dije, y mi hermana me miró con la ceja arqueada, tratando de disimular la sonrisa que tenía en los labios, algo imposible.

—Encantada —sonrió y le estrechó la mano.

—Un placer —contestó.

—Hola, soy Jake —dijo sin vergüenza ninguna—. ¿Te gustan las maquetas de coches?

—Me encantan —respondió Ethan con una sonrisa—. Tenía muchas de niño, y aun ahora tengo algunas de colección en el despacho de mi ático.

Jake lo miró con ojos brillantes y, sin perder tiempo, lo llevó a su habitación para enseñarle su propia colección. Me quedé en la sala, observando cómo Ethan y el niño se conectaban con tanta facilidad. Por un momento, me sentí aliviada: alguien parecía capaz de llegar al corazón de Jake con naturalidad, algo que con Sam nunca ocurrió.

Sonreí al ver que con él todo era tan distinto. No sabía que alguien pudiera ganarse al niño tan rápido.

Antes de irse, Megan me dio un consejo entre risas:

—Menudo hombretón es Ethan, Giselle. No lo dejes escapar —me dijo guiñándome un ojo.

—Oh, por Dios —volteé los ojos—. Vete a la boda o llegarás tarde, y disfruta, no tengas prisa por volver.

—Mamá, Ethan dice que tiene un coche como uno de los míos, pero más grande —escuchamos a mi sobrino decir mientras regresaban por el pasillo.

—Ya le preguntaré cuál es para comprarte una cuando tengas quince años —contestó—. Ahora ven y dame un beso.

Ella abrazó a Jake, le recordó que se portara bien y se despidió de Ethan, dejándonos solos. Me sentí ligeramente emocionada y nerviosa a la vez; verlo con Jake despertaba en mí una sensación inesperada de calma y curiosidad.

Jake estaba eufórico hablando de las maquetas con Ethan, y yo me quedé observando desde la distancia. Era imposible no notar la complicidad que surgía entre ellos.

Desde luego, no le faltaba razón. Jake se había encariñado con él de inmediato. Con Sam nunca hubo esta cercanía, y ahora lo entendía mejor.

Ethan se volvió hacia mí, con esa sonrisa que parecía romper cualquier barrera, y me guiñó un ojo, como si compartiéramos un secreto que solo nosotros dos entendíamos. Mi corazón dio un pequeño vuelco y sentí cómo un calor agradable se extendía por mi pecho.

Era increíble lo distinto que me hacía sentir todo con él. No había prisa, no había tensión, solo una sensación de seguridad y curiosidad que no esperaba.

Dejé a los chicos en el salón y fui a cambiarme de ropa, pues aún llevaba la de la noche anterior. Y allí, sola en mi habitación, no podía dejar de pensar en lo bien que parecían llevarse mi sobrino y ese hombre que había irrumpido en mi vida la última noche del año que dejamos atrás para comenzar el año a su lado.

Regresamos a la cocina, y Ethan se acomodó junto a mí mientras preparábamos la comida. La sensación de tenerlo tan cerca todavía me provocaba cosquilleos en la piel. Jake estaba emocionadísimo y parecía tener más energía que nunca; Simba, por su parte, no se apartaba de nosotros, vigilando cada movimiento de Ethan con una mezcla de recelo y curiosidad.

—Hoy hacemos pasta boloñesa —dije, intentando sonar segura—, y de postre tenemos el bizcocho que hicimos Jake y yo ayer por la mañana, de yogur, con pepitas de chocolate. Espero que te guste.

—Me parece perfecto —dijo, sonriendo—. La pasta es un plato que me encanta.

Jake se subió a un taburete y me ayudó a remover la salsa mientras Ethan cortaba verduras con sorprendente precisión. Cada poco tiempo, me lanzaba miradas cómplices o me robaba un beso en la mejilla, haciendo que mis mejillas se sonrojaran.

—Mira, tía Giselle, estoy haciendo la salsa perfecta —dijo Jake, señalando con orgullo la olla.

—Lo estás haciendo genial, campeón —respondí, riendo—. Y Ethan te está observando porque también quiere aprender.

—Es verdad —dijo Ethan, acercándose y guiñándome un ojo—. Nunca he sabido darle el toque perfecto a la salsa.

Mientras cocinábamos, entre risas y bromas, hablamos de cosas cotidianas: el cole de Jake, los problemas del tráfico, los artículos que escribía Naomi y los proyectos de Ethan en su empresa. Sentí que todo era fácil con él, como si no existiera la tensión que siempre me acompañaba en mi día a día con Sam.

—¿Puedo preguntarte por qué no quieres casarte? —dije, cuando Jake fue a poner la mesa.

Ethan suspiró, como si una sombra pasara por su mirada.

—Por mis padres. Su matrimonio no es más que una farsa, algo de cara a la galería, por así decirlo. El suyo fue un matrimonio concertado y él nunca la quiso. Salvo porque debía tener un heredero para *Titán Oil & Energy*, no ha habido mucha intimidad entre ellos. Mi padre tiene amantes desde que tengo uso de razón, y mucho antes de eso también. Me atrevería a decir que desde que supo que mi madre por fin se había quedado embarazada. Ella ha pasado mucho, y por eso sé que el amor a veces duele más de lo que sana.

Asentí, entendiendo de golpe algo que había estado rondando en mi mente: su intensidad no era solo deseo, sino también una mezcla de miedo y experiencia.

Cuando la comida estuvo lista y la mesa puesta, le puse a Simba en la cocina un cuenco con su comida y nos sentamos a la mesa los tres.

Mientras comíamos la pasta, seguimos con bromas y risas. Jake no paraba de comentar anécdotas del cole, y Ethan lo escuchaba con atención, haciendo preguntas y jugando con él de vez en cuando. Simba, sentado a mis pies, seguía vigilándonos, especialmente a Ethan, aunque estaba claro que le había caído bien.

El bizcocho fue un éxito rotundo; entre mordiscos, Ethan me robaba besos rápidos sin que Jake se diera cuenta y caricias suaves en la sien. Cada toque suyo me hacía sentir una mezcla de calma y deseo que me desarmaba. Me sorprendía lo diferente que todo se sentía con él comparado con Sam: sin tensión negativa, sin conflictos, solo complicidad y atracción.

—¿Sabes? —dijo Ethan mientras cogía un trozo de bizcocho—. Esto está delicioso. Pero más deliciosa eres tú —añadió, sonriéndome mientras me robaba un beso en los labios.

Me quedé sin palabras, y mi corazón latía con fuerza. Sabía que esas sensaciones no deberían existir, pero allí estaban, imposibles de ignorar.

Después del café nos acomodamos los tres en el sofá para ver una película. Ethan me pasó el brazo por los hombros y su mano me acariciaba el brazo de manera distraída mientras yo pensaba en lo diferente que estaba siendo esta tarde.

Jamás creí que volvería a ver a Ethan y el destino quiso que los dos conociéramos a Naomi y ella, sin saberlo, nos uniera de nuevo.

Más tarde, para la cena, pedimos pizza. Seguimos bromeando, contando historias y compartiendo risas. La facilidad con la que Ethan se integraba en mi mundo me sorprendía cada vez más.

Al final de la noche, cuando nos despedíamos, Ethan se inclinó hacia mí.

—Quiero volver a verte, Giselle. Dame tu teléfono, y así me aseguro de que no te me escapas otra vez —dijo, y sonreí.

Le pasé mi móvil, y él marcó su número para llamarse y así que ambos pudiéramos guardarlos. Luego me besó con pasión, y sentí emociones que no

debía permitir. Mi cuerpo reaccionó, y mi mente, aunque sorprendida, no pudo evitarlo.

Jake llegó a la puerta para despedirse, lleno de entusiasmo:

—¡Adiós, Ethan! Otro día me enseñas tus maquetas en tu ático.

—Claro que sí, campeón —dijo Ethan, inclinándose para chocar los cinco —. Será un día divertido, lo prometo.

Cuando me quedé sola con Jake y Simba, el niño se acercó y me dijo, serio pero emocionado:

—Tía Giselle, Ethan mola mucho más que Sam. Si algún día fuera tu novio, yo estaría encantado con mi nuevo tío.

No pude evitar reírme. Lo cogí en brazos, le di un beso en la frente y le dije:

—Eres un granujilla, Jake, que no sabes lo que dices —y le acaricié la cabeza—. Ahora es hora del baño y de acostarse, que mañana tienes cole.

Mientras caminaba hacia el baño, con Simba a mi lado y Jake en brazos, pensé para mis adentros: sí, Ethan Blackwell no estaría mal como novio… aunque sonara a locura.

Capítulo 19

Ethan

Habían pasado dos días desde que estuve en casa de Giselle. Dos días, y aún me sorprendía que algo tan simple como una tarde con un niño de ocho años y un perro hubiese conseguido instalarse en mi cabeza con tanta obstinación.

Me ocurría algo extraño: cada vez que intentaba concentrarme en cualquier asunto de la empresa, una firma pendiente, un informe a medias o una llamada programada, inevitablemente mi mente regresaba a ese salón pequeño, cálido, donde Simba se empeñaba en subirse a mis piernas y Jake me preguntaba si de verdad los coches de lujo iban más rápido "porque parecían enfadados".

Ni siquiera entendía qué me había pasado allí exactamente. Solo sabía que no me sentía así desde hacía… demasiado tiempo. Años. Décadas quizá, mentalmente hablando. Yo no era un hombre dado a la comodidad emocional. No la ofrecía, y tampoco la buscaba. Lo mío era el control: saber qué esperaba de cada encuentro, de cada persona y, especialmente, de cada mujer. Ninguna tenía permiso para acercarse demasiado; no porque fuese un juego, sino porque esa cercanía siempre acababa costando demasiado.

Pero el domingo… joder. Aquello fue distinto. Y seguía sin saber por qué.

Me había descubierto sonriendo más de la cuenta, relajado hasta el punto de que Marcus no me habría reconocido. No estaba protegiéndome, ni

calculando mis palabras, ni vigilando mis reacciones para mantener esa distancia emocional que durante tantos años había sido mi escudo. Simplemente estaba… allí. Presente. Y cómodo. Con un niño que no era mío y un perro empeñado en robarme el corazón sin permiso.

Y con ella.

Giselle tenía esa capacidad absurda de desarmar a la gente con solo existir. No hacía falta que hablase. Bastaba verla moverse por su casa, recoger un juguete del suelo, reír cuando Simba hacía alguna tontería, o cuando Jake decía algo que a ella le parecía adorable. Esa risa… era ligera, limpia. No estaba contaminada por la amargura ni la desconfianza. Y en cierto modo, me jodía. Porque me recordaba que no todo el mundo había vivido el amor como un arma.

Yo sí.

Y no solo por mis padres. Aunque ellos ya eran suficiente motivo para cualquier neurosis.

En ese momento pensé que tal vez lo que había sentido el domingo no era sobre Giselle en sí, sino sobre algo que llevaba enterrado más de quince años. Algo que creía muerto. Un eco, un fantasma de una vida que había vivido otro Ethan, uno más joven, más estúpido, más ingenuo.

Uno que todavía creía que el amor podía construir algo.

Y la recordé entonces a ella, la única mujer con la que había tenido una relación que se pareciera a algo real. La única con la que me imaginé un futuro que no estuviera diseñado por mis padres ni por *Titán Oil & Energy*.

Teníamos veintitrés años cuando salíamos juntos. Yo había acabado de entrar en la empresa porque mi padre insistió en que “era hora de hacerse un hombre”. Ella estudiaba, trabajaba a media jornada y aun así encontraba tiempo para ser más vital que cualquier persona que había conocido desde entonces.

Tenía tres hermanos pequeños. Tres terremotos de diferentes edades que convertían cualquier fin de semana en una especie de guerra civil doméstica.

Y, sin embargo, cuando yo estaba allí, me sentía… parte de algo. Era un caos, sí. Pero un caos cálido. Real. Sus padres nos pedían a menudo que nos quedáramos con los críos cuando salían a cenar. Y yo iba encantado, aunque jamás lo habría admitido entonces. Me engañaba diciendo que era por estar con ella, y no porque, de alguna manera, yo también quería ser parte de esa pequeña familia desordenada que no tenía nada que ver con la mía.

La veía reír con sus hermanos, pelearse con ellos por la última porción de pizza, organizarles juegos, limpiarles los mocos, curarles una rodilla raspada. Y aún podía recordar una noche en concreto, en la que los tres se quedaron dormidos encima de nosotros, hechos un montón, y ella me miró como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—*Serías un padre increíble* —me dijo entre susurros para no despertar a los críos.

Y, joder, por un segundo lo creí. Creí que ese era mi destino: casarme con ella, formar una familia, tener una vida real. No la vida medidamente perfecta que se esperaba de un Blackwell.

Hasta que sus padres le dijeron que se mudaban a Londres por el trabajo de su padre.

Mantuvimos la relación a distancia durante un año y medio, contra todo pronóstico. Yo iba y venía cuando podía. Ella venía cuando podía también. Y funcionó… hasta que dejó de hacerlo.

Había algo distinto en sus llamadas. Algo más corto, más tenso. Como si evitara decirme algo. Y un día, finalmente, lo dijo.

—*Mi padre me ha presentado al hijo de un compañero de trabajo* —me confesó—. *Nos vemos solo como amigos, nada más. Pero él… bueno… Ethan, la otra noche salimos a tomar algo. Y… nos pasamos de copas. Mucho. Y…*

No hizo falta que terminara la frase; yo ya lo sabía. Podía escucharlo en su voz. Lo había imaginado cien veces durante meses, pero jamás pensé que sería real.

Me sentí traicionado de una manera que no supe cómo manejar. No había gritado, ni insultado, ni dramatizado. Solo colgué. Y aquello fue suficiente para romperlo todo. Meses después supe que se iba a casar con él.

Así que sí. Eso, sumado al ridículo espectáculo que eran mis padres, bastó para convencerme de que el amor no era más que una trampa disfrazada de promesa. Que creer en él era la manera más rápida de joderte la vida.

Y desde entonces, lo mantuve lejos. No lo quería. No lo necesitaba. No era para mí.

Hasta que aparecía Giselle Hartwell en mi salón mental cada dos horas para recordarme que tal vez no tenía las cosas tan bajo control como creía.

Intenté apartar aquella idea de la cabeza. No necesitaba sentir nada por nadie, y menos por una mujer cuyo corazón ya había sido destrozado por otro idiota. Una mujer que merecía algo limpio. Algo que yo no podía darle. Ni quería darle.

Sin embargo, cuando pensé en cómo me miró el domingo cuando Jake se quedó dormido sobre mí, entendí que quizá ya había empezado a complicar las cosas.

Porque me miró como si yo, de alguna forma, perteneciera allí. Como si estar allí con ellos fuera natural. Como si yo pudiera ser más que el hombre que había decidido no amar nunca más.

Suspiré. No iba a permitir que mi cerebro me llevara por ese camino. Otra vez no.

El amor no existía. Lo había visto romper a mi madre día tras día, durante años. Lo había visto corromper a mi padre hasta convertirlo en un hombre al que ni siquiera respetaba. Lo había visto destruir a la única mujer que realmente me importó cuando tenía veintitrés años.

No iba a dejar que me destruyera a mí.

Y si eso significaba mantener a Giselle a distancia… Bueno. O al menos intentarlo. Aunque, por primera vez en muchos años, dudé sinceramente de si

sería capaz.

Me encontré repasando documentos sin leer realmente una sola línea. Martha entró un par de veces a recordarme reuniones, firmas pendientes, una llamada con Bruselas… Y yo asentí como si hubiese procesado algo, cuando en realidad mi mente estaba en otra parte.

Giselle Hartwell era un problema. Y cuanto antes lo aceptara, mejor.

Me dije que solo necesitaba distancia. Volver a mi rutina fría y calculada. Retomar mis… actividades habituales. Con mujeres que sabían perfectamente lo que eran para mí y lo que no serían jamás. Sexo. Sin vínculos. Sin expectativas.

Pero una parte de mí, la parte que llevaba callada demasiados años, tuvo la osadía de preguntarme si realmente era eso lo que quería. En voz baja, casi inaudible, pero allí estaba.

Intenté ignorarla.

Me levanté de la silla y caminé hacia el ventanal, ese que ocupaba toda la pared y dejaba ver la ciudad entera extendiéndose bajo mis pies. Houston a esa hora siempre parecía un anuncio de lujo: coches negros, taxis amarillos, ejecutivos con prisas, cafés en mano, la misma coreografía de siempre. Un escenario perfecto para alguien como yo. Un lugar donde nadie preguntaba nada si tú no querías.

Un lugar que nunca me había exigido sentir.

Suspiré, apoyé la frente contra el cristal y dejé que el frío me despejara un poco. Funcionaba a veces. Pero hoy no. Porque en cuanto cerraba los ojos aparecía ella otra vez.

La forma en que se preocupaba por todo el mundo menos por sí misma. La manera casi torpe, pero encantadora, en que intentaba ocultar cuando algo la emocionaba. Los hoyuelos. Los ojos avellana que parecían iluminarse cuando se relajaba. Y, sobre todo, esa ternura natural que tenía con Jake. No era algo ensayado, ni calculado. Le salía sola.

Y yo… joder, yo me encontré respondiendo a eso de una manera que preferiría no admitir.

Tal vez era porque me recordaba a lo que sentí hacía tantos años, cuando creí que podía formar parte de una familia normal. Tal vez porque ver a una mujer cuidando de los suyos sin pedir nada a cambio era una imagen demasiado poderosa para alguien que había crecido observando a su madre marchitarse emocionalmente bajo la indiferencia de su padre.

O tal vez era simplemente ella. Giselle. Una mujer dulce… pero no débil. Había algo en su manera de sostenerse a sí misma que imponía más que cualquier grito. Y eso me intrigaba más de lo que debería.

Volví a mi escritorio y abrí el portátil intentando obligarme a ponerme serio. Había contratos multimillonarios que dependían de mi atención. Pero la mente no entendía de obligaciones cuando algo se iba por el camino equivocado.

O adecuado. No quería analizarlo.

Para distraerme, pensé de nuevo en aquella chica de cuando tenía veintitrés años. Un recuerdo que creía enterrado bajo toneladas de cinismo. Pero, en realidad, nunca se había ido. Solo dormía.

Recordé exactamente cómo olía su casa: a suavizante y a galletas recién hechas. El sonido constante de los hermanos correteando, gritándose, riéndose. El sofá lleno de mantas y juguetes. Y ella, siempre con una coleta alta, siempre sonriendo, incluso cuando estaba cansada.

La primera vez que pensé en casarme fue con ella. A veces pienso que si sus padres no se hubieran mudado… Quién sabe. Quizá mi vida habría sido otra.

Pero lo que pasó después terminó de moldearme.

Cuando ella me contó lo que ocurrió aquella noche de copas, pensé que mi pecho iba a partirse. Fue una traición directa, sí. Pero también fue una traición a una idea. A la idea de que podía confiar en alguien lo suficiente como para abrirle el corazón y no acabar arrepintiéndome.

Pero el domingo… joder. Todo lo que ocurrió el domingo con Giselle me descolocó. Demasiado. No estaba preparado para eso. Ni quería estarlo.

Y, aun así, aquí estaba, dos días después, pensando más en ello que en cualquier reunión pendiente.

Acaricié la superficie del escritorio, un gesto automático que hacía cuando necesitaba centrarme. La madera oscura siempre había sido un recordatorio del mundo que sí sabía manejar: el mundo de los negocios, de las decisiones frías, del poder medido y controlado.

Pero Giselle no era medible ni controlable. No encajaba en ninguna categoría. Y eso la convertía en un riesgo.

Un riesgo que, para mi desgracia, me atraía más de lo que admitiría jamás.

Intenté concentrarme en otra cosa. Cualquier cosa. Tenía un viaje previsto a Boston la semana siguiente. Podía pensar en eso. O en la junta de accionistas del viernes. O en las declaraciones públicas que había preparado Martha para el nuevo proyecto de energía marina.

Pero mi mente, testaruda, siempre regresaba al mismo sitio.

A la voz de Giselle riéndose cuando Jake intentaba convencerme para jugar a un videojuego. A Simba colocándose entre mis piernas como si me conociera de toda la vida. A ese momento en el que ella se recogió un mechón detrás de la oreja y me miró como si quisiera decir algo, pero no se atreviera.

Y entonces pensé algo que no debería haber pensado. ¿Por qué no podía dejar de recordarla? La respuesta era obvia, pero no quería escucharla. Porque me hacía sentir algo. Porque llevaba demasiados años sin sentir nada auténtico. Porque era peligrosa. Porque era real. Y yo no sabía manejar a alguien “real”.

Me froté la mandíbula y respiré hondo. Tenía que volver a mi equilibrio. A mi frialdad. A mi zona segura. Solo era una mujer. Una mujer dulce, sí. Una mujer jodidamente atractiva, también. Una mujer que acababa de salir de una relación que la destrozó y que probablemente no necesitaba otro hombre complicado en su vida.

Solo una mujer. Solo eso. Me repetí esas palabras como un mantra inútil. Pero no funcionó. No cuando aún podía sentir, casi físicamente, la calidez del domingo. El tipo de calidez que no debería tener cabida en mi vida.

El tipo de calidez que llevaba demasiado tiempo sin permitirme.

Capítulo 20

Ethan

Había algo especialmente irritante en la manera en que mis propios pensamientos insistían en sabotearme. Normalmente, cuando algo me inquietaba, mi mente reaccionaba con la misma frialdad que aplicaba a una negociación compleja: analizaba, separaba emociones, descartaba lo inútil y me quedaba con lo práctico. Pero con Giselle no podía. Y eso me enfadaba más que cualquier otra cosa.

No estaba avanzando nada en el trabajo. Cuando Martha entró para recordarme que tenía la reunión con el consejo en cuarenta minutos, asentí sin pensar. En cuanto salió, solté un suspiro largo y frustrado, pasándome la mano por el cabello.

—Necesito centrarme —murmuré para mí mismo.

Pero era mentira. No necesitaba centrarme; necesitaba dejar de sentir. Y hacía tanto que no sentía nada que no recordaba cómo se apagaban ese tipo de cosas.

Me puse la chaqueta del traje, me ajusté los gemelos y apagué la pantalla del portátil, procurando adoptar mi expresión habitual: esa máscara impenetrable que tantos años me había costado perfeccionar. El Ethan CEO. El Ethan que no se inmutaba. El que no temblaba. El que controlaba.

Pero incluso mientras caminaba por el pasillo hacia la sala de juntas, seguía ahí, en una esquina de mi mente, la imagen de Giselle con su coleta, sus ojos cálidos, su forma de morderse el labio cuando se pone nerviosa. Era ridículo. Conocía a la mujer desde hacía apenas unas semanas. No tenía sentido.

Me forcé a enterrarlo. A empujar la idea fuera de mi cabeza. La reunión fue larga, tediosa, llena de egos inflados y accionistas que creían que su opinión valía más que la mía. Hice lo que tenía que hacer: hablar con firmeza, controlar la sala, tomar decisiones rápidas. Allí, en medio de ese terreno familiar, me sentí más yo.

O al menos la versión de mí que había construido.

Cuando la reunión terminó, volví a mi despacho. Abrí el cajón, saqué otra botella de agua, la destapé y apoyé la espalda contra el sillón.

Intenté convencerme, otra vez, de que lo del domingo no significaba absolutamente nada. A veces, situaciones inusuales hacían que uno se sintiera más vulnerable. Y ella venía de un corazón roto; era lógico que transmitiera cierta fragilidad. Y yo… bueno, yo era un hombre funcional. Sabía adaptarme. Incluso podía parecer protector si la situación lo requería. Eso no significaba que hubiera pasado nada.

Pero esa explicación era demasiado simple para justificar la sensación que me dejó su casa. Ese ambiente íntimo. Los silencios cómodos. Su manera de mirarme como si no me viera solo como un CEO, o como el hombre que la besó sin pensarlo en aquella habitación de hotel en París, sino como alguien… confiable.

Confiable. La palabra me quemó por dentro. Nadie me había visto así desde que tenía veintitrés años. Y quizás por eso me afectaba tanto.

Miré el reloj. Aún quedaban horas para terminar la jornada. Y la sola idea de seguir así el resto del día me pareció insoportable. Necesitaba aire. Distancia. Una distracción lo suficientemente grande como para arrancarme esa sensación de la cabeza.

Así que decidí bajar a uno de los gimnasios privados que teníamos en la planta baja del edificio. Rara vez lo usaba a esas horas, pero sabía que estaría casi vacío. Y necesitaba vaciarme de pensamientos.

El entrenador personal, un tipo llamado Chase, levantó la mirada sorprendido cuando entré.

—Señor Blackwell —dijo, acercándose—. ¿Quiere que prepare algo rápido?

—Pesas. Y quiero acabar destrozado —le ordené sin rodeos.

—Eso puedo hacerlo.

Y lo hizo. Chase tenía esa habilidad que tanto apreciaba: no hacía preguntas. No intentaba entablar conversación más allá de lo funcional. No pretendía ser simpático. Solo ponía más peso, más repeticiones, más intensidad.

Perfecto.

Durante casi una hora levanté, empujé, cargué y forcé cada músculo de mi cuerpo hasta que literalmente sentí un temblor en los brazos. El sudor me corría por la espalda. Mis pulmones ardían. Y por primera vez en todo el día, mi cabeza estuvo en silencio.

Pero solo durante unos minutos.

Cuando me senté en el banco, intentando recuperar el aliento, el silencio se llenó de inmediato con el mismo recuerdo de siempre: Giselle sonriendo cuando nos despedimos, como si yo hubiera hecho algo más que estar allí. Como si mi presencia, mi ser, pudiera generar felicidad en alguien.

Eso… joder, eso sí que no sabía manejarlo.

Terminé la sesión, me duché rápido en los vestuarios privados y volví al despacho con el cuerpo más ligero pero la mente igual de intratable. Me pasé las manos por el rostro, frustrado. La mañana avanzó lenta. Atendí llamadas, revisé informes, di instrucciones. Todo en modo automático.

Y, aun así, cada vez que parpadeaba, volvía a verla.

Giselle. Con su ropa sencilla pero elegante. Con ese aire dulce que no intentaba ser dulce. Con esa fuerza oculta que descubrí en su mirada cuando me confesó que su marido la había dejado por otra. Una mujer que había sufrido, que estaba reconstruyéndose, y que aun así tenía la capacidad de iluminar una habitación sin proponérselo.

Por supuesto que me atraía. Sería de idiotas negarlo. Pero no era solo atracción. Eso era lo realmente peligroso.

Había reglas en mi vida. Reglas que me mantenían a salvo. Y Giselle… las rompía todas sin siquiera intentarlo.

—Esto no puede ir a ninguna parte —me dije en voz baja.

El sonido rebotó contra las paredes del despacho. No podía ir a ninguna parte, repetí mentalmente. No con mi pasado. No con lo que vi en mi familia. No después de haberme prometido que nunca más permitiría que una mujer tuviera la capacidad de hacerme daño.

Y, sin embargo, al cerrar los ojos, lo único que veía eran los suyos, cálidos y marrones, mirándome como si yo fuera alguien que valía la pena conocer.

Suspiré, resignado. Era solo el inicio. Lo sabía. Y aquello era precisamente lo que me aterraba.

Marcus había vuelto de Nueva York la tarde anterior. Me había enviado un mensaje escueto: *"Llegué. Mañana hablamos"*. Lo típico en él. Directo, práctico y, sin embargo, siempre atento. Sabía que venía cargado de informes, acuerdos preliminares y noticias sobre los clientes con los que se había reunido.

Yo esperaba una conversación de trabajo. Nada más. De hecho, la buscaba. Necesitaba sumergirme en algo que no tuviera nada que ver con una mujer de ojos avellana que no salía de mi cabeza.

No tardé en escuchar su voz al otro lado de la puerta antes de que Martha siquiera anunciara su llegada.

—¿Se puede? —preguntó con ese tono despreocupado que solo él utilizaba al entrar en mi despacho, como si no estuviéramos a cargo de una de las mayores multinacionales energéticas del país.

—Pasa —respondí, sin apartar la vista de unos informes que ni siquiera estaba leyendo.

Marcus entró sin ceremonias, dejó su chaqueta sobre una de las sillas y se desplomó en la otra frente a mi escritorio.

—Nueva York fue un infierno de tráfico, pero los contratos están prácticamente cerrados —dijo, estirándose como si acabara de correr un maratón—. El cliente japonés quiere ajustar un par de cláusulas. Nada serio.

—Bien —respondí, intentando sonar centrado.

Pero Marcus me conocía demasiado bien. Sus ojos verdes se entrecerraron un poco, analizando mi postura, mi expresión, todo.

—Vale —dijo lentamente—. ¿Qué coño te pasa?

—¿A qué te refieres? —contesté con frialdad de manera automática.

—A que tienes la misma cara que cuando descubriste que el contable había escondido un agujero de cinco millones para cubrir las cagadas del departamento de infraestructura —soltó, cruzándose de brazos—. ¿Ha pasado algo? ¿Algo serio?

Iba a decir que no, que todo estaba bien, que estaba cansado, que había dormido mal. Una excusa cualquiera. Pero antes de que pudiera pronunciar nada, él añadió:

—¿Tiene algo que ver con Giselle?

Levanté la vista, sorprendido.

—¿Qué?

—Ah, así que sí —respondió con una satisfacción irritante y volteé los ojos.

—No ha pasado nada —mentí.

Marcus rio por lo bajo.

—Ya. Claro. Nada. Por eso tienes esa cara de "voy a romper algo o voy a pensarlo demasiado". Te conozco desde que éramos unos críos, Ethan. No me jodas.

Preferí no responder. Marcus se tomó eso como una confirmación.

—Bueno —dijo, apoyándose en el respaldo—. Ya que estamos con el tema… ¿por qué coño no me contaste nada de la noche de Fin de Año?

Fruncí el ceño.

—¿Qué hay que contar?

—¿En serio? ¿Te parece normal? ¿Vas a París, conoces a una mujer, te vas a su suite, te metes con ella en la cama y no se te ocurre mencionarlo?

Le lancé una mirada afilada.

—No lo veía necesario.

Marcus sonrió de forma amplia.

—No lo veías necesario… Ya. ¿Y desde cuándo no consideras necesario contarle a tu mejor amigo que te has enredado con una mujer que resulta ser conocida de Naomi?

Me incliné hacia atrás en mi silla.

—No sabía que Naomi la conocía.

—Yo tampoco la conocía —replicó Marcus—. Naomi me dijo que era su compañera de trabajo. Una asistente de dirección brillante. Siempre hablaba

de ella, pero como “una mujer casada”. Y, por lo que contaba del marido, no parecía mal tipo.

Entrecerré los ojos.

—¿En qué sentido?

—En el que de nadie en el entorno de Giselle esperaba que él fuese a dejarla. Y menos así. Fue una sorpresa para todos.

Incliné la cabeza ligeramente.

—¿Crees que podría intentar volver con ella?

Marcus se encogió de hombros.

—No lo sé. Los hombres imbéciles hacen cosas imbéciles todo el tiempo. Pero si lo hiciera, sería una estupidez monumental.

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Por lo que Naomi me ha dicho, a Giselle le dolió muchísimo. No solo que la dejara, sino cómo lo hizo. No la ve dispuesta a darle una segunda oportunidad. Y menos aún… —pausó un segundo, como disfrutando del momento—… si ya se ha liado contigo.

Me quedé en silencio. Marcus sonrió al ver mi gesto.

—Gracias, Marcus. Como siempre, muy sutil —respondí con sarcasmo.

—Es mi don natural —dijo, moviendo las cejas.

Me levanté, caminando hacia el ventanal. La ciudad se extendía bajo nosotros, enormes ríos de coches y edificios de cristal recibiendo la luz de la mañana. Pero no lo veía. Solo escuchaba la voz de Marcus a mi espalda.

—Vale, ya. ¿Vas a contarme qué pasa o tengo que adivinarlo? —insistió, y respiré hondo.

—Pasé el domingo con ella —dije finalmente—. Con Giselle. Y con su sobrino. Y con su perro.

Hubo un silencio, seguido de un resoplido sorprendido.

—Coño… eso sí que no me lo esperaba —se levantó y vino a ponerse a mi lado—. ¿Estás bien?

—No lo sé —respondí con una sinceridad que me sorprendió incluso a mí.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

Me pasé la mano por la nuca, incómodo.

—Que esa mujer tiene algo que… me descoloca.

Marcus soltó una carcajada suave.

—¿Descolocar? ¿Ethan Blackwell, el hombre que puede negociar con seis directores hostiles sin pestañear, descolocado por una mujer adorable con perro? Hostia, me encanta.

Le lancé una mirada afilada, pero él siguió hablando.

—¿Eso significa que…? —sonrió con malicia— ¿Te vas a atrever a abrirte? ¿A conocer a una mujer de verdad?

—No empieces —resoplé—. Ya sabes que el amor no es para mí.

—Sí, claro —dijo Marcus, volteando los ojos—. Lo he oído tantas veces que debería tatuármelo. Pero voy a decirte algo, y esta vez escucha: el amor sí es para ti. Simplemente no lo has visto bien. El matrimonio de tus padres es una pantomima. Es conveniencia, fachada, acuerdos silenciosos para no matarse mutuamente. No tiene nada que ver contigo.

—Tampoco quiero que tenga que ver conmigo —respondí, casi gruñendo.

Marcus iba a replicar, pero en ese momento sonó el intercomunicador. La voz de Martha, seria y firme, llenó el despacho.

—Ethan, está aquí tu madre. Dice que necesita hablar con usted.

Marcus me miró de inmediato. Yo tragué saliva.

—Que pase —ordené, aunque mi voz sonó más tensa de lo que quería.

Pasaron apenas unos segundos antes de que la puerta se abriera y mi madre, elegantísima como siempre, entrara. Tenía los ojos ligeramente hinchados, pero mantenía la postura recta y el mentón alto.

—Buenos días, Marcus —dijo nada más verle.

—Elena —respondió él, acercándose para besarle la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Lo veremos en un momento —respondió con una sonrisa triste.

Marcus me miró, entendiendo que debía dejarnos a solas. Me dio una palmada en el hombro de camino a la puerta.

—Estoy en mi despacho si necesitas algo —murmuró.

Cuando se marchó, mi madre exhaló como si llevara horas conteniendo el aliento.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Ella se sentó sin esperar invitación. Apretó el bolso entre las manos. Luego levantó la mirada hacia mí y dijo:

—Es oficial. Tu padre… me ha pedido el divorcio.

Me quedé inmóvil. Durante unos segundos no pensé nada. No sentí nada. Como si la frase hubiera rebotado contra mí sin entrar.

Pero luego llegó el impacto. Lento. Doloroso. Profundo.

—Entiendo —dije finalmente, aunque no entendía nada. O sí. Siempre supe que ese matrimonio estaba roto desde hacía décadas, pero oírlo… verlo

materializado… era otra cosa.

Mi madre bajó la mirada y sus ojos brillaron.

—No quiero que te preocupes —susurró.

—Voy a ocuparme de todo —respondí de inmediato, sentándome frente a ella—. No voy a permitir que él te deje sin nada. Te lo prometo.

Saqué el móvil y llamé a mi abogado.

—Quiero que nos veamos esta mañana. Es urgente. Asunto familiar. —Colgué sin esperar réplica.

Mi madre levantó la vista y rozó mi mano con la suya.

—No estás sola —dije con una seguridad que se podía tocar en ese momento.

—Lo sé —respondió.

Sus ojos se humedecieron, y los míos, por un segundo, querían hacer lo mismo. Y en ese instante pensé en todo lo que había rechazado durante mi vida. En todo lo que había decidido no sentir. En mi relación fallida de juventud. En el dolor de mi madre todos esos años. En cómo el amor parecía siempre un arma afilada destinada a desgarrar a quien lo tocara.

Y pensé en Giselle. En si merecía que yo la arrastrara a un mundo donde el amor solo servía para destruir. En si podría hacerla daño sin querer. En si podía permitirme el lujo de sentir algo por ella.

Y la respuesta fue clara. No podía. No debía. Lo mío era el sexo sin más. Sin riesgos. Sin promesas. Sin futuro.

Y si por ahora la mujer que me atraía era Giselle… que fuera solo eso. Nada más.

Capítulo 21

Ethan

Habían pasado dos días desde que mi madre entró en mi despacho para decirme que mi padre le había pedido el divorcio. Dos días en los que había intentado, sin éxito, mantener la mente ocupada en cualquier otra cosa. Pero cada vez que me quedaba solo, cada vez que el silencio me alcanzaba, volvía a verla: su rostro sereno escondiendo un dolor que llevaba años intentando disimular, la dignidad con la que sostenía algo que habría destrozado a cualquiera.

Y volvía a sentir rabia. Una rabia fría, profunda, que me recorría como un veneno.

Aquel día, sin embargo, no podía aplazar más lo inevitable. Mi padre quería cenar conmigo. Formal, según él. “Para hablar del asunto como hombres”. Me había enviado el mensaje su asistente, por supuesto. Charles Blackwell no se rebajaba a pedir nada directamente si podía delegarlo.

Aun así, acepté.

No porque quisiera verlo. Sino porque iba en representación de mi madre. Porque pensaba asegurarme de que no la dejara sin nada. Porque llevaba demasiado tiempo destruyéndola en silencio. Y porque, después de tantos años aguantando, por fin tenía la oportunidad de colocarle delante un espejo que le devolviera cada una de sus miserias.

Reservó un restaurante elegante en el centro. Lo típico: manteles blancos, camareros enchaquetados, música suave que pretendía sonar cara y un ambiente tan pulido que casi podía percibirse el olor al dinero viejo. El tipo de lugar que mi padre disfrutaba porque lo hacía sentirse importante.

Lo encontré sentado ya en la mesa, con una copa de vino tinto en la mano, impecable como siempre. Traje azul oscuro, pelo blanco peinado hacia atrás, expresión dura.

—Ethan —me saludó sin levantarse.

—Padre.

Me senté frente a él y no nos dimos la mano. Nunca lo hacíamos fuera de los eventos públicos. Él hizo un gesto al camarero para que nos sirvieran más vino. Yo lo dejé sin tocar.

—Bien —empezó—. Sabía que aceptarías venir; es necesario.

—He venido —respondí con una calma más que estudiada— en representación de mi madre.

Sus cejas se arquearon ligeramente.

—¿Representación? Elena sabrá manejarlo. No es una niña.

—No voy a permitir que la jodas en este proceso —dije con firmeza—. Ni que intentes dejarla sin lo que le corresponde.

Mi padre me observó con esa mezcla suya de curiosidad y superioridad, como cuando analizaba un nuevo contrato.

—¿Y qué crees que le "corresponde"? —preguntó.

—Una división justa de todo lo que habéis construido desde el día en que os casasteis. Y quiero que quede claro: no permitiré que te escaquees ni un centímetro.

Mi padre soltó una risa baja.

—Siempre tan intenso.

—Siempre tan cabrón —respondí, sin suavizar nada.

Su sonrisa se borró. El camarero dejó nuestras entradas en la mesa y se retiró con la rapidez de quien sabía que lo mejor en esos casos era no oír nada.

—No has venido a cenar, ya lo veo —dijo mi padre.

—He venido a decirte verdades que hace años deberías haber escuchado.

Tomé aire, conteniéndome.

—Deberías haberla respetado. —Mi voz salió firme, helada—. Nunca debiste permitir que ella supiera lo de tus amantes. Y si lo sabía… nunca debiste pavonearte con ellas en galas, en cenas, en viajes.

Mi padre se inclinó ligeramente hacia atrás, observándome como si fuera un niño que pataleaba por una rabieta.

—No fue para tanto —respondió con una tranquilidad irritante.

Mi mandíbula se tensó.

—¿No fue para tanto? La humillaste durante décadas. Y, aun así, ella nunca dijo una palabra. Nunca se rebajó a tu nivel. Tú eres el que destruyó ese matrimonio, no ella.

Él bebió un sorbo de vino, sin alterarse.

—Sabía dónde se metía cuando se casó conmigo. No soy un hombre fácil. Nunca lo fui.

—No, no lo eres —repuse—. Pero eso no te excusa de ser un hijo de puta.

Mi padre levantó una ceja, como sorprendido por la crudeza de mis palabras.

—Cuida tus maneras… —murmuró—. Te falta perspectiva, Ethan.

—No, lo que me sobra es paciencia.

Él sonrió, ladeando ligeramente la cabeza.

—Quizá Elena debería agradecer que no fue peor.

Aquello me heló.

—¿Peor? —repetí con incredulidad.

Entonces él añadió, con esa voz suya grave, calmada, como quien discutía de acciones, no de personas:

—Eres demasiado sentimental con este tema, hijo.

El "hijo", dicho así, con desprecio y distancia, me quemó. Y él lo sabía. Cuando continuó, lo hizo con esa frialdad que siempre había utilizado como arma:

—Deberías agradecer que yo nunca te obligué a casarte por conveniencia, igual que hicieron conmigo. Porque si hubiera querido, haría años que estarías infelizmente casado con alguna pobre chica, en vez de follando con todas las que pasan por tu cama.

Ahí perdí el control. Me puse en pie de golpe, apoyando las manos en la mesa con fuerza. Algunos comensales giraron la cabeza.

—No soy como tú. Y nunca lo seré. Jamás debiste aceptar casarte con mamá. Debiste enfrentarte a tu padre, debiste anular ese compromiso. Pero no. Preferiste obedecer como un perro, porque eres incapaz de tomar una decisión valiente.

Mi padre no reaccionó con enfado, sino con algo peor: una sonrisa helada, apenas perceptible.

—¿Valiente? —repitió—. Cuando tu padre te dice que la mejor opción para mantener la posición y el control de la empresa es casarte con quien él

dice… lo haces.

Me miró fijamente a los ojos.

—Y tú eres la prueba viviente de ello.

Fruncí el ceño.

—¿Qué coño significa eso?

Mi padre dejó la copa en la mesa, despacio, con un gesto calculado.

—Significa —dijo con una suavidad venenosa— que, si quieres hablar de valentía… deberías empezar por tu madre.

Un silencio cayó entre nosotros, y poco después él continuó:

—Tu madre tenía un amor de juventud. Un hombre al que, por cierto, nunca olvidó. Ni siquiera después de casarse conmigo.

Mi corazón dio un vuelco.

—Padre. No sigas.

Pero siguió. Porque siempre había disfrutado destruyendo.

—¿Quieres saber cuánto lo recordaba? —preguntó—. Tanto, que decidió ponerle su nombre a su propio hijo.

Yo dejé de respirar. Mi padre sostuvo mi mirada, implacable.

—Siempre he tenido la duda, Ethan… La duda de si eres realmente mi hijo. O si eres el hijo de ese otro hombre al que ella amó más que a mí. Más que a todo.

El mundo se detuvo. Mis ojos se abrieron desmesuradamente. El aire dejó de entrar en mis pulmones. El ruido del restaurante desapareció. Me quedé en shock.

Cuando recuperé la capacidad de mover la lengua, mi voz salió rota, irreconocible.

—No vuelvas a hablar de mi madre como si fuera una cualquiera.

Mi padre me sostuvo la mirada, frío, inmutable.

—Acepta —continué, con voz baja pero peligrosa— todo lo que voy a pedir en este divorcio. Cada cláusula. Cada bien. Cada cifra. O te juro por Dios que te haré la vida imposible. Y no pararé hasta arruinarte por completo.

Mi padre entrecerró los ojos, evaluando si era una amenaza vacía. Pero no lo era y él lo sabía.

Mi padre no desvió la mirada. No pestañeó. No mostró arrepentimiento, ni duda, ni culpa. Solo esa expresión suya que siempre había llevado puesta, la de un hombre que cree que el mundo es una extensión de su voluntad.

—¿Arruinarme? —repitió en un susurro cargado de ironía—. Eres mi hijo, Ethan.

—¿Sí? —me giré, como si necesitara recordar dónde quedaba la salida—. ¿No acabas de decir que lo pones en duda?

Ahí le di donde dolía. Pude verlo. Una pequeña fisura en su máscara. Mínima, casi invisible. Pero estaba. Aun así, su voz salió serena:

—Lo que he dicho es que tuve la duda. No que la diera por cierta.

—No me tranquiliza —respondí—. Y tampoco te disculpa.

El camarero se acercó para preguntar si todo estaba bien, pero mi padre le dedicó una mirada tan afilada que el pobre hombre retrocedió sin decir una palabra.

Yo seguía de pie. Mi respiración era tensa, irregular. Tenía el pulso acelerado. Intenté obligarme a sentarme de nuevo, no por él, sino porque necesitaba recuperar la compostura. Al final lo hice, aunque el cuerpo me temblaba ligeramente.

Mi padre se acomodó en la silla como si aquello no fuera más que una reunión tensa entre ejecutivos.

—Tu madre nunca pudo olvidar a aquel hombre —continuó, como si no acabara de soltar una bomba—. Fue un gran inconveniente al principio del matrimonio.

Cerré los ojos un segundo. Intenté no gritar. Intenté no partirle la cara allí mismo.

—¿Te estás oyendo? —pregunté, incrédulo—. ¿Eres capaz de escuchar la mierda que estás diciendo? Ella tenía veinte años. Se casó contigo obligada. ¿Y aún tienes los huevos de reprocharle no estar enamorada de ti?

Mi padre apoyó los codos en la mesa. Sus dedos, largos y blancos, se entrelazaron con tranquilidad.

—No estoy reprochando nada —respondió—. Estoy explicándote los hechos. Tu madre tuvo una juventud distinta a la mía. Y vivió un amor diferente antes de casarse conmigo. Yo lo respeté.

—Ah, ¿sí? ¿Con amantes? ¿Con humillaciones? ¿Con escapadas públicas con tus queridas?

—Esa parte vino después —concedió.

—Perfecto. Entonces quedamos en que eres un cabrón coherente.

Él ignoró la provocación. Siempre lo hacía. Era un experto.

—Elena era una buena esposa —dijo—. Una buena madre. Pero no estuvo enamorada de mí ni un solo día. Eso también es una forma de infidelidad.

Aquello me arrancó una carcajada amarga.

—¿En serio estás comparando eso con tus treinta años de engaños? ¿Con tus treinta años de dejarla sola? ¿Con tus treinta años de pisotearla en público?

Mi padre arqueó una ceja, impasible.

—El amor no se sostiene por sí solo, Ethan. Ella lo sabía. Yo también.

—No hables de amor como si lo entendieras.

Esa vez sí reaccionó. Fue leve, pero lo vi: una sombra cruzó su mirada. Yo conocía bien a Charles Blackwell. Sabía cuándo una frase le tocaba un nervio.

—Sé más de lo que crees —contestó.

—Ah, ¿sí? —incliné la cabeza, incrédulo—. ¿Y qué sabes tú del amor? Porque lo único que has demostrado en tu vida es que eres incapaz de mantener un compromiso sin mancillarlo.

—Sé que el amor debilita —contestó sin titubear—. Que te vuelve vulnerable. Que te hace dependiente.

—A ti te debilitó tu propio ego —repliqué.

—Y a tu madre la debilitó su nostalgia por aquel otro hombre —sentenció él.

Mi puño se cerró sobre la mesa. El cristal de la copa tintineó por la vibración.

—Esta es la última vez —dije, con voz baja, contenida, oscura— que mencionas a ese hombre para hablar de mi madre. La última. ¿Entendido?

Mi padre observó mi mano tensa. Luego alzó la vista de nuevo hacia mí.

—No te imaginas lo difícil que fue al principio —añadió, como si buscara provocarme—. Ella lloraba por él. Nunca te lo contó, ¿verdad?

Mis dientes rechinaron.

—Cállate.

—No me importa decirlo. —Su tono era casi pedagógico—. Era una chica muy joven, muy sensible. Pero tu abuelo no le dio elección. A ninguno de los dos, en realidad.

Me incliné hacia adelante.

—Mi madre siempre actuó con dignidad. Siempre. Y tú la traicionaste cada día de tu matrimonio. Si ella tenía un pasado, es exclusivamente suyo. A ti jamás te dio motivos para dudar de su lealtad.

Mi padre ladeó la cabeza, como si me estuviera observando bajo una lupa.

—¿Lealtad… o resignación?

—¿Qué insinúas?

—Que quizá, si hubiera seguido ese primer camino, habría sido más feliz. Y tú… bueno. Tú serías otro hombre.

El golpe fue directo. Preciso. Calculado.

—¿Estás diciendo que yo arruiné su vida? —pregunté, sin reconocer mi propia voz.

—Estoy diciendo que quizá —respondió él, encogiéndose de hombros—, si las cosas hubieran sido distintas, tu madre habría tenido otra clase de vida. Otro marido. Otro hijo. O… quizá el mismo. Nunca lo sabremos.

No pude evitar la sensación de que el suelo se movía bajo mis pies. Mi madre enamorada de otro hombre. Mi nombre, heredado de él. La duda sobre mi paternidad. Todo en una misma noche.

Me quedé mirándolo. Intentando encontrar algo humano en su rostro. Algún rastro de empatía. Algún indicio de que tal vez no era tan monstruo como creía.

Pero no había nada. Solo Charles Blackwell. El hombre que siempre antepondría su orgullo a cualquier persona.

Incliné la cabeza un segundo, respiré hondo y lo dije:

—Acepta el acuerdo del divorcio. Todo. Exactamente lo que pida mi madre. O te juro que dedicaré el resto de mi vida a destruirte.

Mi padre sonrió, una sonrisa lenta pero muy estudiada, esa que conocía bien.

—Siempre supe que tenías carácter —dijo.

—Y yo siempre supe —respondí— que tú solo entiendes los límites cuando amenazan tu bolsillo.

Él dejó la servilleta sobre la mesa, señal de que para él la conversación había terminado.

—Veremos —afirmó—. Hablaré con mi abogado.

—Perfecto —dije, poniéndome en pie—. Porque yo ya he hablado con el mío.

Mi padre asintió. Ni un reproche. Ni una disculpa. Ni un indicio de arrepentimiento. Nada. Solo un hombre al que le acababan de arrancar la máscara, pero que prefería seguir fingiendo que no pasaba nada.

Me di media vuelta y me fui sin despedirme.

Capítulo 22

Ethan

Salí del restaurante sin mirar atrás. El aire frío de la noche me golpeó la cara como si quisiera arrancarme de un latigazo todo lo que acababa de escuchar. Pero no funcionó. Nada funcionaba. El veneno de sus palabras seguía ahí, circulando, expandiéndose, colándose en cada rincón de mi mente.

"Siempre tuve la duda". "Tu madre nunca olvidó a ese hombre". "Te puso su nombre".

Abrí el coche de un tirón, me dejé caer en el asiento del conductor y cerré la puerta con fuerza. El silencio dentro del vehículo fue inmediato, pesado, casi asfixiante. Y yo no quería silencio. No lo soportaba. No después de aquello.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula y arranqué. No pensé a dónde iba. Ni siquiera miré el GPS. Solo conduje.

Aceleré más de lo que debía. Más de lo que era sensato. La ciudad pasó veloz a ambos lados, una mezcla de luces borrosas y sombras alargadas. Mis manos estaban tensas en el volante, los nudillos estaban blancos y mi respiración era irregular.

—Hijo de puta… —murmuré, golpeando el volante con la palma. Mi propia voz sonó extraña. Rasgada.

¿Cómo había podido decirme eso? ¿Cómo había tenido la frialdad de insinuar que yo podría no ser su hijo? ¿Cómo había podido hablar así de mi madre?

Sentí una punzada en el pecho. No sabía si era rabia, incredulidad o algo parecido al miedo. No estaba acostumbrado a sentir miedo. No de ese tipo. Pero la sola idea de que mi origen pudiera ser una mentira… de que mi madre hubiera arrastrado un amor imposible toda su vida… de que mi nombre pudiera ser una sombra de otro… No sabía procesarlo.

Ella no haría eso. No haría que un hombre cargara con el hijo de otro. No, mi madre no. Pero la duda estaba ahí. Clavándose como una astilla en la parte más vulnerable de mi mente.

Apreté más fuerte el volante. Era absurdo. Absurdo. Mi padre solo quería joderme. Era un experto en ello. Era lo único que sabía hacer bien. Y aun así… su voz seguía repitiéndose en mi cabeza como un eco imposible de apagar.

"Tu madre lloraba por él." "Nunca olvidó a ese hombre."

Golpeé el volante otra vez.

—Cállate, joder…

Pero mi cerebro no me hizo caso.

Conduje durante minutos que pudieron haber sido horas. No lo sabía con certeza. Perder la noción del tiempo era un síntoma claro de que estaba mucho peor de lo que pensaba.

Cuando al fin levanté la vista para ver dónde estaba, reconocí el edificio. El edificio de Vivienne.

Frené. No recordaba haber girado hacia esa calle. No recordaba haber cogido la avenida que llevaba a su zona. No recordaba haber pasado por su barrio. Pero ahí estaba.

Su portal iluminado. La entrada elegante, moderna, casi pretenciosa. Un símbolo perfecto de ella misma.

Suspiré y me pasé una mano por el pelo. Sentí el temblor leve en mis dedos. Abrí el móvil y mi pulgar se quedó suspendido sobre la pantalla, a centímetros de pulsar su contacto. Y en ese instante, sin buscarlo, sin quererlo, me vino otra imagen a la mente.

Giselle.

Su sonrisa tímida. Sus hoyuelos. La forma en que miraba cuando intentaba disimular que algo la enternecía. Su voz suave. Simba durmiendo a mis pies. Jake riéndose en el sofá. Yo sintiéndome… cómodo. Demasiado cómodo.

Me quedé quieto con el móvil en la mano, sin moverme. Durante un segundo pensé en marcar su número. En escuchar su voz. En que, de algún modo absurdo, quizá aquello podría calmarme. Darme paz. Pero fue solo eso: un segundo.

Porque justo después apreté los dientes, recordando la voz de mi padre, recordando su veneno, y la idea se evaporó. Yo no estaba hecho para la paz.

Marqué el número de Vivienne y ella tardó apenas dos segundos en responder.

—Vaya, vaya… —Su tono salió como un ronroneo satisfecho—. ¿No es un poco tarde para un saludo de cortesía, Titán?

—Estoy en tu puerta —dije sin rodeos—. ¿Puedo subir?

Escuché su risa. Esa risa suya segura, provocadora, consciente de su poder.

—Sube. Te espero en la cama.

Y colgó. No hubo más.

Guardé el móvil en el bolsillo, salí del coche y cerré la puerta con un golpe seco. Crucé la acera con pasos largos, tensos, subí los escalones y pasé la

tarjeta en el portón del edificio. El ascensor tardó tres segundos en bajar, que a mí se me hicieron eternos.

Dentro, me apoyé en la pared, intenté respirar hondo, pero el aire se me quedaba corto. Todo seguía golpeándome por dentro, como si cada respiración arrastrara consigo un fragmento del veneno de mi padre.

El ascensor llegó, salí y caminé hasta la puerta. Estaba entreabierta. Vivienne siempre hacía eso. Le gustaba teatralizarlo todo. Empujé con la mano y entré.

El apartamento estaba en penumbra, solo iluminado por luces cálidas en el salón y la tenue iluminación del pasillo que llevaba a su dormitorio. Caminé despacio, notando cómo mis pasos resonaban sobre el suelo de madera. Y la vi.

Tumbada sobre la cama. Completamente desnuda. Esperándome como si yo fuera una orden y ella, una respuesta.

Vivienne sonrió despacio, como un depredador satisfecho.

—Me ha sorprendido que vinieras —susurró.

Su voz era seda. Seda y fuego. Y yo aún tenía dentro una tormenta. Era un hombre cabreado, herido, confundido, desesperado por apagar algo que ardía demasiado.

Me acerqué sin decir una sola palabra. Vivienne se incorporó ligeramente, sus dedos recorriendo mi camisa, desabrochando el primer botón como si quisiera demostrar que tenía control incluso sobre mi respiración.

—Estás tenso —murmuró contra mi cuello—. Perfecto.

No me reconocí en el reflejo de la lámpara. Tenía los ojos oscuros. Demasiado. Ella lo notó; eso le encantaba. Y en ese instante su boca encontró la mía.

No hubo delicadeza. No hubo calma. Solo hambre. Furia. Necesidad de arrancarme de encima cualquier pensamiento que no fuera ella.

Ella me atrajo hacia la cama con fuerza, sin sorpresas, sin timidez, sin dudas. Su cuerpo se pegó al mío en un movimiento fluido, seguro, calculado. Conocía mis límites. Y sabía exactamente cómo empujarme más allá de ellos.

Yo necesitaba perderme. Y ella era experta en eso.

Sus manos recorrieron mi torso mientras yo me deshacía de la camisa. Sus labios se deslizaron por mi cuello con intención deliberada. Mi respiración se aceleró. La suya también. No hacía falta hablar. Ella sabía lo que buscaba esa noche.

Olvidar. Apagar. Destruir por un momento el mundo exterior.

Mi ropa desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y en cuanto Vivienne me tuvo desnudo, me recostó en la cama y comenzó a moverse sobre mi cuerpo como lo haría una serpiente encantadora. Se deslizaba despacio, besándome todo el cuerpo, arañándome la piel centímetro a centímetro, pero sin dejar marcas porque sabía que eso no lo tenía permitido.

Yo no apartaba la mirada de ella y veía en sus ojos el deseo y la necesidad de tenerme donde y como le gustaba. No tardé en sentir sus labios, esos que siempre lucía de un rojo intenso, rodeando mi miembro duro y erecto. Un leve gruñido escapó de mis labios cuando comenzó a subir y bajar con sus labios alrededor de mi masculinidad, dejando un rastro caliente y húmedo con su lengua.

Comenzó a moverse más y más deprisa cada vez, de modo que podía sentir el glande rozando su garganta. Llevé mi mano a su cabello, lo cogí con fuerza y me dejé llevar por el momento y la rabia, por la furia que sentía desde que mi padre había abierto la boca para decir todas aquellas sandeces. Y moví mis propias caderas para enterrarme más profundamente en su garganta.

Me detuve justo a tiempo para no correrme como un maldito crío en su primera vez, la aparté, cogí un preservativo que ella había dejado sobre la mesilla, me lo coloqué y la hice ponerse de rodillas sobre la cama, elevé sus caderas y comencé a penetrarla con fuerza, rápido y tan profundamente que la sentía temblar entre mis manos.

No me detuve, no medí mis fuerzas y eso a ella no le importaba. Vivienne siempre había sabido cómo manejar estos momentos en los que algo me tensaba de tal manera que necesitaba liberarme de ello, y el mejor modo que conocía, además de con algo de ejercicio pesado en el gimnasio, era con sexo.

Seguí embistiendo una y otra vez, penetrándola con fuerza, notando cómo la cama crujía bajo nuestros cuerpos, cómo se movía y cómo el cabecero golpeaba contra la pared, uniéndose en el silencio de esas cuatro paredes al sonido de nuestros gemidos y respiraciones entrecortadas.

El encuentro fue intenso. Urgente. Sin pausas. Sin espacio para la cordura. Sin margen para el pensamiento.

Ella se aferró a mí como quien reclamaba un territorio. Y yo me aferré a ella como quien necesitaba un incendio para quemar algo dentro que no puede controlar.

Fue salvaje. Fue físico. Fue una descarga que necesitaba. Una manera desesperada de sacar de mi cuerpo toda la rabia que me había metido mi padre.

Cuando terminó, ambos respirábamos con fuerza, con el sudor marcando la piel y la habitación impregnada de un silencio cargado.

Vivienne se dejó caer sobre la almohada y sonrió, victoriosa.

—Quédate —murmuró, como siempre, estirando un brazo hacia mí.

Yo me senté al borde de la cama, aún sin aliento.

—No —respondí, igual que siempre.

Me puse de pie, recogí mi ropa y me vestí con movimientos lentos pero seguros. Vivienne me observaba, entre divertida y molesta.

—Algún día —dijo, mordiéndose el labio— vas a querer quedarte. Lo sé.

Cerré el último botón de la camisa.

—No va a pasar.

Me acerqué a la puerta. Pero esta vez, antes de salir, me detuve un segundo.

Sentí dentro una… carencia. Algo que no había sentido nunca después de estar con Vivienne. Ni con ninguna otra. Había sido salvaje. Había sido justo lo que buscaba para quitarme la tensión.

Y aun así… Me faltaba algo. No sabía qué. O sí lo sabía, pero no quise admitirlo.

Finalmente, salí sin mirar atrás.

Capítulo 23

Giselle

Era sábado por la mañana, y la luz del sol entraba por la ventana de la cocina, iluminando todo con un tono cálido y acogedor. Estábamos sentados alrededor de la mesa, mi hermana Megan, mi sobrino Jake, Simba y yo, desayunando entre risas y pequeñas bromas que hacían que el mundo pareciera más ligero, aunque en mi mente seguía rondando un cierto vacío.

Hacía una semana que había estado con Ethan, y desde entonces no había tenido ni una llamada, ni un mensaje, ni una sola señal suya. No sabía si se trataba de su forma de ser o si algo había cambiado, pero decidí no preguntar a Naomi para no parecer desesperada. De mi ex, sin embargo, sí había tenido noticias.

El tema del divorcio se estaba retrasando más de lo normal. A pesar de que él me había dejado, parecía tener la intención de alargar los papeles, algo que tanto Megan como yo considerábamos extraño y molesto.

Jake estaba especialmente animado mientras me contaba algo que había sucedido en el cole:

—Tenemos una nueva mascota en la clase. Se llama… ¿Cómo era? —frunció el ceño, pensando, tratando de recordarlo—. ¡Ah, sí! Marvin. Es un cobaya macho, y este fin de semana una de mis compañeras se la ha llevado a su casa. ¡Y pronto me tocará a mí! Pero… —Su voz bajó un poco—. Tengo

miedo de que Simba se pueda comer a Marvin —miró a mi perro, que le miró a él ladeando la cabeza como si lo entendiera.

Solté una carcajada, dejando a un lado el café que estaba tomando, y me incliné hacia él:

—Jake, no te preocupes. Simba es muy bueno. Seguro que él y Marvin se llevarán genial. Solo tienes que enseñarle a ser suave y cuidadoso, y todo irá bien.

El niño asintió, un poco más tranquilo, mientras Simba movía la cola y daba pequeños saltitos, como si él también quisiera tranquilizarlo. Megan y yo nos sonreímos, compartiendo ese momento de complicidad familiar.

El desayuno continuó entre risas, tostadas y zumo de naranja, hasta que finalmente Jake se levantó para ir al salón a ver dibujos, con Simba siguiéndole como una sombra. Megan aprovechó para acercarse a mí, mientras yo recogía los platos.

—Giselle —dijo, apoyando una mano en mi hombro—, quería contarte algo. En la clínica, hay un médico que… desde la boda de nuestra compañera se ha mostrado más cercano conmigo. Como más atento, más encantador de lo que ya de por sí era antes. Y antes tenía pareja, pero ahora lleva soltero unos cuatro meses. Creo que… que está tonteando conmigo.

Sonreí, divertida, intentando imaginar la situación:

—¿Solo te parece o de verdad lo está haciendo? —pregunté, inclinándome hacia ella.

—Te aseguro que lo está —respondió, sonriendo con complicidad—. Me manda mensajes, se interesa por Jake cuando me ve con él, se muestra atento a cualquier cosa que diga… No hay duda.

Me reí suavemente, imaginando la escena. No podía evitar sentirme un poco espectadora de ese flirteo ajeno, aunque también encantada por la emoción que le provocaba.

—¿Y qué hace exactamente? Cuéntame cosas de ese tonteo que os traéis como dos adolescentes —sonreí.

Megan comenzó a enumerar varias situaciones, gestos y comentarios que el médico le había hecho, todos cargados de coquetería y atención especial hacia ella mientras yo escuchaba atentamente. Pequeñas bromas, mensajes cargados de doble sentido, gestos discretos de atención hacia ella y hacia Jake. Cada palabra suya me hacía sonreír y, al mismo tiempo, me recordaba lo importante que era la ternura y la atención en la relación con alguien.

—¿Cómo es él? —pregunté, con curiosidad e interés.

—Mono —dijo sonriendo y con un brillo diferente en los ojos—. Además, le encantan los niños, y desde siempre, cuando me ha visto con Jake, se ha mostrado muy cariñoso y empático con él.

—Si se gana a tu hijo, no vas a tener nada que hacer —le dije, con una sonrisa.

—Sabía que dirías algo así —contestó, y ambas nos reímos de la complicidad del momento.

Fue entonces cuando sonó el telefonillo. Las dos nos quedamos mirando la puerta, curiosas.

—¿Esperas a alguien? —pregunté, con el ceño fruncido, todavía sosteniendo la taza de café.

—No —respondió mi hermana, encogiéndose de hombros.

—Mira que si es el médico y viene a darte una sorpresa… —bromeé, y las dos nos reímos.

Megan fue a abrir la puerta y regresó rápidamente, con una sonrisa que no podía ocultar:

—No es el médico… es tu CEO.

Mis ojos se abrieron y un escalofrío recorrió mi espalda. Había pasado una semana sin noticias de él y ahora aparecía así, por sorpresa, en nuestra casa. Mi corazón dio un vuelco cuando escuchamos unos golpes en la puerta unos minutos después, y luego el propio Ethan se asomó.

Vestido de sport, con vaqueros, jersey y cazadora de cuero, estaba increíblemente guapo. Entró con naturalidad, saludó a Megan entregándole una bandeja de pasteles y luego se acercó a mí, dándome un beso en la mejilla mientras me entregaba una rosa roja y una caja de bombones.

—Lo siento —dijo, frunciendo un poco el ceño—. Ha sido una semana de locos y no te he llamado.

—No pasa nada —le respondí, intentando mantener la calma—. Tampoco lo esperaba. —Me encogí de hombros y me miró con el ceño aún más fruncido, abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo.

Porque justo en ese momento, Jake gritó su nombre y salió corriendo del salón, seguido de Simba. Ethan lo cogió en brazos, saludándole como si se conocieran de toda la vida, y le entregó una caja envuelta en papel de regalo:

—Para ti, Jake.

—¿Para mí? —preguntó mi sobrino con la misma sorpresa en los ojos que teníamos mi hermana y yo.

—Sí, un regalo para ti.

—Pero, no es mi cumpleaños.

—¿Y qué tiene que ver? Uno puede recibir regalos cualquier día sin un motivo. Y yo te he querido hacer este regalo a ti.

—¿Qué es?

—Ábrelo y lo sabrás —contestó Ethan con una sonrisa mientras le dejaba de nuevo en el suelo.

El niño rompió el papel y abrió la caja, y sus ojos se iluminaron al ver una maqueta de coche más grande que las que tenía. Simba se sentó a su lado mientras Ethan le rascaba la cabeza, y el perro parecía tan feliz como el propio niño.

Megan y yo nos miramos, y su sonrisa me lo dijo todo: Ethan se había ganado al niño y al perro, y yo estaba completamente perdida ante él.

—¡Me encanta! —gritó Jake con los ojos más brillantes que cualquier día de Navidad abriendo regalos—. Mira, mamá, ¿has visto qué grande es?

—Sí, sí, ya lo veo —sonrió Megan.

—No hay muchas maquetas como esta en el mundo, solo unos pocos la tienen, coleccionistas en su mayoría, como yo —dijo Ethan—. La mía está en mi despacho del ático, y quería que tú tuvieras una.

—Muchas gracias, Ethan. —Le dio un abrazo y yo en ese momento supe que después de él, nadie sería suficiente para mi sobrino.

No por el hecho de que le hubiera comprado una maqueta de coleccionista que debía costar un dineral, porque a Jake no le interesaba el dinero, como tampoco nos interesaba a su madre y a mí, sino por el simple hecho de que este hombre, un desconocido, alguien a quien solo había visto una vez antes, le había hecho un regalo.

—No hay que darlas, campeón, las buenas maquetas de colección deben estar con quienes saben apreciarlas —respondió Ethan haciéndole un guiño.

Jake, emocionado, abrazó de nuevo a Ethan y llevó la maqueta a su habitación. Megan lo acompañó, dejando que Ethan y yo nos quedáramos a solas. En ese momento, Ethan me atrajo hacia él, y el beso que me dio fue tan urgente y apasionado que perdí la cordura.

Cuando se apartó, apoyando la frente en la mía, susurró:

—Me moría por besarte antes, pero no quería incomodarte delante de tu hermana y del niño.

—Gracias por los regalos —susurré, apartándome un poco—. Pero… ¿Qué haces aquí?

—Quiero pasar el fin de semana contigo en mi ático —dijo con firmeza—. Y sí, quiero que se vengan Jake y Simba.

—No deberíamos… meter al niño en nuestras vidas —empecé—. No quiero que se encariñe si lo nuestro va a ser solo sexo.

—Por el momento estoy conociéndote —me cortó, con esa seguridad que me dejaba sin palabras—. Lo que haya después… ya se verá.

Jake regresó corriendo, emocionado, diciendo que la maqueta quedaba perfecta en su estantería. Ethan sonrió y le preguntó si quería pasar el fin de semana en su ático para ver toda su colección de maquetas.

—¡Sí! —exclamó Jake—. ¿Me dejas, mamá? —preguntó, mirando a mi hermana.

—No hay problema —respondió con una sonrisa mirándome de reojo, y ahí lo supe.

Mi hermana estaba más que dispuesta a que me dejara llevar por el momento, que viviera ese romance que había empezado en un hotel de París y que me permitiera ser una mujer deseada y feliz.

Mientras Jake preparaba una mochila con ropa, yo hacía lo mismo, consciente de que aquella era, sin duda, la locura más grande que había hecho nunca.

Capítulo 24

Giselle

El ascensor nos dejó en el piso del ático de Ethan, y nada más abrirse la puerta, el aire cambió. Era espacioso, elegante, con grandes ventanales que dejaban entrar toda la luz de la mañana y un aroma cálido a madera y café recién hecho. Ethan, sin perder tiempo, cogió a Jake de la mano y lo llevó directamente hacia el despacho que ocupaba toda una esquina del ático.

—Ven, campeón —dijo Ethan con una sonrisa amplia, llena de complicidad—. Te voy a enseñar algo que seguro te va a flipar.

Jake corrió a su lado, excitado, sin mirar atrás. Yo los seguí lentamente, observando cada gesto de Ethan. La forma en que se agachaba para mostrarle una vitrina con maquetas, cómo explicaba con paciencia los detalles de cada coche, cómo el niño respondía con ojos brillantes y risas. Ethan estaba completamente cómodo con él, sin ningún temor ni duda, como si llevara años haciéndolo.

Vi cómo Jake se subía a una silla para alcanzar mejor una de las maquetas más grandes y Ethan, con cuidado, lo sujetaba por la cintura para que no se cayera.

—¡Vaya! —exclamó Jake, admirando los coches—. Tía Giselle, cuando sea mayor quiero una colección de coches como esta.

Me incliné y le acaricié el cabello suavemente, sonriendo:

—Poquito a poquito te ayudaré a conseguirla.

Ethan me lanzó una mirada cómplice, una de esas que decía "lo estamos haciendo bien", y yo no pude evitar sonrojarme. El niño estaba completamente encantado, y Simba no dejaba de corretear alrededor, olfateando cada vitrina y objeto que encontraba a su paso.

Después de un buen rato entre risas y exclamaciones de asombro de Jake, Ethan sugirió que fuéramos a la cocina para preparar algo de comer.

—Nuggets de pollo con patatas fritas para el jefe de la casa —dijo Ethan, señalando a Jake con un gesto divertido—. Y para los adultos… ¿Qué tal pasta a la carbonara? —añadió, mirándome con una media sonrisa—. Debo decir que me sale bastante bien.

Nos dirigimos hacia la cocina y enseguida nos pusimos a trabajar. Ethan se encargó de la pasta mientras yo organizaba los ingredientes para los Nuggets y las patatas, y Jake me ayudaba a colocar los platos en la mesa. Simba se movía entre nosotros, olisqueando y dando vueltas alrededor de las piernas.

—¡Cuidado, Simba! —gritó entre risas cuando estuvo a punto de saltar sobre los Nuggets—. No todo es para ti, amigo.

Ethan me miró con esa sonrisa ladeada que me hacía sentir como si compartiéramos un secreto.

—Parece que alguien ya se ha ganado el corazón del perro —murmuró, divertido.

—No me sorprende —respondí, encogiéndome de hombros—. Él es de los que saben reconocer a un buen líder.

Pasamos los siguientes minutos cocinando entre bromas, comentarios divertidos y pequeñas competencias de quién era más rápido cortando patatas o batiendo los huevos. Jake estaba feliz, y yo no podía dejar de mirar cómo Ethan se comportaba con él: atento, protector y a la vez relajado y divertido. Había algo en esa mezcla que me hacía confiar en él de una manera que nunca había sentido antes.

—¡Listo! —dijo Ethan al final, colocando la pasta en la mesa y sirviendo los Nuggets y las patatas—. Ahora sí, a comer como campeones.

Nos sentamos los tres alrededor de la mesa. Jake devoraba los Nuggets con entusiasmo mientras Simba estaba sentado a su lado, esperando alguna migaja que pudiera caer. Ethan y yo compartimos una sonrisa cómplice mientras él me pasaba un poco de carbonara, y yo le guiñaba un ojo.

—No está nada mal —comenté, probando un bocado de la pasta—. Casi tan buena como la mía. Pero tendrás que esforzarte mucho más para superarme —dije, riéndome.

—¿Tan buena está tu carbonara? —curioseó Ethan.

—Jake, ¿cómo está mi carbonara?

—Buenísima, mejor que la de mamá.

—Eso es porque no has probado la mía —le dijo Ethan, que no dudó en coger un poco de pasta con el tenedor de Jake para que lo probara—. Prueba y luego me dices.

Jake cogió el tenedor, se llevó la pasta a la boca y, como si fuera un crítico gastronómico, comenzó a masticar despacio, saboreando el bocado, hasta que se lo tragó.

—¿Y bien? —preguntó Ethan.

—¿Cuál es el veredicto, cariño? —sonreí.

—Tía Giselle, tienes que dejar que Ethan te enseñe a preparar la carbonara. ¡Está buenísima!

—No me lo puedo creer, pequeño traidor… —Le miré con los ojos entrecerrados y se echó a reír.

Todos reímos y el ambiente se llenó de calor, risas y esa sensación de intimidad cómoda y ligera que me hacía sentir como si estuviéramos en casa, aunque fuera un ático impersonal lleno de lujo.

Simba finalmente se acomodó a los pies de la mesa, y por un momento todo parecía perfecto. La risa del niño, los olores de la comida, el sonido de nuestras voces mezcladas y Ethan, mirándome con esa intensidad tranquila que hacía que me sintiera completamente observada y protegida al mismo tiempo.

Cuando terminamos de comer, Jake se acomodó en el sofá con Simba, y Ethan y yo recogimos los platos. Todo parecía tan natural que por un segundo olvidé mis miedos y dudas sobre él. Sentí que, de alguna manera, estábamos construyendo algo más que atracción: una pequeña familia improvisada para un fin de semana.

Después de recoger los platos, nos acomodamos en el sofá del salón, Jake con Simba acurrucado a su lado. Ethan eligió una película de aventuras, y pronto las risas del niño llenaron la estancia mientras él señalaba a los personajes y comentaba cada escena con entusiasmo. Ethan se recostó a mi lado y, sin decir una sola palabra, deslizó su brazo por detrás de mi espalda, apoyando suavemente su mano sobre la mía. Sentí un calor extraño recorrerme la espalda, y una mezcla de nervios y emoción me hizo sonreír sin que él me viera del todo.

El tiempo pasó entre risas, comentarios de la película y pequeños gestos de cercanía. Jake, completamente absorbido por la historia, no tardó en quedarse dormido, acurrucado junto a Simba, que también había caído en un sueño tranquilo. Miré a Ethan, que observaba al niño con una sonrisa suave, y no pude evitar sentir cierta ternura hacia él, hacia la escena que se presentaba ante mí. Por un instante, todo parecía fácil, natural, y mi corazón se relajó un poco.

Ethan se levantó con cuidado, evitando hacer ruido, y me cogió de la mano. Su mirada me buscó, intensa, segura, y en un susurro apenas audible dijo:

—Ven conmigo.

Sin pensarlo, lo seguí hasta su habitación. La puerta se cerró tras nosotros, y de inmediato la atmósfera cambió: la intimidad del espacio, la luz que se filtraba por las cortinas y el silencio que nos rodeaba crearon un mundo aparte, solo nuestro.

Ethan me giró suavemente hacia él y, sin decir nada más, sus labios encontraron los míos. Fue un beso urgente, intenso, que me dejó sin aliento desde el primer instante. Su lengua buscó la mía con hambre, su cuerpo se pegó al mío y sentí cada músculo de mi cuerpo responder a su tacto. Era salvaje, apasionado, ardiente, y a la vez había un control absoluto en él que me hizo sentir segura mientras nos entregábamos a ese instante de deseo compartido.

Nuestras manos recorrían cuerpos, piel y ropa, descubriendo cada punto de sensibilidad y reaccionando a cada caricia. Ethan me levantó suavemente y me apoyó contra la pared, y yo no dudé en rodearlo con mis brazos y piernas mientras él me sujetaba con fuerza y firmeza. Cada beso era más profundo, más demandante; cada toque enviaba oleadas de electricidad por mi cuerpo. El mundo exterior desapareció por completo, y solo existíamos nosotros dos, el roce de nuestra piel y los suspiros que llenaban la habitación.

Cuando finalmente nos separamos, jadeando, Ethan apoyó su frente contra la mía y me miró a los ojos. Su respiración era intensa, su pecho subía y bajaba rápidamente, y en sus ojos pude leer algo más que deseo: había ternura, necesidad y un atisbo de algo que parecía miedo a dejarse llevar completamente.

—Me moría por besarte —susurró.

Me lamí el labio y él volvió a besarme de nuevo, haciendo que en ese instante me olvidara de todo.

Los dos nos dejamos llevar, quitándonos la ropa sin prisa, pero sin pausa. Aún me mantenía contra la pared cuando sentí su miembro deslizándose entre mis piernas, rozando mi sexo despacio, haciendo que me estremeciera de nuevo y que gimiera en su boca.

Eso pareció ser suficiente para él, pues no tardó en penetrarme con una certera embestida, haciendo que tuviera que agarrarme con fuerza a sus hombros mientras gemía presa del placer.

Estuvo un buen rato así, entrando y saliendo de mí, haciendo que mi orgasmo se formara de manera inevitable, pero cuando estaba a punto de correrme…

—Todavía no —murmuró besándome el cuello, y caminó llevándome en brazos hasta la cama, donde me recostó colocándose entre mis piernas.

Comenzó a besarme por todo el cuerpo, mirándome mientras lo hacía, acariciándome cada centímetro de piel que encontraban sus manos y haciendo que toda yo entrara aún más en calor. Cuando sentí su lengua deslizándose entre mis pliegues, arqueé la espalda, y cuando empezó a lamer con un ritmo rápido y de lo más marcado, no pude ni quise evitar dejarme llevar y permitirme sentir, solo eso.

Ethan me llevó a un intenso orgasmo solo unos minutos después, y antes de que el éxtasis que había alcanzado se desvaneciera, me penetró de nuevo con fuerza.

Siguió entrando y saliendo sin parar, una y otra vez, y otra, y otra, cada vez más profunda e intensamente, y finalmente nos abandonamos al deseo y el placer y alcanzamos el clímax al unísono.

Cuando todo acabó, Ethan deslizó sus brazos alrededor de mi cintura, abrazándome por detrás. Su contacto me hizo estremecer, y por un momento sentí que tal vez, solo tal vez, él podía ser el hombre que realmente necesitaba en mi vida. Sus manos descansaban sobre mí, cálidas, protectoras, y su presencia llenaba el espacio de una seguridad que hacía tiempo no sentía.

Me apoyé contra él, cerrando los ojos, y respiré profundamente. Tal vez esto era más que deseo, más que pasión fugaz. Tal vez era el comienzo de algo real, algo que podía cambiarlo todo. Y por primera vez en mucho tiempo, me permití imaginar un futuro donde él y yo, con Jake y Simba cerca, pudiéramos construir algo juntos.

Capítulo 25

Ethan

Desperté sin darme cuenta de que me había quedado dormido, con Giselle entre mis brazos, la respiración tranquila y el rostro sereno iluminado por la luz de la tarde que se colaba por las cortinas. La observé un momento en silencio; sus párpados cerrados, el ligero movimiento de sus labios al respirar, la manera en que su cabello caía sobre la almohada.

No pude evitar acariciarle la mejilla y sonreír. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba exactamente donde debía estar. No mentía cuando le había dicho que estaba conociéndola; cada instante a su lado confirmaba que quería que todo esto siguiera su curso, sin presiones, sin expectativas, solo dejar que las cosas fluyeran y ver hasta dónde nos llevarían.

Recordé la última noche con Vivienne. Fue intensa, salvaje, como siempre, pero al llegar al ático, al volver a casa, comprendí lo que me faltaba.

No era la pasión ni la lujuria lo que me faltaba, sino la tranquilidad, la paz de tener a alguien entre mis brazos que estuviera allí por mí, no por mi nombre, mi dinero o mi posición. Vivienne podía excitarme como nadie, pero con Giselle sentía algo distinto: calma, seguridad, complicidad.

Al día siguiente volví a casa de Vivienne y le dije que se había terminado, que no habría más encuentros entre nosotros. Gritó, se enfadó y me dijo que no podía hacerle aquello, y le recordé lo que le dije años atrás cuando todo

esto empezó. Yo había permitido que empezara y yo sería quien le pondría fin cuando creyera conveniente, y había llegado el momento.

Así que sí, había dejado atrás a Vivienne porque quería seguir conociendo a Giselle.

La besé suavemente en el cuello y ella se movió apenas, sin despertarse. Mi corazón se aceleró un poco y decidí levantarme antes de que se despertara por completo.

Me vestí con ropa cómoda, intentando hacer el menor ruido posible, y bajé al salón. Jake estaba despierto, sentado en el sofá con un cuaderno y lápices de colores, concentrado en su dibujo. Simba estaba a su lado, descansando plácidamente.

Al verme, el niño me saludó con una sonrisa y me dijo que llevaba un rato despierto, pero que no había tocado nada ni hecho ningún ruido; solo se levantó para ir al baño. Me explicó que nos vio dormidos a Giselle y a mí y que no quería molestarnos. Sonreí, divertido y enternecido, y le alboroté el pelo.

—¿Tienes hambre, campeón? —le pregunté, mientras Simba me miraba expectante.

—Sí —contestó él con entusiasmo.

—Perfecto —dije—. Hoy te voy a hacer unos crepes buenísimos.

Nos dirigimos a la cocina y pronto empezamos a preparar los crepes. Mientras mezclaba la masa y él batía suavemente los huevos, la complicidad crecía. Jake me hablaba de su día, de la escuela, y de pronto salió el tema de su tía y su exmarido.

Me contó que al principio parecía que al ex le gustaba, pero que después todo le molestaba. Si estaba en casa de su tía, no podía hacer nada: ni jugar con Simba, ni ver películas, ni hacer ruido, ni tocar nada. En ese momento comprendí por qué me había dicho que no había tocado nada al despertarse; la sangre me hervía. Si antes sentía antipatía por ese hombre, ahora era mucho peor.

Jake continuó, con un brillo travieso en los ojos. Me dijo que Simba tampoco le gustaba demasiado al exmarido de Giselle, y una vez, siendo cachorro, se había comido sus zapatos y una corbata. Incluso le había escuchado decir que tendrían que llevarlo a la perrera y encerrarlo. Jake me miró y dijo, con solemnidad infantil:

—Si hicieran eso, mi tía y yo nos moriríamos… Simba es nuestro mejor amigo.

Sonreí ampliamente, aguantando un impulso de risa y orgullo.

—Tranquilo, Jake —dije—. Nadie va a llevar a Simba a la perrera, ¿de acuerdo?

Seguimos cocinando, y pronto los crepes estuvieron listos. Puse Nutella sobre ellos mientras Jake me ayudaba a colocar la fruta. Me serví un café y preparé un vaso de leche con cacao para él. Simba recibió un cuenco con agua y un hueso que había comprado esa misma mañana, igual que el cacao para Jake.

Nos sentamos los tres en la cocina y, entre bocados y sorbos, las risas se sucedían; Jake contaba tonterías, yo hacía gestos exagerados para hacerle reír, y Simba movía la cola como si también participara en nuestra diversión. Era un momento tan sencillo y a la vez tan perfecto que me llenó de una felicidad inesperada, la misma que solo sentía cuando estaba con Giselle y su pequeño mundo.

Justo cuando estábamos terminando, escuchamos pasos tras nosotros. Giselle apareció en la cocina, vestida y somnolienta. Sus ojos se encontraron con los míos, y una sonrisa tímida se dibujó en su rostro. La tarde, el olor del café y los crepes, la risa de Jake y la tranquilidad de Simba creaban un ambiente cálido y familiar que no podía ni quería dejar escapar.

Giselle se acercó a la barra de la cocina y se sentó junto a Jake, todavía con un ligero rastro de sueño en los ojos. Su presencia, tranquila y cálida, me hizo sonreír sin poder evitarlo.

Observé cómo se servía un café mientras Jake le enseñaba orgulloso su vaso de leche con cacao y los crepes que habíamos preparado. Los vi

compartir un momento sencillo, lleno de risas, bromas y gestos naturales, y no pude evitar sentir un cosquilleo en el pecho al comprobar lo cómoda que estaba en mi ático y lo cómodo que estaba yo de tenerlos a ellos allí.

—Mira, tía —dijo Jake, levantando un crepe decorado con chocolate y frutas—, ¡estos son los mejores!

—Vaya —respondió Giselle, dándole un beso en la cabeza—. Te han quedado perfectos.

Le eché un vistazo rápido y me alegró ver que Giselle parecía relajada, sonriente, y yo disfrutaba en silencio de ese espectáculo. Simba, por su parte, estaba junto a Jake, moviendo la cola y olisqueando cada vez que caía un trocito de fruta de los crepes. Era perfecto.

—Giselle, voy a sacar a Simba un momento —le dije, acercándome a ella mientras ella se preparaba para levantarse—. Tú puedes terminar tu café y disfrutar un poco tranquila.

—No hace falta —me contestó, con esa mezcla de timidez y determinación que siempre me desarmaba—. Pero gracias, Ethan.

La miré, y antes de que pudiera decir nada más, le di un beso rápido en los labios. Su respiración se cortó apenas, y una sonrisa traviesa apareció en su rostro.

—Tranquila, que Simba ya tiene paseo asegurado —añadí con un guiño, mientras ella asentía.

Jake, que parecía no perder detalle de nuestro gesto, gritó con entusiasmo:

—¡Yo voy a sacar a Simba contigo, Ethan!

—Perfecto, campeón, nos vamos los dos. —Me agaché para ajustarle la bufanda y el abrigo—. ¿Listo?

—¡Sí! —contestó él, completamente emocionado.

Nos dirigimos hacia la puerta del ático, ambos abrigados, Jake cargando su pequeña mochila y Simba saltando con alegría a nuestro alrededor. Mientras caminábamos, no podía evitar observar a Jake con una mezcla de cariño y admiración: tan natural, tan confiado, tan feliz de estar en un ambiente donde podía ser él mismo.

Risas y más risas, ese era el sonido que me acompañó durante el paseo del perro de Giselle mientras que Jake caminaba cogido de mi mano. Me habló de Chip, la cobaya mascota de su clase, y dijo que tenía que enseñar a Simba a cuidar de ese pequeño animalito cuando le tocara a él llevarlo a casa.

De vuelta, Giselle había terminado su café y los crepes y había recogido todo. Su presencia me recordaba la calma que solo ella podía darme, la certeza de que había algo real, algo que no dependía de juegos ni apariencias. Sabía que lo nuestro aún estaba en una etapa de descubrimiento, pero cada gesto, cada mirada, cada risa compartida reforzaba esa conexión que sentía que ya no podía ni quería ignorar.

—¿Qué os parece si salimos a cenar fuera? —propuse, y los dos se miraron —. Conozco un italiano donde hacen la mejor pizza de Houston.

—¡Sí! Yo quiero pizza, tía Giselle. ¿Salimos a cenar fuera?

—No voy a poder decir que no, ¿verdad? Sois dos contra una —arqueó la ceja, y Jake y yo nos miramos.

—No, no puedes —dijimos los dos al unísono y acabamos los tres riendo.

—Pues si no puedo decir que no, entonces, digo que sí, que cenamos fuera.

—¡Bien! —gritó Jake.

Le hice un gesto cómplice a Giselle, y ella me devolvió una mirada de complicidad. Todo parecía encajar, aunque sabía que lo que estaba construyendo con Giselle era mucho más que un simple fin de semana con su sobrino. Era algo que empezaba a llenar ese vacío que Vivienne nunca había podido tocar.

Giselle suspiró negando con la cabeza, y pude ver en su expresión la mezcla de resignación y diversión que siempre la acompañaba cuando las cosas no salían estrictamente como ella planeaba. Sabía que lo hacía porque quería hacer ver que se sentía feliz y, sobre todo, quería que Jake también estuviera contento, que se sintiera parte de algo que podía ser genuinamente bueno para todos nosotros.

Mientras bajábamos del ático, no dejé de pensar que aquel fin de semana, que había empezado con una sorpresa inesperada, se prometía intenso, cargado de momentos sencillos pero significativos, de risas y complicidad, y de esa sensación de que, quizás por primera vez en mucho tiempo, podía permitirme dejar que alguien entrara en mi vida de manera auténtica y real.

Capítulo 26

Ethan

Cuando llegamos al restaurante italiano, ese lugar donde tantas veces había cenado con Marcus y Naomi, sentí una mezcla de entusiasmo y tranquilidad. El aroma a albahaca fresca, especias y masa recién horneada nos dio la bienvenida antes incluso de abrir la puerta.

Y allí estaba él, el dueño, un hombre italiano de cincuenta y cinco años con una sonrisa amplia y una calidez que parecía irradiar directamente hacia nosotros.

—¡Ethan, hijo mío! —exclamó, abrazándome con familiaridad—. ¡Qué alegría verte! ¿Y quiénes son esta bella mujer y este niño?

—Buenas noches, Enzo.

Le presenté a Jake y a Giselle, y Enzo los miró con una sonrisa cómplice, como si ya los hubiera adoptado antes de siquiera saber sus nombres. Nos condujo hasta una de las mesas del fondo, un rincón apartado que garantizaba nuestra privacidad y tranquilidad.

—Aquí estaréis cómodos —dijo—. Y si queréis, os hago una pizza especial que no se encuentra en ningún otro lado.

Nos sentamos y, sin prisa, empezamos a elegir. Pedimos varios platos para compartir: bruschettas, ensalada, pasta y, por supuesto, la pizza prometida, con masa crujiente y *toppings* que desprendían un aroma imposible de

ignorar. Jake no dejaba de reír, de hacer travesuras inocentes y de comentar cada plato con una mezcla de asombro y entusiasmo infantil que me hacía sonreír sin parar.

Observando cómo se desenvolvía, pensé que ese niño era increíble, un pequeño huracán de energía y ternura que seguro que a mi madre le encantaría conocer. La forma en que Jake se reía, la forma en que Simba estaba siempre a su lado atento a cada movimiento, cómo Giselle le miraba con esa mezcla de amor y complicidad… era imposible no sentirse atrapado y quedarse mirándolos embobado.

—No me puedo creer que Simba esté tan tranquilo contigo —dijo Giselle de pronto—. Parece que le caes bien. No suele irse a sus paseos con cualquiera.

—Ya te dije que tengo algo que encanta a los animales, a los niños y a las mujeres.

—Eres imposible —sonrió negando, y esa simple sonrisa… quise poder verla cada día el resto de mi vida.

El tiempo pasó volando entre risas, migas de pan y pequeñas peleas por quién se comía la última porción de pizza. Cada gesto de Jake, cada mirada de Giselle hacia mí, cada sonrisa compartida me hacía sentir algo que hacía años que no experimentaba. No era solo placer o atracción; era tranquilidad, era una conexión que no podía forzar ni manipular, simplemente surgía.

Y entonces, por un instante, mi mente voló hacia la gala de la asociación de mi madre. La recordé con su vestido elegante, su sonrisa serena y la forma en que siempre iluminaba cualquier lugar con su sola presencia. Y no pude evitar pensar que, si hubiera alguien con quien realmente deseaba asistir a ese evento, esa persona era Giselle. Nadie más me haría sentir esa mezcla de orgullo y felicidad, de querer mostrarla al mundo y protegerla al mismo tiempo.

Jake, ajeno a mis pensamientos, estaba intentando equilibrar un tenedor con un trozo de pizza. Giselle soltó una risa suave y miró hacia mí, y en ese instante comprendí que aquel fin de semana no solo sería para divertirnos o para conocer mejor al otro, sino para reafirmar algo que llevaba tiempo

intentando ignorar: Giselle no era solo un deseo pasajero; era algo mucho más profundo, algo que podía cambiar mi vida de formas que aún no estaba preparado para aceptar del todo.

La cena continuó, llena de bromas, risas y pequeñas confidencias. Cada gesto, cada interacción, cada mirada compartida con Giselle y Jake me hacía sentir más vivo y, al mismo tiempo, más vulnerable de lo que estaba acostumbrado. Por primera vez en mucho tiempo, no deseaba nada superficial; deseaba todo lo que estaba allí delante de mí, todo eso tan real, y sabía que lo quería conmigo para más que un simple fin de semana.

Regresamos al ático tras la cena con la sensación de haber dejado el mundo exterior atrás. Jake no podía contener su emoción y prácticamente corrió hacia el baño mientras Simba lo seguía de cerca, moviendo la cola como si supiera que algo divertido estaba por pasar. Yo me puse a su lado, ayudándole con el agua y la temperatura, vigilando que no se resbalara y disfrutando de cada gesto suyo.

—Ethan, quiero que la espuma sea mucha —dijo mientras se metía en la bañera—. Y que Simba no se moje, ¿vale?

—Tranquilo, campeón —respondí mientras le pasaba el jabón y jugábamos con unos barquitos de goma—. Simba se queda aquí vigilando.

El perro estaba sentado junto a la bañera, mirándonos con atención, como si evaluara cada movimiento de Jake y mío. Cada risa del niño, cada salpicadura de agua, me recordaba lo importante que era disfrutar de estos momentos simples, de la vida real, lejos de la frialdad de la oficina y de la presión constante de *Titán Oil & Energy*.

—¡Ethan! Mira, Simba quiere jugar con la espuma —exclamó, y el perro, como si entendiera, movió la cola y dio un par de saltitos sin caerse, provocando otra carcajada de Jake.

Cuando terminó el baño, lo ayudé a salir, le puse el pijama y le di un buen abrazo antes de que se metiera en la cama.

—Buenas noches, campeón —dije—. Que sueñes con carreras de coches y aventuras con Simba.

—Buenas noches, Ethan —respondió con una sonrisa mientras Simba le lamía la mano—. Gracias por todo.

Una vez que Jake estuvo en la cama y Simba acomodado junto a él, me dirigí a mi habitación. Giselle estaba parada frente al ventanal, contemplando el puerto iluminado por la luna. Su silueta recortada en la luz de la ciudad me dejó sin aliento. Sin hacer ruido, me acerqué, la rodeé con los brazos y deposité un beso en su cuello.

—Gracias por cómo te llevas con Jake —susurró, apoyando la cabeza sobre mi pecho—. Es muy importante para mí.

—Es un buen niño —respondí, acariciándole la espalda—. Se hace querer.

Nos miramos, y sin decir más, nos besamos. Lentamente, comenzamos a desnudarnos el uno al otro, con manos explorando, caricias que despertaban la piel y besos que se hacían cada vez más intensos. La pasión creció con cada roce, con cada suspiro compartido, hasta que el deseo se convirtió en algo más que físico: era entrega, confianza y necesidad mutua.

Besé cada centímetro de su piel expuesta ante mí, la acaricié y sentí cómo se estremecía bajo la yema de mis dedos. Deseaba a esta mujer como no había deseado nunca a ninguna otra, y por más que lo intentara, no podía sacarla de mi cabeza.

Ahora entendía que tampoco quería hacerlo, que la quería allí cada día como hasta ahora, apareciendo en mi mente cuando menos lo esperaba solo para hacerme sonreír con algo que recordara.

Me acomodé entre sus piernas y la escuché gemir cuando lamí su sexo, ese que me recibió húmedo y caliente ante la anticipación de lo que iba a pasar. La penetré con el dedo sin dejar de lamer su clítoris y la llevé al orgasmo haciendo que arqueara la espalda y que se agarrara con fuerza a las sábanas.

Cuando liberó toda la tensión que le había provocado, me cerní sobre ella y la besé con urgencia, con necesidad, esa que antes no entendía y ahora comprendía y no quería dejar pasar. La penetré con fuerza mientras la rodeaba con un brazo por la cintura y noté sus piernas alrededor de mis caderas y sus talones en mis glúteos. Me moví rápido y profundo, sin parar ni bajar el ritmo

ni un solo instante, hasta que se deshizo de nuevo entre mis brazos y me recompensó con otro intenso orgasmo.

Volví a besarla y la atraje conmigo para que ella tomara el mando por unos minutos. Giselle me miró a los ojos y me besó con ternura mientras aún seguíamos unidos por nuestros sexos, sin movernos, hasta que comenzó a mover las caderas despacio al principio y más deprisa cada vez.

Llevé mis manos a sus caderas y la agarré con tanta fuerza mientras me tensaba dentro de ella que supe que iba a dejarle marca, pero a Giselle tampoco pareció importarle. Seguía moviéndose, de arriba abajo, de adelante a atrás, tomándome por completo en su vagina y apretando los músculos con fuerza alrededor de mi miembro, hasta que volvió a correrse y sonreí satisfecho porque yo era el que le provocaba aquel placer.

La acomodé de rodillas en la cama y la penetré desde atrás; ella me miraba con los ojos brillantes por el deseo mientras embestía una y otra vez, mientras observaba sus pechos balancearse y mi excitación aumentaba cada segundo que pasaba.

No me detuve hasta que sentí que volvía a formarse el orgasmo en su interior y solo entonces me retiré, la recosté bocarriba y la penetré mirándola fijamente a los ojos, entrelazando nuestras manos.

La besé y seguí moviéndome, entrando y saliendo, dándole el mismo placer que yo sentía, dejándole claro que era a ella a quien deseaba en ese momento y que su placer era mi placer.

Apoyé la frente en la suya cuando fui consciente de que estábamos los dos a unos pocos segundos de llegar al clímax y la miré. Observé su rostro rosado, el brillo de sus ojos y el placer que se veía en ellos, y me moví aún más rápido y más profundo.

Nos dejamos llevar por la intensidad, el deseo y la pasión que nos unía. Cada gesto, cada gemido, cada movimiento estaba cargado de deseo, pero también de ternura. Los cuerpos se ajustaban, las respiraciones se mezclaban y todo lo externo desaparecía. El mundo se reducía a nosotros dos, al calor de nuestra piel, al calor de nuestra entrega.

Cuando finalmente terminamos, la abracé por detrás, sintiendo el calor y la cercanía de su cuerpo. Besé su cuello con suavidad y susurré:

—Buenas noches, Giselle.

—Buenas noches, Ethan —respondió, apoyando la cabeza en mi hombro.

Nos quedamos así un rato, contemplando la luna desde el ventanal y el murmullo lejano de la ciudad como fondo. En ese instante comprendí algo que había estado evitando admitir: Giselle era todo eso que no sabía que necesitaba tener en mi vida… y más. Sentí que podía confiar, que podía ser yo mismo, que la intensidad de nuestra relación no tenía que ser solo pasión, sino también calma, complicidad y afecto.

Sabía que nada de lo que había vivido con Vivienne me habría aportado esto. Con Giselle, incluso el silencio compartido era cómodo, placentero, necesario. Mientras la luna iluminaba su cabello, sus hombros y la curva de su espalda, supe que ese momento, esa sensación de plenitud, era algo que llevaba demasiado tiempo esperando sin siquiera saberlo.

Finalmente, nos acomodamos para dormir, ella entre mis brazos, conscientes de que Jake estaba con Simba en la habitación contigua. Miré una última vez la luna y sonreí en silencio. Giselle era mucho más que un capricho o una distracción; era todo lo que no sabía que necesitaba tener en mi vida.

Capítulo 27

Ethan

El espejo del vestidor devolvía una imagen que siempre me había resultado ajena: yo, impecablemente enfundado en un esmoquin negro de sastre italiano, camisa blanca almidonada y pajarita perfectamente alineada. Siempre detesté las galas, incluso las de mi propia familia, pero aquella noche tenía un peso distinto.

No solo porque era la gala anual de la asociación de mi madre, sino porque iba a recoger a Giselle en unos minutos… y esa simple idea ya me tenía más tenso de lo que estaba dispuesto a admitir.

Me ajusté la manga, dejando que el gemelo de ónix quedara recto. Martha insistía en que eligiera los de diamante, pero había algo en el ónix, su sobriedad, que me resultaba más cómodo. Había vivido demasiado tiempo rodeado de brillo innecesario.

Respiré hondo. No era el traje lo que me ponía nervioso. Era ella.

Giselle había aceptado acompañarme a la gala tras varios días de silencios cargados, miradas que no confesaban nada y, sobre todo, después de mi torpe invitación. Una invitación que Marcus describió como “de adolescente asustado con traje caro”.

Idiota.

Cogí la chaqueta y me la puse despacio. En mi ático reinaba un silencio casi sepulcral, roto solo por los pasos amortiguados sobre la madera. Desde los ventanales podía ver todo Houston brillando como si alguien hubiese derramado estrellas sobre la ciudad. Normalmente me reconfortaba, pero aquella noche todo parecía más intenso, más cargado.

Quizá era porque iba a verla fuera de nuestras casas. Y en una gala. Y vestida para impresionar.

Di un último vistazo al reloj. Tenía que salir ya si quería llegar a tiempo a su casa.

Me pasé una mano por el pelo, que llevaba ligeramente ondulado como siempre. Martha habría gruñido por no usar fijador extra, pero no iba a aparecer ante Giselle con el pelo pegado como un muñeco de cera.

Cogí las llaves, el móvil y avancé hacia el ascensor privado. Mientras bajaba, respiré hondo otra vez. Aquello no era una cita. Técnicamente. Pero sentía la tensión de una.

Cuando salí del edificio, mi coche esperaba al borde de la acera, brillante bajo las luces. El conductor abrió la puerta trasera. Yo asentí y me acomodé dentro, dejando escapar un suspiro que no debía haber sonado tan… nervioso.

—A la dirección que te envié esta mañana —indiqué, y el coche arrancó.

El trayecto fue un cúmulo de pensamientos irritantes. Imágenes de Giselle riendo, inclinándose sobre mí sin darse cuenta de lo mucho que me tensaba; mis propias manos queriendo apartar un mechón de su coleta sin atreverme; mi madre repitiéndome la última semana “Quiero conocerla, Ethan” con ese tono suave que a mí me desarmaba más que cualquier ataque directo.

A medida que nos acercábamos a su barrio, noté cómo algo en mí se apretaba. Ridículo. Yo llevaba años moviéndome por el mundo sin que nada me afectara. Pero ahora, cuando el coche se detuvo frente a su edificio, noté un maldito salto en el pecho.

El conductor se giró para abrirme la puerta, pero levanté una mano.

—No. Espera aquí. Subo yo.

Salí del coche, respiré el aire frío y me dirigí a la puerta del edificio. El ascensor era antiguo, estrecho, de esos que parecían gruñir a cada movimiento. Nada que ver con mi ático, pero… tenía encanto. Como ella.

Cuando llegué al rellano y avancé hacia su puerta, escuché risas desde dentro. Las risas de Jake.

Toqué el timbre y la puerta se abrió de golpe, revelando al pequeño Jake con sus ojos vivaces y el pelo revuelto.

—¡Ethan! —gritó al verme y se lanzó a mí de tal modo que no tuve más remedio que cogerle en brazos.

—Hola, campeón —sonreí.

—Vale, mamá y la tía no mentían, llevas pajarita —dijo tocándola.

—Sí, es un complemento indispensable para galas y eventos de etiqueta. Pero… —Me acerqué a su oído para susurrar—. Las odio con todo mi ser.

—Yo también —susurró de vuelta, y me tuve que reír.

Entonces escuché pasos desde el pasillo y la voz de esa mujer que siempre me descolocaba.

—Jake, ¿quién…?

Y ella apareció. Giselle. Y me quedé sin aire.

Vestía un vestido largo de un verde oscuro profundo, ajustado en la cintura y con una caída suave que realzaba sus curvas sin necesidad de mostrar más de lo que debía. El escote era discreto, solo un toque elegante, pero eso no importaba: la forma en que el tejido abrazaba su figura me golpeó como un puñetazo. Su cabello castaño, ligeramente ondulado, lo llevaba recogido en una coleta alta que dejaba su cuello completamente expuesto. Sus ojos avellana brillaban bajo el maquillaje tenue.

Estaba… preciosa. Y sensual de una forma tan natural que me jodía profundamente lo mucho que me afectaba.

—Ethan… —dijo ella, sonrojándose, y no pude ignorar cómo bajó la mirada un segundo antes de volver a subirla con timidez—. Hola.

—Hola —respondí, y mi voz salió más grave de lo habitual—. Estás preciosa —sonrió y se mordió el labio, nerviosa.

Jake rio como si supiera exactamente lo que pasaba entre nosotros.

—Mamá dice que cuando los adultos se ponen así es que están tontos —soltó.

—Jake… —murmuró Giselle, horrorizada.

—No pasa nada —contesté esforzándome por no sonreír.

Y entonces la presencia de Megan llenó la entrada.

—Hola, Ethan —me saludó con una sonrisa.

—Megan, estás muy guapa. —Le di un par de besos.

—Eso significa que yo esta noche no voy a ligar, porque mi hermana está preciosa —dijo y me reí.

Y como siempre con ellos tres, me encontré cómodo. Megan tenía carácter y una mirada que evaluaba sin piedad. Pero también transmitía algo cálido, protector. Se parecía a Giselle en eso.

Los ladridos de Simba no tardaron en hacerse notar, y el labrador apareció por la puerta y se sentó a mi lado buscando su ración de mimos.

—Hola, muchacho —saludé rascándole las orejas.

—No puede venir —dijo Jake con cierta pena.

—No, no puede. Aunque estoy seguro de que, si pudiera, sería el centro de todas las caricias y juegos de los niños. Pero ya le llevaremos a la asociación para que le conozcan —le hice un guiño y Jake sonrió al tiempo que asentía —. ¿Estáis listas? —pregunté, tratando de sonar neutral.

—Sí, solo falta coger mi chaqueta —respondió Giselle.

Y cuando se giró para ir a buscarla, no pude evitar seguirla con la mirada. El vestido se movía con ella como si formara parte de su piel.

Megan carraspeó.

—Los ojos, jefe petrolero.

La miré, y ella sonrió, divertida.

—Me gustas. Eres transparente. Bien.

Por primera vez en mucho tiempo, alguien me descolocó de forma agradable.

Cuando bajamos los cuatro a la calle, el coche esperaba. El conductor abrió la puerta y Giselle lo agradeció con esa suavidad suya que parecía envolverlo todo.

Jake subió primero, emocionado. Megan después. Yo dejé a Giselle para el final, ofreciéndole la mano, y ella la aceptó.

Una vez dentro, el coche arrancó hacia el hotel donde se celebraba la gala benéfica. El ambiente en el interior era una mezcla de risas entre Jake y Megan, y el silencio cargado entre Giselle y yo.

—De verdad que estás preciosa esta noche —susurré.

—Gracias… Tú también vas muy elegante.

—Eso es porque Martha me amenazó de muerte si no me vestía bien.

Giselle rio. Y esa risa… esa maldita risa hacía que todo lo oscuro que llevaba dentro se recolocara.

—Siempre me ha intrigado Martha —dijo.

—Es la verdadera CEO de *Titán Oil* —respondí.

—Me lo creo —rio Megan.

El trayecto pasó rápido con Jake contando historias de su colegio y Megan interviniendo con sarcasmos brillantes. Para cuando llegamos al hotel, todos parecíamos una extraña familia.

La entrada estaba iluminada con focos dorados. Coches de alta gama se sucedían en la alfombra roja. Invitados vestidos de gala entraban sin prisa, rodeados de fotógrafos.

Giselle tragó saliva.

—No sabía que era… tan grande —susurró.

—Lo es porque mi madre no sabe hacer nada a medias —dije, ofreciéndole mi brazo.

Ella lo aceptó y caminamos hacia la entrada juntos.

Dentro, el salón de gala era una explosión de luces cálidas, música suave y mesas perfectamente dispuestas. Centros florales blancos, candelabros discretos, arte colgado por todas partes: obras donadas por benefactores, muchas de artistas jóvenes. La asociación de mi madre siempre había tenido buen gusto, pero aquel año había superado cualquier gala previa.

Apenas avanzamos unos pasos cuando escuché una voz conocida:

—¡Hombre! ¡Por fin llega el rey de la oscuridad emocional!

Marcus. Me giré justo cuando él aparecía con una copa en la mano y su eterna sonrisa de “sé demasiado y me encanta”.

—Vete a la mierda —le dije sin energía real.

Él soltó una carcajada.

—Hola, Giselle —añadió, inclinándose con exageración respetuosa—. Y tú debes de ser Megan. Blackwell me habló de ti. Mucho carácter. Me gusta.

—¿Qué ha dicho exactamente? —preguntó Megan, arqueando la ceja.

—Que no se atreve a decirte nada que pueda ofenderte.

—Ah —respondió ella—. Entonces es listo.

Ambos rieron. Y luego apareció Naomi, radiante en un vestido azul satinado, flequillo perfecto y esa sonrisa contagiosa que siempre lucía.

—¡Giselle! —exclamó abrazándola—. Estás espectacular, de verdad.

—Tú también —respondió ella.

Jake se escondió tímidamente detrás de su madre, pero Marcus se agachó a su altura.

—Ey, campeón. ¿Quieres ayudarme a elegir qué postre pedir antes de que lo pida mi mujer por mí?

Jake asintió con los ojos muy abiertos.

—Tiene pinta de ser peligroso —susurró.

—Muchísimo —contestó Marcus.

Conectaron al instante. Y mientras hablaban, sentí una presencia conocida aproximándose por mi izquierda. Una energía cálida. Elegante. Mi madre.

Me giré y ahí estaba ella. Elena Blackwell avanzaba hacia nosotros con su habitual porte impecable. Vestía un vestido largo color plata, de tela suave que caía como agua. Su cabello estaba recogido en un moño bajo con

mechones sueltos. Sonreía. Y cuando ella sonreía, no había máscara alguna: era pura luz.

—Ethan —dijo besándome la mejilla—. Estás guapísimo. Como tu padre a tu edad… aunque bastante más razonable.

—Gracias, mamá.

Ella entonces miró al grupo… y sus ojos se iluminaron cuando vio a Giselle.

—Tú debes de ser Giselle —dijo acercándose con los brazos abiertos.

—Sí… es un placer conocerla, señora Blackwell —respondió ella.

—Oh no, nada de "señora". Llámame Elena, por favor.

La abrazó como si la conociera de siempre, y Giselle, sorprendentemente, se relajó.

Luego miró a Megan.

—Y tú debes de ser su hermana. Encantada.

Megan sonrió, una sonrisa sincera y llena de afecto.

—El placer es mío.

—Y tú… —dijo mi madre agachándose con gracia ante Jake—. ¿Cómo te llamas, caballero?

—Jake —respondió él con una mezcla de timidez y orgullo.

—¿Te gustaría venir conmigo a conocer a otros niños de la asociación? Tengo actividades para ellos y podría presentarte a algunos.

Jake miró a su madre.

—¿Puedo? —le preguntó, y Megan asintió.

—Claro, pásalo bien.

Mi madre le ofreció la mano al niño, que la aceptó sin miedo alguno. Era imposible no conectar con ella.

—Volveré enseguida —dijo mi madre con una mirada cómplice hacia todos nosotros.

Y se marchó con Jake, dejando tras de sí esa estela de serenidad que siempre había tenido.

Cuando desapareció entre la gente, Megan suspiró.

—Tu madre es maravillosa —dijo.

—Lo es —respondí, porque era la única verdad absoluta incuestionable en mi vida.

Giselle miró alrededor, emocionada.

—¿Y toda esta gala ayuda a su asociación?

Asentí.

—La asociación trabaja con chicas jóvenes que se quedan embarazadas y no tienen apoyo familiar. O, si lo tienen, apenas disponen de recursos. Mi madre les da alojamiento, formación, asesoramiento legal, psicológico… todo lo necesario para que no estén solas.

Giselle sonrió, con una ternura auténtica.

—Es una labor preciosa.

Megan asintió también.

—Yo no conocía la asociación, pero… —Se detuvo un momento, como si eligiera bien las palabras—. Si hubiera sabido de su existencia cuando me quedé embarazada de Jake… aunque tenía a nuestros padres, habría pedido ayuda en algunas cosas. De verdad.

La miré en silencio. Había algo honesto, poderoso y doloroso en aquella confesión. Y sé que Giselle también lo sintió, porque le cogió la mano con cariño.

Marcus las observaba con una expresión suave, una que pocas veces mostraba. Naomi también. Mientras tanto, yo solo podía pensar en una cosa.

Nunca había traído a nadie a esta gala. Nunca. Y, sin embargo, ellas encajaban allí como si hubiesen pertenecido siempre a ese lugar.

Capítulo 28

Ethan

La cena comenzó cuando las luces del salón descendieron ligeramente y la música se suavizó hasta quedar como un murmullo al fondo. Camareros impecablemente vestidos se deslizaron entre las mesas con la precisión de un reloj suizo, ajustando copas, sirviendo vino y repartiendo los primeros platos.

Nos sentamos todos juntos: Giselle a mi derecha, Megan a mi izquierda, un arreglo estratégico de mi madre, sin duda, y frente a mí Marcus y Naomi. El asiento de Jake quedaba vacío, reservado para él por si quería regresar con nosotros en algún momento, aunque lo más probable era que siguiera entretenido con las actividades infantiles.

Giselle observaba el salón con una mezcla de admiración y nervios.

—No tenía ni idea de que esto fuera tan… increíble —dijo en voz baja.

—Mi madre tiene un talento especial para estas cosas —respondí.

—Y presupuesto ilimitado —añadió Marcus.

Le lancé una mirada de advertencia. Él levantó las manos.

—Es verdad. No puedes culparme por decir la verdad.

Los camareros comenzaron a servir el primer plato: una crema de calabaza especiada con un toque de jengibre, decorada con semillas tostadas y una

nube de crema agria. El aroma era cálido, reconfortante.

Giselle lo probó con una expresión que me encantó: sus ojos se entrecerraron apenas.

—Dios… está buenísimo.

—¿Verdad? —dijo Naomi—. El chef de Ethan tiene un don para estos eventos. Todo lo que toca sabe a gloria.

—¿Este chef trabaja para *Titán Oil* también? —preguntó Megan.

—No exactamente —respondí—. Es un colaborador habitual. Mi madre confía en él para todas sus galas.

Marcus intervino:

—Traducción: el tipo trabaja para cualquier millonario que pague lo suficiente, pero solo tu madre logra que cocine como si estuviera intentando impresionar al cielo.

Todos rieron, y me relajé un poco, sorprendido por lo fácil que resultaba aquella cena. Normalmente soportaba estas galas como un trámite más: relaciones públicas disfrazadas de filantropía. Pero aquella noche… era diferente. Más cálida. Más viva.

Cuando trajeron el segundo plato, risotto de setas con parmesano curado, Naomi se inclinó hacia Giselle.

—Tienes que ver la rifa de este año. Los chavales han hecho cosas preciosas. Aún tengo en casa una figura de arcilla que gané hace dos años. Es deforme, pero la adoro.

—¿Y este año también has donado algo? —pregunté.

—Yo no —respondió ella—, pero Marcus sí.

Me giré hacia él.

—¿Qué has donado?

—Una estancia de fin de semana en uno de los hoteles que mi familia tiene en Aspen. Todo incluido. Incluso clases de esquí privadas.

Megan silbó.

—Eso sí que es generosidad.

Marcus puso su mejor pose dramática.

—Hago lo que puedo por el mundo.

Giselle se rio, y ese sonido se me clavó en el pecho como siempre.

La cena continuó con un plato principal de solomillo con reducción de vino blanco y una guarnición de verduras al vapor que incluso a mí me pareció deliciosa. El vino, un reserva que mi madre adoraba, fluía con facilidad entre las copas.

Megan, que había mantenido las distancias al principio, comenzó a relajarse tras la segunda copa. No se volvió imprudente, se notaba que era una mujer acostumbrada a mantener el control incluso cuando se divertía, pero sí más expresiva.

—Tengo que reconocerlo —me dijo—. Pensé que esta gala sería… aburrida. Pero estoy disfrutando muchísimo.

—Mi madre se encargará de que no quieras perderte ninguna después de esta —respondí.

—Creo que sí —añadió Giselle suavemente.

Me giré hacia ella. Estaba preciosa con la iluminación cálida del salón. El verde oscuro de su vestido brillaba bajo la luz, haciéndola destacar de una manera que no era ostentosa, sino… magnética. Sus ojos avellana parecían absorber todo alrededor, como si el mundo se redujera a pequeños detalles que solo ella lograba ver.

Y yo no pude evitar mirarla. Demasiado tiempo. Demasiado intensamente. Ella bajó la mirada, sonrojándose. Megan volteó los ojos.

—Por el amor de Dios… —susurró, pero sonrió.

Después del postre, un *coulant* de chocolate con helado de vainilla del que Marcus pidió dos, las luces volvieron a encenderse ligeramente y mi madre subió al escenario. Los aplausos llenaron el salón antes incluso de que ella dijera una palabra.

Elena Blackwell sabía hablar en público. Era natural, emocional, inteligente. Su presencia llenaba la sala de manera tan distinta a la de mi padre que siempre resultaba impactante. Mi padre imponía respeto con dureza. Mi madre lo hacía con ternura.

—Buenas noches a todos —dijo, y su voz resonó con claridad—. Gracias por acompañarnos otro año más para apoyar a nuestras chicas. Este último año hemos ayudado a cuarenta y siete jóvenes a encontrar un hogar seguro, a continuar sus estudios, a recibir atención médica y psicológica, y, sobre todo… a no sentirse solas.

El salón se quedó en silencio. Giselle se mordió el labio inferior con emoción contenida. Megan parpadeó más rápido de lo normal. Yo simplemente observé a mi madre con el orgullo silencioso de siempre.

—Y ahora —continuó ella con una sonrisa luminosa—, comenzamos con la rifa benéfica. Tenéis vuestros números en las entradas. Recordad que todo lo recaudado esta noche irá íntegramente a programas de salud, educación y apoyo emocional.

Los aplausos volvieron a estallar.

La primera ronda fueron los objetos hechos por los niños: dibujos, cuadros pequeños, esculturas torcidas que, aun así, tenían un encanto auténtico. Megan pujó emocionada por un cuadro de acuarelas pintado por una niña de nueve años.

Giselle sonrió cuando mi madre anunció:

—Este conjunto de pulseras fue hecho por las chicas del programa de artesanía. Es uno de los lotes más especiales porque se realizó en las clases financiadas gracias a donaciones de años pasados.

—Quiero esas —susurró Giselle.

—Yo las quiero para ti —respondí sin pensar.

Ella me miró sorprendida. Y cuando pujó… lo hizo sonrojada. Las ganó, por supuesto. Yo habría pagado diez veces más si hubiera hecho falta.

Después vinieron las donaciones de benefactores importantes: obras de arte, piezas de joyería, experiencias en hoteles, cenas en restaurantes exclusivos. Marcus participó con entusiasmo, arrastrando a Megan a una puja por un fin de semana en un balneario que casi ganan.

Naomi apostó por un conjunto de cerámica artesanal y acabó en guerra declarada contra una mujer mayor que parecía tener más dinero que piedad. Perdió, pero se rio tanto que ni le importó.

La recaudación se disparaba. Podía verlo en el brillo orgulloso de los ojos de mi madre cada vez que los voluntarios le mostraban las cifras parciales. Aquella noche la asociación iba a romper récords.

Cuando todo terminó y los invitados comenzaron a levantarse para pasar a las barras y tomar una copa, mi madre se acercó de nuevo a nuestra mesa. Llevaba todavía la energía del escenario, pero sus mejillas estaban sonrojadas por el éxito de la noche.

—¿Lo estáis pasado bien? —preguntó.

—Esto es increíble —respondió Giselle con sinceridad.

—Muchísimo —añadió Megan.

Mi madre sonrió, agradecida. Fue entonces cuando Megan tomó aire, como si se preparara para algo importante.

—Quería comentarte algo —dijo—. Soy enfermera en una clínica privada. Trabajo en el turno de mañanas… y me gustaría hablar con mis jefes esta semana para ver si la clínica puede colaborar con la asociación.

Mi madre parpadeó, sorprendida. Megan continuó.

—Y aunque mis jefes no quieran o no puedan, yo sí puedo. Si necesitas a alguien para revisiones médicas básicas, charlas sobre salud o simplemente apoyo sanitario para las chicas o consejos de una madre soltera… puedes contar conmigo desde ya.

Silencio. Un silencio cálido, cargado. Y unos segundos después mi madre se llevó una mano al pecho.

—Megan… eso sería maravilloso —susurró.

Ella bajó la vista, sonrojada, pero firme.

—Es lo menos que puedo hacer. Mi hermana y yo sabemos lo que significa enfrentar la vida sin apoyo suficiente. Aunque nuestros padres me ayudaron… no siempre es fácil. Y nadie debería hacerlo sola.

Mi madre la abrazó sin pensarlo.

—Gracias. De verdad, gracias.

Megan se tensó un segundo, sorprendida, y luego devolvió el abrazo con una honestidad pura y limpia.

—Te dejo mi teléfono —añadió—. Llámame cuando quieras.

Megan sacó su móvil, intercambiaron números, y mi madre volvió a sonreír con esa ternura que siempre desarmaba a cualquiera. Miró a Giselle, a Megan… luego a mí.

—Tengo la sensación —dijo con una mirada que lo atravesaba todo— de que nos vamos a llevar muy, muy bien.

Y por primera vez en mucho tiempo… sentí que eso no me daba miedo. Sino esperanza.

Capítulo 29

Giselle

Aún tenía el corazón un poco acelerado cuando salimos del comedor principal y nos dirigimos a una zona más tranquila del salón donde habían colocado varios sillones y mesas bajas con velas encendidas.

La gala seguía en pleno apogeo, pero la cena ya había terminado y ahora la mayoría de los invitados se movían de un lado a otro, copa en mano, socializando, riendo, felicitándose por las pujas y comentando los resultados de la rifa.

Yo, en cambio, estaba intentando no pensar demasiado en la manera en que Ethan me había mirado durante toda la cena. Ni en cómo me rozaba accidentalmente… o no tan accidentalmente.

Nos sentamos todos juntos: Marcus y Naomi en un sofá amplio, Megan en un sillón pequeño que parecía tragarse a cualquiera que se atreviera a sentarse, y Ethan y yo… bueno, técnicamente nos sentamos en un sofá de dos plazas, pero él tenía un concepto muy flexible de lo que significaba "dos plazas". Porque me rodeó enseguida. Literalmente.

Su brazo se colocó alrededor de mi cintura como si perteneciera ahí desde el principio de los tiempos. Su mano descansaba en mi cadera, cálida, firme, posesiva de una forma que debería haberme puesto nerviosa… pero me provocaba un pequeño temblor agradable por la espalda.

Cada vez que me movía un milímetro, él me acariciaba. Cada vez que me giraba para hablar con alguien, sus dedos se deslizaban por mi cintura o por la parte baja de mi espalda en un gesto sutil, casi imperceptible para los demás, pero absolutamente evidente para mí.

Marcus alzó su copa cuando nos vio acomodarnos.

—Bueno, bueno, bueno… —dijo con ese tono teatral suyo—. Míralos. Ni falta hace que pregunte si os lo estáis pasando bien.

—Marcus… —murmuré riéndome.

—¿Qué? ¡Es evidente! —añadió haciendo gestos exagerados con la copa —. Si Ethan se acerca un centímetro más, te absorbe por ósmosis.

Ethan soltó una risa baja cerca de mi oído, tan cerca que su aliento me erizó la piel.

—Ignóralo —susurró—. Siempre habla demasiado.

—Ya le conocemos todos —añadió Naomi, dándole un golpecito en la pierna a su marido—. Y eso que todavía no ha contado chistes malos.

—¿Todavía? —preguntó Megan, divertida—. ¿O ya estás calentando motores?

Marcus se puso una mano en el pecho, fingiendo ofensa absoluta.

—Estás ante el hombre más gracioso de esta gala.

Megan arqueó la ceja.

—Y más modesto, por lo que veo.

Naomi y yo nos echamos a reír al mismo tiempo. Era imposible no hacerlo. Marcus desprendía esa energía de payaso encantador que convertía cualquier conversación en un espectáculo.

Mientras hablábamos, escuché la voz de Jake riendo a carcajadas en la zona infantil que habían habilitado al otro lado del salón. Miré en esa dirección y vi a varios niños correteando alrededor de unas mesas con dibujos, globos y juegos. Entre ellos, Jake estaba encantadísimo, jugando en equipo con otros dos niños mientras construían algo con bloques enormes de espuma. A su lado, Elena, la madre de Ethan, lo observaba con una sonrisa cálida, vigilándolo sin agobiarlo, dejando que se divirtiera, pero sin perderlo de vista ni un segundo.

—Tu madre es maravillosa —me escuché decir sin pensarlo.

Ethan siguió mi mirada.

—Lo sé —respondió con un tono suave, cargado de cariño.

Megan, que también los observaba, añadió:

—Jake está encantado con ella. Y no me extraña.

Me relajé un poco más en el sofá. El ambiente era cálido, íntimo, cómodo. Y a la vez había algo eléctrico en el aire… algo que tenía mucho que ver con la forma en que la mano de Ethan seguía acariciando mi espalda con movimientos lentos, casi distraídos, pero perfectamente calculados para hacerme perder un poquito la cordura.

Marcus continuó con sus bromas, exagerando cada gesto.

—¿Habéis visto cómo he conquistado a ese niño? Es cuestión de magnetismo natural.

—Sí —dijo Megan con ironía—. Los niños suelen amar a los adultos egocéntricos.

—¡Ey! —Marcus abrió la boca, indignado—. Yo no soy egocéntrico.

—Claro que no —intervino Naomi dándole un sorbo tranquilo a su copa —. Tú eres un sol. Gigante. Ardiente. Que ocupa demasiado espacio en el sistema solar.

Todos nos reímos. Yo me apoyé un poco más en Ethan, sin darme cuenta, y él apretó suavemente mi cintura como si llevara esperando ese mínimo gesto toda la noche.

Me ardieron las mejillas y él lo notó.

—Estás preciosa —me susurró de nuevo al oído, muy despacio, muy cerca.

Mi respiración se detuvo un segundo.

—Gracias… —murmuré.

Pero él no quería una simple gratitud. Me apartó un mechón del cuello con dos dedos.

—No. De verdad. Estás… preciosa. Tanto que hay hombres por todo el salón mirándote.

Parpadeé, confundida.

—No digas tonterías. Nadie está…

—Sí lo están —me interrumpió con una firmeza tranquila—. Los he visto.

Tragué saliva. Naomi, que tenía el oído entrenado para siestas ajenas, nos miró con una sonrisa demasiado cómplice, pero fingió seguir la conversación general.

Yo susurré:

—Estás exagerando. Nadie me está mirando.

Ethan sonrió contra mi sien.

—Giselle… soy hombre. Veo esas cosas.

Me eché a reír, nerviosa.

—¿Y qué? ¿Que me miren te molesta?

—No —respondió sin dudar—. Me da absolutamente igual.

Lo miré de reojo y él me sostuvo la mirada, intensa, segura, posesiva… pero no en un sentido desagradable, sino en uno que me estremeció por dentro.

—Me da igual —repitió— porque pueden desearte todo lo que quieran. Pero está aquí, conmigo.

Sentí el corazón martilleando dentro del pecho.

—¿Te estás poniendo celoso? —pregunté con una sonrisa que intenté mantener burlona. Fallé miserablemente. Soné… suave.

Ethan acercó sus labios a mi oído.

—No. No estoy celoso.

Sus dedos rozaron mi cintura despacio.

—Porque ellos pueden desearte… pero yo soy el que te tiene al lado.

Mi piel se incendió.

—Y —susurró aún más bajo, de una forma que solo yo pude oír— también soy el que te tendrá en su cama esta noche.

Mi respiración se cortó en seco. Abrí la boca para contestar algo inteligente, o algo torpe, o lo que fuera… pero no tuve oportunidad. Porque Ethan giró mi rostro con un movimiento suave de su mano y me besó.

Ahí. En el sofá. Rodeados de gente. De Marcus contando chistes. De Naomi riéndose. De Megan bebiendo tranquilamente. Y, aun así, el mundo se redujo a ese beso.

No fue un beso escandaloso ni hambriento. Fue lento, seguro, inesperado. Una caricia firme de sus labios sobre los míos que me dejó sin voz. Caliente. Cargado de intención. Como si quisiera dejar claro, sin palabras, que lo que acababa de decir no había sido ninguna broma.

Cuando se apartó, apenas un centímetro, mis ojos seguían cerrados.

—Dios… —susurré sin darme cuenta, y él sonrió.

—Exacto.

Mis mejillas ardían. Y, por primera vez en toda la noche, dejé de pensar. Simplemente respiré cerca de él, sintiendo la mano en mi espalda, la seguridad en su cuerpo y la certeza absurda de que algo en mi vida acababa de cambiar de sitio. Y que no quería que volviera a donde estaba antes.

Después de aquel beso, aquel maldito beso que me dejó flotando a varios centímetros del suelo, noté que necesitaba unos minutos para recomponerme. O para respirar. O para recordar cómo funcionaba mi cerebro. Porque Ethan seguía acariciando mi espalda como si nada hubiera pasado, como si besarme en mitad de una gala fuera tan natural como servirse otra copa.

—Voy al baño —le dije con un hilo de voz.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó con un tono suave que sabía perfectamente lo que hacía conmigo.

—No —respondí riendo, empujándole el pecho con suavidad—. Puedo ir sola.

Él sonrió, esa sonrisa lenta, segura, que parecía decir “haz lo que quieras, pero volverás a mí”. Y lo peor era que tenía razón.

Me levanté con las piernas un poco temblorosas, benditos tacones, la excusa perfecta, y me dirigí a los baños que estaban al fondo del salón, pasando por una zona más tranquila donde el ruido de la música y las conversaciones se hacía más tenue.

Entré al baño, cerré la puerta de un cubículo y, cuando terminé, fui directa al lavabo para lavarme las manos y retocarme un poco.

Y entonces me di cuenta de que no estaba sola. Había una mujer frente al espejo. Una mujer que era… imposible no ver.

De unos treinta y pocos años, muy alta, más que yo, y probablemente incluso cerca de la altura de Megan, con un vestido rojo entallado que parecía pintado sobre su cuerpo. El tejido abrazaba una figura perfecta, escandalosamente perfecta, de esas que te hacían pensar que el diseñador la tenía a ella en mente y a nadie más. Su cabello rubio platino caía en ondas por los hombros, y sus ojos verdes brillaban bajo un maquillaje profesional. Labios rojos, piel impecable, postura elegante… y una expresión calculada, como si cada gesto estuviera estudiado para impresionar.

La clase de mujer que entraba en una habitación y todo el mundo se giraba automáticamente.

Estaba retocándose el pintalabios con movimientos lentos, seguros. Cuando me vio en el espejo, sonrió.

—Hola —dijo con una voz suave pero cargada de seguridad—. ¿Qué tal lo estás pasando en la gala?

No me esperaba tener una conversación, pero sonreí por educación.

—Muy bien, la verdad. Está siendo una noche preciosa.

—Me alegro —respondió—. Yo he ayudado un poco con la organización, como todos los años. Ya es casi tradición. Formo parte de la asociación de Elena —añadió con un tono cargado de orgullo—. Normalmente me encargo de los eventos, protocolo, contactos… todo ese caos.

—Vaya, pues ha quedado todo espectacular —dije con sinceridad—. De verdad, ha sido impresionante.

Ella inclinó la cabeza, aceptando el cumplido como si fuera algo habitual.

—Gracias. Lo hacemos con cariño. Elena tiene un corazón enorme, ¿verdad?

—Sí —respondí sin dudar—. Es una mujer increíble.

Sus ojos verdes me evaluaron con una curiosidad que no supe descifrar.

—¿Y tú? ¿Cómo has llegado aquí? No me suena tu cara.

—Ah —me sonrojé un poco—. Trabajo para *Digital Now Magazine*. Soy asistente del director.

—¿*Digital Now*? —preguntó con interés—. ¡Sí, claro! He leído varios artículos de vuestra revista. Me gusta cómo tratáis los temas de actualidad sin perder frescura.

—Gracias —sonreí—. Y sobre la gala… me ha invitado el hijo de Elena.

—Vaya, eso sí que es nuevo —sonrió—. Bueno, espero que hagáis un artículo sobre esta noche.

—Mi compañera es periodista, así que probablemente haga un artículo precioso mañana. Le encantan este tipo de historias, y ella sí que ha asistido otros años.

La mujer sonrió con un destello… extraño. Como si algo en esa información le hubiese interesado más de lo normal.

—Perfecto. Ojalá sea así. Estas chicas merecen toda la visibilidad posible.

Se guardó el pintalabios, revisó una última vez su reflejo, como si necesitara comprobar que seguía siendo absolutamente perfecta, y luego me dedicó una sonrisa amable pero rápida.

—Bueno, preciosa, tengo que irme. Me esperan en otro salón y voy tardísimo. Encantada de coincidir contigo.

—Igualmente —respondí.

Y se marchó con paso firme, elegante, como si caminara por una pasarela invisible.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, me quedé un segundo apoyada en el lavabo, intentando procesar la estampa. No sabía quién era, pero estaba claro que ella sí conocía bien a Elena Blackwell y a Ethan, y que se movía por las galas como pez en el agua.

También supe algo más. Esa mujer estaba acostumbrada a ser la más llamativa de cualquier lugar. Y tenía una intuición incómoda, que no sabía de dónde venía, de que no iba a ser la última vez que la veía.

Respiré hondo, me retocé el pelo en la coleta elegante que me había hecho antes de salir de casa y regresé al salón.

Ethan me vio antes de que yo terminara de cruzar el pasillo. Por supuesto que lo hizo. Estaba de pie junto a los demás, con una copa en la mano y la postura relajada que pocas veces veía en él. Cuando nuestros ojos se encontraron, sonrió.

No era una sonrisa educada o social, sino una sonrisa suya. De esas que me calentaban la piel sin tocarme. Avanzó hacia mí sin apartar los ojos.

—Toma —dijo en cuanto estuvo cerca, ofreciéndome una copa de champán—. Por si te apetecía.

—Gracias —respondí, cogiendo la copa, intentando parecer tranquila. No lo conseguí del todo.

—¿Todo bien? —preguntó con esa delicadeza suya que aparecía solo conmigo.

—Sí, perfectamente. Solo necesitaba un momento.

Ethan inclinó la cabeza, como si supiera más de lo que yo decía.

Me tocó la espalda con un gesto suave, guiándome de vuelta al grupo, donde Marcus seguía haciendo payasadas contando cómo casi se había caído intentando bailar un vals con Naomi… sin que Naomi quisiera bailar un vals.

—Y entonces —estaba diciendo Marcus, completamente metido en la historia—, Naomi me mira así, con esos ojitos suyos de “te mato si das un paso más”, pero ya era tarde, porque yo había girado demasiado rápido y…

—Te fuiste al suelo —completó Naomi, divertida.

—¡Al suelo no! —protestó Marcus—. Me dejé caer estratégicamente para no arruinar tus tacones.

—Claro —respondió Megan—. Una caída heroica.

Todos reímos.

Tomé un sorbo de champán. Ethan me miraba con esa forma que hacía que todo a mi alrededor se volviera más cálido.

La noche seguía avanzando entre bromas, conversaciones suaves, música agradable y esa sensación extraña, pero bonita, de pertenecer a algo. De estar… bien.

Sin saber que la mujer del vestido rojo no era solo una desconocida amable. Sino una amenaza que todavía no tenía nombre para mí.

Capítulo 30

Giselle

Habían pasado dos semanas desde la gala, y todavía me sorprendía lo rápido que mi vida había cambiado sin que yo lo buscara.

Dos semanas en las que cada día con Ethan había tenido un matiz diferente: algunos tranquilos, otros más intensos, muchos completamente inesperados. Pero todos habían tenido algo en común: me habían hecho sentir que, por primera vez en mucho tiempo, no estaba sosteniendo el mundo sola.

Entre semana, él aparecía por el apartamento de Megan casi siempre a la misma hora, justo cuando yo salía del trabajo y ella terminaba de preparar la cena. Se había convertido en una especie de rutina improvisada. Yo abría la puerta, Simba corría a recibirle como si le conociera de toda la vida, Jake le pedía que le ayudara con los deberes de matemáticas, porque, según él, "Ethan lo explica mejor que el profe", y Megan fingía que no le caía tan bien como realmente le caía.

El primer día que Ethan cenó con nosotras, Megan me susurró al oído:

—*Vale, es guapísimo, pero no pienso admitirlo delante de él.*

Yo me reí. Dos días después, ya le preguntaba cómo había ido su día en *Titán Oil* como si fuera su cuñado de toda la vida.

Simba dormía siempre apoyado en los pies de Ethan durante la cena. Y él se dejaba hacer.

Eso fue quizá lo que más me sorprendió: su forma de encajar con mi familia. Natural. Sin forzar nada. Como si le saliera solo.

El fin de semana… bueno, ese había sido otra historia.

Aquel sábado, Megan tenía una cita con el médico de la clínica privada donde trabajaba. Llevaban semanas tonteando y, por fin, Megan había aceptado salir con él. Así que Jake se vino conmigo, y Simba, por supuesto, también. Ethan nos llevó a su ático como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Jake quedó hipnotizado en cuanto vio una estancia que hasta ese momento no había visto.

—*¡Tienes un cine!* —gritó señalando la sala de proyección que Ethan usaba para reunirse con su equipo creativo cuando grababan campañas publicitarias.

—*Es una sala multimedia* —respondió él, divertido.

—*Es un cine* —repitió Jake, categórico.

Ethan le dejó elegir la película, le preparó palomitas y le enseñó cómo funcionaba cada mando del sistema domótico como si le estuviera instruyendo para pilotar una nave espacial.

Simba, mientras tanto, descubrió la alfombra enorme de la sala y decidió que era su nuevo sitio favorito para morirse de gusto panza arriba.

Y yo… Yo simplemente observé a Ethan moverse por su propio espacio con Jake, con Simba, conmigo… como si todo encajara. Como si lo hubiera hecho cien veces antes en vez de solo una.

Por primera vez desde mucho antes de mi matrimonio, me sentí parte de algo sin esfuerzo.

Y eso daba miedo. Mucho.

Ese viernes por la tarde, ya al final de la jornada, recogí mis cosas con un suspiro. Había sido una semana larga. De trabajo, de emociones, de preguntas que no me atrevía a formular en voz alta.

Oliver salió de su despacho al mismo tiempo.

—Buen fin de semana, Giselle —me dijo con su sonrisa amable—. Descansa.

—Que descanses tú también, jefe —sonreía de vuelta.

Nos despedimos y salí de la revista, ajustando el bolso en mi hombro, el móvil en la mano y la sensación agradable del fin de semana acercándose.

Pero en cuanto puse un pie en la calle… todo se congeló. Porque allí estaba él. Sam. Mi exmarido.

De pie, apoyado en una farola, vestido con su traje perfecto, su pelo peinado igual que siempre, su expresión tensa… pero con esa mirada que me desgarró el estómago sin quererlo.

—Giselle —dijo, y mi nombre en su boca volvió a sonar como una herida.

Me quedé quieta. Muy quieta. No lo esperaba. No quería verlo. No necesitaba ese recuerdo de una vida que ya no me pertenecía.

—Tenemos que hablar —añadió, dando un paso hacia mí.

Sentí cómo mi respiración se tensaba. Las semanas de luz, de calma, de nuevas rutinas… se tambalearon de golpe.

Porque su presencia siempre había sido así. Un terremoto silencioso. Y yo no quería volver a sentirme pequeña. No, otra vez.

Sam dio otro paso hacia mí, pero yo levanté la mano instintivamente, marcando un límite que antes nunca me había atrevido a marcar tan rápido.

—No —le dije con un tono que me sorprendió incluso a mí—. No tenemos nada de lo que hablar. Lo único que quiero es que firmes los papeles del

divorcio.

Él apretó la mandíbula. Ese gesto lo conocía demasiado bien. Era el mismo que ponía cuando algo no iba según su plan.

—Giselle, por favor —dijo, bajando la voz—. No voy a hablar aquí, en la calle. Cinco minutos. Solo te pido eso. Vamos a la cafetería de al lado.

Negué con la cabeza, pero él insistió.

—Cinco minutos —repitió—. Te lo pido, no te lo exijo.

Y eso… era nuevo.

Respiré hondo. Tenía prisa por irme, por volver a la calma, por seguir con mi vida. Pero también sabía que, si no escuchaba esos cinco minutos, volvería a aparecer otro día. Y otro. Y otro.

—Está bien —contesté con frialdad—. Cinco minutos. Ni uno más.

Entramos en la cafetería que estaba casi vacía. Un par de estudiantes en una mesa, una pareja mayor cerca de la ventana y una camarera detrás de la barra que nos dedicó una sonrisa mecánica.

Nos sentamos en una mesa discreta. Pedimos un café cada uno. Yo solo quería que pasara el tiempo rápido.

Sam no esperó ni a que la camarera se fuera después de dejarnos las tazas.

—Giselle, yo… la cagué —empezó, mirándome directamente—. Me equivoqué. Y lo siento. Lo siento de verdad.

Removí distraídamente el café, sin probarlo.

—No debí hacerlo —continuó—. Aquello… aquello no significó nada. Nada, Giselle. Fue un error estúpido. Yo estaba perdido, confundido, presionado… No sé. Pero no era real. No era importante.

No levanté la vista. Había rehecho ese discurso tantas veces en mi cabeza que escucharlo en voz alta ya no despertaba el mismo dolor. Solo… cansancio.

—Te quiero —añadió, inclinándose hacia mí—. Eso no ha cambiado. Nunca.

Tragué saliva.

—Sam —dije con calma—. Tú fuiste quien decidió dejarme. Quien dijo que no me quería. Quien se fue. Yo no te eché.

—Lo sé —admitió—. Por eso estoy aquí. Porque no quiero perderte. Porque no quiero el divorcio. Por eso no he firmado aún. Quiero que lo pensemos, que lo intentemos de nuevo.

Negué despacio.

—Yo sí quiero el divorcio —respondí sin temblar—. Porque ya no te quiero como antes. Porque lo que rompiste no volverá jamás. Y porque merezco algo que tú no supiste darme.

Sam respiró hondo, nervioso. Su fachada perfecta empezaba a resquebrajarse. Lo vi mover las manos, un gesto que hacía cuando estaba desesperado por controlar algo.

—¿Es por él? —preguntó de golpe, con los ojos entrecerrados—. ¿Por ese tío con el que estás follando?

El golpe fue directo. Levanté la mirada y lo fulminé.

—Lo que yo haga con mi vida ya no es asunto tuyo.

—Sí que lo es —insistió—. Porque ese tío no te quiere, Giselle. Te está usando. Solo te quiere para follar. Y nada más.

Me reí, pero fue una risa amarga.

—No tienes ni idea de lo que dices.

—Sí que la tengo —protestó, y entonces sacó su móvil del bolsillo del traje —. Porque ese tío está con otra.

Fijé mis ojos en él, intentando descifrar qué mierda estaba tramando ahora. Hasta que puso el móvil delante de mí. Y lo vi.

Una serie de fotos. Ethan. Con la mujer del vestido rojo. Esa que había visto la noche de la gala dos semanas atrás.

En una de las fotos estaban saliendo de un edificio de cristal. Él iba trajeado; ella llevaba un abrigo largo sobre su figura escultural. Caminaban juntos. Demasiado juntos. Él sosteniendo la puerta para que ella saliera. Ella mirándole con una sonrisa que ya había visto antes, en aquel baño.

En otra foto, ella estaba tocándole el brazo mientras le decía algo al oído. En otra, él se inclinaba un poco hacia ella, serio, como escuchando atentamente.

Nada comprometido. Nada indebido. Pero suficiente para que la sangre me helara por completo. Suficiente para que el suelo bajo mis pies se volviera frágil. Suficiente para que un fantasma antiguo despertara.

—¿Lo ves? —susurró Sam, aprovechando mi silencio—. Ese tío no quiere nada contigo. Está con esa. Con esa mujer. La conoce de antes. Mírala. Míralos.

Yo solo miraba las fotos. No lloré. Pero sentí la punzada en el pecho. El nudo en la garganta. La traición… o el miedo a repetirla. A caer de nuevo en la misma historia con nombres distintos.

Sam acercó su mano, intentando tocar la mía, pero la aparté.

—Yo sí te quiero —continuó—. Yo sí quiero volver contigo. Podemos volver a lo que teníamos. Incluso… incluso formar una familia. Ya estoy preparado, Giselle. De verdad.

Esa frase, “formar una familia”. Lo que él nunca quiso cuando yo lo quería más que a nada. Y ahora lo decía porque otro hombre había entrado en mi vida.

Volví a mirar las fotos. Recordé a Ethan mirándome como si fuera lo único que existía. Recordé sus caricias, sus palabras, su forma de protegerme, de cuidarme sin pedir nada. Recordé su sinceridad, su crudeza emocional, su manera de mirarme como si estuviera desarmándole.

Y, aun así, la sombra en mi pecho no desapareció. No era culpa de Ethan. Era mía. Mi herida no había terminado de cerrarse por completo cuando había comenzado lo nuestro.

Respiré hondo, cerré los ojos y me levanté despacio.

—Déjame en paz —le dije con frialdad—. Fírmame el divorcio, Sam. Y olvídame. No voy a volver contigo. Nunca.

Él intentó levantarse también.

—Giselle…

—No —repetí—. Ya está.

Y me fui.

El aire frío de la calle me golpeó en la cara, devolviéndome a la realidad. Caminé unos pasos, sin saber muy bien hacia dónde. Sentía el corazón latiendo demasiado fuerte. No quería llorar. No iba a llorar. No por eso.

Pero no podía ignorar lo que sentía.

El miedo. La duda. El recuerdo tóxico de haber sido engañada una vez. La posibilidad de estar repitiendo la historia.

Saqué el móvil del bolso, busqué el contacto de Ethan y lo llamé. Sonó dos veces antes de que respondiera.

—Hola, preciosa —contestó con esa voz cálida suya que me atravesaba siempre—. Justo estaba pensando en llamarte para llevarte a cenar.

Cerré los ojos. Y me obligué a no romperme.

—Se acabó —dije con un tono que sonó seco incluso para mí—. No voy a ser una más. No voy a ser la que esperas que sea. No vuelvas a llamarme. No me busques.

—¿Giselle? —su voz cambió de inmediato, tensa, confundida—. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué ha pasado?

—Adiós, Ethan. —Y colgué.

El silencio me golpeó fuerte. Me temblaron las manos. No lloré. No quería. No podía. Entonces marqué otro número.

—¿Sí? —respondió Naomi.

—Naomi… —Mi voz salió rota. No lo pude evitar—. Por favor, no me hables nunca más de Ethan. No intercedas por él. No quiero saber nada. Nada.

—Giselle, ¿qué ha pasado?

Suspiré y se lo conté, un resumen de lo que había ocurrido en esa cafetería solo unos minutos antes.

—No puedo seguir viéndole —dije—. Así que, por favor te lo pido, no le ayudes a verme.

—Giselle…

Pero colgué antes de que pudiera decir más.

Llegué al apartamento con una determinación que no sabía de dónde salía.

Fui directa a la habitación de invitados donde dormía desde que había vendido mi casa y me instalé con mi hermana. Saqué la maleta del armario y empecé a meter ropa sin pensar demasiado mientras Simba me miraba con esos ojitos tristes que a veces ponía si me veía mal.

Busqué vuelos en el móvil. Para esa misma noche solo había uno. París. Un destino conocido. Un lugar que me había salvado una vez.

Reservé vuelo de ida sin fecha de vuelta. Reservé también el mismo hotel donde me había alojado aquel Fin de Año que debería haber sido romántico porque estaría con mi marido y lo pasé sola.

Guardé el móvil, cerré la maleta y respiré hondo.

Cuando Megan y Jake llegaron, cargados de bolsas del centro comercial, Jake fue directo a enseñarme unos juguetes nuevos. Yo le sonreí, lo abracé y luego esperé a que se fuera a su habitación.

Entonces Megan se giró hacia mí.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver la maleta.

Y yo… lo solté todo. Cada palabra. Cada detalle. Cada foto. Cada miedo. Megan no habló hasta que terminé.

Solo me miró con esos ojos suyos que siempre veían más allá de lo que decía.

—Vete —dijo al fin, con suavidad—. El tiempo que necesites. Y si necesitas quedarte allí una semana, un mes o un año… hazlo. Yo cuidaré de Simba. Y de ti, cuando vuelvas.

Su abrazo fue la única cosa que evitó que me derrumbara del todo. Y, aun así, las lágrimas que no quise derramar… siguieron sin salir.

Porque estaba demasiado rota por dentro para permitirme llorar.

Capítulo 31

Giselle

Habían pasado tres días desde que había llegado a París. Tres días que se sentían como siglos y, al mismo tiempo, como un parpadeo.

Paseos interminables por calles empedradas, cafés con vistas a rincones que parecían sacados de un cuadro y llantos en silencio cuando la soledad me atrapaba en algún banco o en mi suite del hotel. Porque, aunque no quería admitirlo, estaba enamorada de Ethan. Sin quererlo, sin darme cuenta de que mi corazón ya no latía por nadie más.

En todo este tiempo solo había hablado con Megan y con mi jefe. A mi hermana la llamaba a diario; necesitaba desahogarme con alguien que me entendiera. Megan escuchaba siempre sin juzgarme y, lo que más valoraba, sin mencionar jamás a Ethan. Ella sabía que no quería que nadie pusiera palabras sobre él en mi cabeza; no las necesitaba, y de hecho no las había recibido. Ethan no le había preguntado dónde estaba; tampoco me había dicho si Sam había intentado localizarme. Solo existían mis días en París, mis paseos, mis lágrimas y sus palabras de apoyo.

Con mi jefe la situación había sido diferente. Le dije que necesitaba unos días, que podía descontármelos de la nómina si era necesario porque no me encontraba bien. Pero luego, de forma inesperada, le conté la verdad. Todo. Lo que me había pasado con Sam y Ethan, lo que me había hecho dejarlo todo y venir a París, lo que había sentido y lo que aún sentía por Ethan, aunque él

no lo supiera. Su reacción me sorprendió: me dijo que no me preocupara, que descansara, que esos días eran para mí, para pensar, sin presiones ni plazos.

Me sentía en paz con eso, pero la noche caía con su silencio y yo seguía mirando la Torre Eiffel iluminada desde la suite del hotel. Sus luces doradas me hipnotizaban y, en silencio, dejaba que mis pensamientos se enredaran en Ethan, en lo que había hecho, en lo que había sentido y en lo que no me había atrevido a decir. Cada parpadeo de la torre parecía recordarme que todo era real, que no podía huir de mis emociones ni de lo que sentía.

Suspiré profundamente, intentando ordenar mi cabeza. ¿Cómo podía estar enamorada de él? Me repetía una y otra vez que era absurdo, que había tenido tanto miedo, que había querido protegerme de más dolor. Pero la verdad era que, aunque lo hubiera querido, no podía negar que lo echaba de menos, que lo deseaba y que, en algún rincón de mi mente, había imaginado mil veces cómo sería estar junto a él, sin secretos, sin miedos.

El golpe en la puerta me sobresaltó. Fruncí el ceño y me levanté del sillón, con el corazón latiendo más rápido de lo normal.

Abrí la puerta, y delante había un camarero con un carrito lleno de platos tapados con cubiertas.

—Perdona, no he pedido nada —dije, sorprendida.

—Alguien ha encargado esto para usted, señorita —respondió con formalidad mientras colocaba el carrito junto a la mesa—. Que disfrute de la velada.

Me quedé sola. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, y mis manos temblaron un poco al levantar las tapas. Lo que vi me dejó helada: los mismos platos que había pedido la noche de Fin de Año. Una nota cayó sobre el plato principal. La recogí y leí:

«Mira a la Torre Eiffel».

Fruncí el ceño de nuevo y giré la cabeza hacia la torre. Y ahí estaba. Un letrero luminoso que decía: “Te amo, Giselle”.

Resoplé, convencida de que era mi exmarido intentando un gesto romántico que yo no quería. Dejé la nota a un lado, aún confundida, y no tardó en sonar otro golpe en la puerta.

Un camarero apareció de nuevo, esta vez con una rosa roja, una caja de bombones y otra nota. La leí con manos temblorosas:

«Sé lo que pasó y por qué me dejaste, pero no es como crees. ¿Me abres la puerta?»

Mi corazón se detuvo un instante. Y justo en ese momento alguien llamó de nuevo.

Abrí, y ahí estaba él. Ethan. Vestido de sport, informal pero impecable, tan guapo como siempre. Sonreía, y al verlo, todo mi cuerpo reaccionó antes que mi cerebro. Sentí cómo se me aceleraba la respiración, cómo un calor familiar me recorría la espalda y me hacía temblar.

—Hola, Giselle —dijo con esa voz cálida que hacía que el mundo dejara de existir a su alrededor—. ¿Puedo entrar?

—¿Qué haces aquí? —pregunté, tratando de mantener la calma, aunque mi corazón latía con una fuerza descontrolada—. ¿No… no deberías estar en tu casa?

Él sonrió con suavidad. Esa sonrisa capaz de desarmarme.

—Necesito hablar contigo —respondió, entrando con pasos tranquilos—. Déjame explicarte todo.

Me aparté y cerré la puerta detrás de él. La luz cálida del hotel bañaba la habitación. Ethan respiró hondo, mirándome con esos ojos azul acerado que siempre conseguían desarmarme.

—Sé lo de las fotos —empezó—. Tu ex no tuvo problema en enseñártelas. Pero no es lo que crees. Todo lo que viste fue orquestado por Vivienne, mi antigua amante. Ella no se tomó bien que la dejara y quiso complicarnos a los dos.

Mi respiración se aceleró, y sentí cómo el nudo en la garganta me impedía hablar.

—Entonces… ¿Te acostaste con ella mientras me conocías a mí? —pregunté, tratando de mantener la voz firme, aunque temblaba por dentro—. ¿Es eso cierto?

—Sí —admitió con sinceridad—. Sí, pero solo fue porque cuando estaba tenso o furioso, acudía a ella. No significó nada. Nunca quise que eso interfiriera contigo. Y se acabó. Porque me he enamorado de ti.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Mi corazón se debatía entre la incredulidad y la esperanza.

—¿Y las fotos? —pregunté, y mi voz sonó en apenas un susurro.

—Eran fotos antiguas que Vivienne le dio para provocarlo. Quería que me dejaras, quería volver contigo. No soportaba que siguieras adelante, que fueras feliz sin él.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Todo encajaba, y, aun así, me sentía mareada. Miré sus manos, su mirada; todo en él me decía que estaba siendo sincero.

Ethan dio un paso hacia mí, sacando del bolsillo del pantalón una pequeña cajita de terciopelo negro. La abrió, dejando ver un anillo de platino con un diamante engarzado que brillaba intensamente bajo la luz de la suite.

—Giselle —dijo, con voz temblorosa pero firme—. Nunca pensé que volvería a enamorarme de nuevo, pero lo hice. Y no quiero esperar. Aunque solo hayamos estado unas pocas veces en casa de alguno de los dos, siento que eso es lo que quiero en mi vida. ¿Te casarías conmigo?

Mi pecho se cerró y sentí un nudo en la garganta. No podía hablar. Mi mente recordaba todos los miedos, todos los engaños, todas las veces que creí haberlo perdido para siempre. Pero al mirarlo a los ojos, supe que era él. Siempre había sido él.

—No… no puedo —dije entre lágrimas—. Sigo casada. Mi ex… no quiere firmar el divorcio.

Él sonrió, con esa confianza que me hacía temblar de emoción, y sacó unos papeles del bolsillo interior de su chaqueta de cuero.

—Ya está firmado —dijo—. Eres una mujer libre.

Las lágrimas brotaron sin control. Mi corazón latía con fuerza, y sentí cómo un peso que ni siquiera sabía que llevaba se desvanecía en un instante.

—Sí… —susurré—. Sí, me caso contigo.

Ethan me besó con ternura, deslizó el anillo en mi dedo y susurró:

—Te amo.

—Yo también te amo —dije, entre lágrimas y sonrisas, acariciando su mejilla mientras me perdía en su mirada.

Sin previo aviso, me cogió en brazos y me llevó hacia la cama. Mientras lo hacía, pensé que parecía que el destino lo había planeado todo: desde mi decisión de buscar vuelos aquella tarde hasta este momento, donde todo había empezado y ahora se consolidaba, en una suite en París, con la Torre Eiffel iluminando nuestra historia.

Todo estaba bien. Estábamos juntos, y nada ni nadie podría arrebatarnos esto jamás.

Epílogo

Ethan

Cinco años después…

Habían pasado cinco años desde aquella noche en París en la que me planté frente a Giselle con un anillo de platino en la mano y le pedí que se casara conmigo. Cinco años desde que nuestras vidas, que habían estado llenas de secretos, decepciones y caminos equivocados, se alinearon de la manera más inesperada y perfecta posible.

Dos meses después de aquel momento, nos casamos en una ceremonia íntima, rodeados de nuestra familia más cercana, con Giselle irradiando una belleza que me dejaba sin aliento cada vez que la miraba.

Aquel día ella estaba embarazada de cuatro meses, aunque nos enteramos apenas dos meses después de nuestro regreso de París, cuando una noche, tras encontrarse mal, supimos que estaba esperando nuestro primer hijo. Decidimos entonces que todo sería rápido, pero no por prisas, sino porque sabíamos que no había tiempo que perder: habíamos esperado demasiado para encontrarnos y no íbamos a posponer nuestra felicidad.

Hoy, cinco años después, tenía a mi lado a Giselle, tan deslumbrante y fuerte como siempre, trabajando como asistente del director en la revista digital mientras yo continuaba como CEO de *Titán Oil & Energy*, con Marcus como mi mano derecha y socio inseparable. Nuestra vida era intensa y plena,

pero también estaba llena de risas, de momentos pequeños y perfectos que se repetían una y otra vez.

Nuestra familia creció con la llegada de nuestro hijo, que ahora tenía cuatro años, al que llamamos Ethan Junior, en honor a mí, como quería Giselle. Y una hija de dos años llamada Sophia, un torbellino de energía que nos mantenía a todos alerta y que lograba arrancarme sonrisas incluso en los días más complicados de la empresa.

Simba, nuestro leal perro, seguía siendo el compañero incansable de todos los niños, un niñero extraordinario que no conocía límites cuando se trataba de jugar y proteger a los pequeños.

Mis padres se divorciaron oficialmente años atrás. Mi madre estaba encantada con su vida independiente, recibiéndonos siempre en su casa, junto con los niños y Simba. También acogía de vez en cuando a chicas jóvenes que se quedaban embarazadas y no tenían familia; su casa era un refugio seguro para ellas, al igual que la asociación, y ver cómo las apoyaba me recordaba constantemente por qué me sentía tan orgulloso de ella.

Mi padre, por su parte, cedió a todas las peticiones de mi madre para el divorcio y se volvió a casar meses después con una de sus antiguas amantes, con la que ahora tenía una hija de tres años. La conocí poco después, y aunque no fue sencillo al principio, le aseguré a mi padre que, si alguna vez a él le pasaba algo, a esa niña nunca le faltaría nada y siempre contaría con nuestro apoyo.

Marcus y Naomi también habían formado una familia; tenían un hijo de tres años llamado Sean, un niño lleno de vida y travesuras que se llevaba maravillosamente con Ethan y Sophia. Cada encuentro familiar estaba lleno de risas y juegos, y era evidente que los lazos que habíamos creado no solo perdurarían, sino que también formarían parte del legado de los Blackwell y de *Titán Oil & Energy*.

Aún podía recordar la conversación que tuve con mi padre la noche que hablé con él sobre su divorcio. El saber que sospechaba que no era hijo suyo, que quizá llevaba la sangre de otra persona, me dolió. Hablé con mi madre de aquello y me aseguró que jamás se acostó con aquel hombre del que estaba enamorada. Me juró que yo era un Blackwell, y sí, llevaba su nombre, porque

siempre habían hablado de que algún día tendrían hijos y que ese nombre formaría parte de su legado. Eso era lo único que nadie podría quitarle a mi madre. En un arrebato de rebeldía, quiso que su padre y el mío supieran que nunca podría olvidar al hombre al que siempre amó y amaría. Fue su manera de hacerles daño a ellos, pero también de reafirmar que su amor por aquel hombre, llamado Ethan, sería único e irremplazable.

Mi madre supo muchos años después, por personas en común, que su gran amor falleció, que se había casado años atrás y tuvo una hija, pero nunca volvieron a tener contacto. Y quizá era mejor así; la vida nos llevaba por caminos inesperados, y el mío me había llevado a Giselle, la mujer que había transformado mi mundo.

Megan, mi cuñada, se había casado con Jim, el médico de la clínica en la que trabajaba, y ahora tenían una hija de dos años llamada Emma. Jake, nuestro sobrino, era un gran hermano mayor, protector, cariñoso y lleno de energía, y su vínculo con nuestros hijos y con Simba era inquebrantable.

Aquella mañana, mientras desayunábamos los cuatro en la cocina del ático, observaba a Sophia corretear detrás de Simba, riendo sin control mientras Ethan trataba de enseñarle a sujetar un pequeño coche de madera sin que se lo arrancara de las manos. Cada gesto, cada risa, cada mirada cómplice entre mis hijos me llenaba de un orgullo que no había sentido jamás en mi vida. Desde aquel viaje a París, nuestra rutina había cambiado por completo.

A veces, al final del día, me sentaba en la terraza del ático, con Giselle apoyada en mi hombro y los niños dormidos en sus camas, y pensaba en lo irónico que era todo. Habíamos pasado por tanto dolor, tantas pérdidas, tantos errores, que parecía un milagro estar donde estábamos ahora. Pero más allá de todo, sentía una certeza absoluta: aquella mujer, Giselle, era mi hogar, mi fuerza y mi refugio.

Y mientras miraba cómo la ciudad se iluminaba a nuestros pies, comprendía que no había logrado todo esto solo por mi apellido, por *Titán Oil & Energy* o por la herencia de mi familia. Lo había logrado por ella, por la mujer que me había enseñado que el verdadero poder no residía en la fortuna, en los negocios o en el control absoluto, sino en el amor que se daba, se recibía y se protegía cada día, con pasión, respeto y devoción.

Jamás imaginé que aquel viaje a París en Fin de Año, que en un principio había sido solo un viaje más de negocios, me llevaría a conocer a la mujer de mi vida.

Cada día desde que la recuperé, después de haberla perdido, me dedicaba a demostrarle cuánto la amaba. Cada día intentaba mostrarle que nunca dejaría de estar a su lado, que mi compromiso con ella no era solo de palabra, sino de vida, hasta que llegara mi hora de abandonar este mundo. Y aun después de eso, sabía que la seguiría amando.

Porque sí, Giselle era todo lo que siempre había necesitado sin saberlo, y había llegado cuando menos lo esperaba, pero, como solía decirme mi madre, cuando más la necesitaba.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu